Pasaje de lágrimas

Abdourahman A. Waberi

Baile del sol
Colección África

Pasaje de lágrimas

Abdourahman A. Waberi

Traducción de Rosa Roca Riera y Joan Medina Roca

Para Martina

En memoria de Omar Maalin, poeta yibutí

«El camino de regreso a casa es incluso más bello que la misma casa.»
Mahmoud Darwich

«Como una golondrina antes de la tormenta, nuestras almas consumarán su vuelo indescriptible.»
Ossip Mandelstam

I
LOS ISLOTES DEL DIABLO

El Goubet Al Kharab, magnífico lienzo de agua azul índigo ubicado en páramos lacustres, que constituye la punta extrema del golfo de Tadjourah, muere no muy lejos del lago Assal y de la zona volcánica de Ardoukoba, en un impresionante decorado de montañas áridas.

En el interior del Goubet se encuentra la isla del Diablo (o, para ser exactos, los *islotes* del Diablo), antiguo cráter submarino en cuya cima se han encontrado ostras fósiles.

Una ausencia demasiado larga

Cuaderno nº 1. Lunes 2 de octubre.

He vuelto hace tres días. Regreso a Yibuti por motivos profesionales, no para entregarme a la nostalgia o dedicarme a abrir viejas heridas. A mis veintinueve años acabo de firmar un contrato con una compañía norteamericana que me va a proporcionar sustanciosos dividendos. A cambio, me he comprometido a entregarles los frutos de mi investigación, que va satisfacer, estoy seguro de ello, su voraz apetito. Debo entregar en el despacho de Denver, Colorado, dentro del plazo pactado un dossier completo con fichas, notas, planos, croquis y clichés fotográficos. Para concluir el trabajo dispongo únicamente de una breve semana de tiempo. Por su parte, la compañía ingresará en la cuenta de mi banco de la sucursal de Montreal, ciudad donde resido, el importe convenido en dólares canadienses. Transcurrido este período, tendré que hacerme cargo yo mismo de todos los gastos. Por tu cuenta y riesgo, insistió Ariel Klein, el consejero jurídico, frunciendo su única ceja, más espesa que la de Frida Kahlo. Me deseó suerte al tiempo que giraba sobre sus talones, dando claramente a entender que nuestra conversación había terminado. Así que, con mi pequeña maleta de trampero como único equipaje, me dirigí al aeropuerto. Y ahora aquí estoy, con una misión que cumplir en el país que me vio nacer y que no supo o fue incapaz de mantenerme a su lado. Confieso que no soporto las penas. No me gustan ni las despedidas ni los reencuentros; diría más bien que detesto cualquier tipo de efusividad. El pasado me interesa menos que el futuro y mi tiempo es muy valioso. Su color es el verde del dinero. En el mundo de donde procedo, el tiempo no se puede estirar indefinidamente. El tiempo es dinero y el dinero mueve al mundo. Es la Bolsa, con sus flujos de píxeles, algoritmos, cifras, provisiones, productos manufacturados, índices descriptivos, ideas, sonidos, imágenes o simulacros que aparecen en las pantallas del mundo. Es el aliento vital del universo, la derrota del adversario y la ganancia del mercado codiciado.

He vuelto para cumplir una misión, ni más fácil ni más difícil que otra. Y

aquí me tenéis: hace tres días que deambulo olfateando el aire y aguzando la vista y el oído por todas partes, discretamente, para poder penetrar en el misterio que rodea las grandes maniobras que empezaron antes de mi llegada. Desde el misterioso miércoles 28 de septiembre, día en el que recibí una misteriosa llamada, y antes de mi vuelo Montréal-Yibuti vía París de la mañana siguiente, persigo hasta el más mínimo indicio igual que lo haría un geólogo de campo que ansía encontrar siempre otro acuífero, otro nuevo pozo de petróleo que excavar.

Ayer, antes de escuchar la edición de las cinco de la tarde de las noticias de la BBC emitidas desde Londres en somalí, redacté mi primer informe:

Entre Assab y Zeïlah, pasando por el golfo de Tadjoura, se encuentra una tierra sin agua. Una tierra rocosa, labrada obstinadamente, paso a paso, por el hombre. Surgida del caos prehistórico, en otros tiempos fue más verde que las tierras amazónicas. Desde entonces el sol no ha cesado de rejuvenecerla con la savia de sus propios incendios. Los hombres la habitan desde la noche de los tiempos, con los pies cubiertos por el polvo del camino y el espíritu curtido por los avatares del tiempo. Los hombres de este viejo país están permanentemente a la espera: de una tormenta, de un mesías o de un seísmo. Afortunadamente hay niebla. Una niebla muy espesa que desciende y se cubre el lugar durante todo el día. Y esos hombres, astutos, han tendido su trampa a la niebla con un endiablado sistema. Han instalado, de un extremo al otro de la playa, unas impresionantes telas de setenta metros cuadrados, regalo de las fuerzas americanas, con una superficie total equivalente a un campo de fútbol. No están destinadas a una sesión de cine al aire libre, sino a recolectar el agua que proporciona la niebla. Las minúsculas partículas que flotan en suspensión en el aire quedan atrapadas en la malla de la red, y pasan a continuación a un canal de desagüe que desemboca en una manguera. El agua obtenida por este sistema, es filtrada a fin de extraerle los efluvios de hidrocarburos. Aunque es rica en sodio y calcio, tiene buen sabor. La niebla permite producir varios litros de agua diariamente, a pesar de su imprevisibilidad natural. Este caprichoso maná suele abastecer las necesidades cotidianas de agua potable de varias familias de refugiados provenientes de la capital. Da la impresión de que los jóvenes de aquí son excelentes cazadores de niebla. Cuaderno nº1, nota nº 1, rúbrica climática.

De este modo voy agrupando mis notas y ordeno los frutos de mi cosecha en libretas *moleskine* pequeñas, de color azul oscuro, que he numerado del 1 al 10, con la esperanza de que estas notas me ayuden a llevar mis investigaciones a buen puerto: cuando las haya revisado, verificado, analizado y comparado, la línea directriz emergerá de sus profundidades. Su propósito verá la luz. Mis patrocinadores van a poder sacar el máximo provecho de mi trabajo. Los magnates del uranio —que apuestan por la extinción del petróleo y el retorno a la energía nuclear, de nuevo en estado de gracia— pondrán sobre la mesa miles de dólares una vez ganada la batalla de la seguridad. Les ha seducido (cito de memoria las primeras palabras que escribí en la ficha de mi misión) *esta región abandonada por tanto tiempo y potencialmente rica en uranio tanto en su superficie como en su perfil geológico.*

Mi misión consiste en tantear el terreno para cerciorarme del grado de seguridad y estabilidad del país, y al mismo tiempo certificar que los terroristas están bajo control. La información constituye el eje central de la economía mundial en tiempos de guerra, su sector con más futuro. Centenares de empresas jóvenes y dinámicas se lanzan a este segmento ampliamente apoyado por los poderes públicos desde el 11 de septiembre.

Los americanos han estado trabajando afanosamente durante los últimos años para resarcirse de su profundo desconocimiento del resto del mundo. Las universidades dedican muchos esfuerzos a reclutar profesores de árabe, persa, lingala o turkmene. Crean nuevas cátedras con el fin de recuperar el tiempo perdido. De entre todas las actividades desplegadas por Washington, priman las que conciernen a los servicios secretos, aunque, por supuesto, no todas las empresas que se han introducido en este sector se dedican a la información militar. Algunas de ellas tienen la posibilidad de acceder a equipos de traductores y nativos especializados en las lenguas más oscuras. Envían periódicamente a la CIA y a los grandes complejos militar-industriales fichas confidenciales que completan los datos proporcionados por las embajadas de los países y los canales habituales de información.

Otras empresas ponen su eficiencia al servicio del Estado y de protección civil a cambio de honorarios. La desenfrenada competencia entre estas nuevas empresas se encarga del resto. Los pequeños ases de la cibernética ofrecen su

colaboración a los cerebros y a los halcones del Pentágono. Así, escanean y traducen en forma de algoritmos las características físicas de cada individuo, como los rasgos faciales, las huellas dactilares o los escáneres del iris. Luego las inscriben en los pasaportes en forma de códigos de barras. Es gracias a empresas como la nuestra, la compañía de inteligencia *Adorno Location Scouting*, instalada en Denver, Colorado, que esta tecnología ha podido llegar en tan poco tiempo a todos los puntos de entrada del territorio americano.

Nuestro grupo, inicialmente especializado en la búsqueda de emplazamientos y en equipamientos logísticos destinados a equipos de rodaje, ha podido crecer sin cesar durante los últimos años en su segmento de mercado. Miles de agentes federales, empleados de las compañías de aviación y auxiliares de protección civil se han entrenado en el seno de empresas similares durante períodos de formación organizados con esta finalidad. Lo llamamos *externalización*, práctica que nos ha llegado desde el mundo de la empresa y que ha sido utilizada sin escrúpulos por los poderes estatales. La mitad de las tropas americanas que operan en Irak se componen de individuos reclutados por oficinas privadas que, además, no se incluyen en las estadísticas. En caso de disturbios, ninguna muerte que registrar, ningún comunicado que pasar a la prensa.

Todos hacen lo mismo. Los británicos han confiado recientemente la protección de sus embajadas y consulados en Kabul, Islamabad, Nairobi y otros países a este tipo de oficinas, a estas unidades de seguridad, tal como se las apoda en la jerga protocolaria.

Y aquí estoy, en Yibuti, una casilla esencial en el siempre cambiante tablero geopolítico. Partí en un tiempo récord con tan solo una pequeña maleta. Mi único objetivo: información + rentabilidad. Mi divisa, las tres palabras clave de nuestro grupo: movilidad, discreción y eficacia. Formo parte de un equipo de expertos en simulacros y simulaciones que opera, como no podría ser de otro modo, de forma encubierta.

Estoy de regreso y no debo dejar nada al azar ni confiar ciegamente en mi intuición. Aquí, los siglos y las rocas hablan: todo transmite señales, todo está lleno de significado. La más banal de las anécdotas tal vez resultará ser la pieza del puzle que faltaba, el mínimo indicio que puede conducir hasta el sésamo deseado. A menudo, las cosas más obvias son las más difíciles de

captar. Esto me recuerda un relato de Edgar Allan Poe, *La carta robada*, que releí en el avión de camino hacia aquí. El detective Augusto Dupin encontraba la carta que todo el mundo buscaba y que se hallaba precisamente encima del escritorio del culpable sin que nadie se hubiera percatado de ello. Estas cosas ocurren más a menudo de lo que uno imagina.

Tengo sólo un puñado de días para terminar mi trabajo antes del fin de semana, que empieza el jueves desde que el gobierno cambió el calendario, hace quince o veinte años, a fin de dar a entender a los poderes regionales su deseo de regresar de nuevo al redil de Alá. El país, nuevamente descolonizado, abandonó así la órbita occidental y su calendario gregoriano y volvió al regazo ancestral y musulmán. ¿Ancestral? Dejemos a un lado este tema.

Debo actuar con diligencia pero sin precipitación, pues ésta no es una misión de poca envergadura. Al estilo *hit and run*, como dirían los agentes del Mossad, con los que, dicho sea de paso, mantenemos excelentes relaciones. Debo estar alerta para captar el pulso del país, para permitir que la naturaleza penetre en mi ser, impregne mis sensaciones, agudice mis facultades cognitivas. Tengo que estar localizable y disponible las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, dispuesto en todo momento a rendir cuentas sobre el avance de mi misión al jefe de la sección Global Logistics, mi superior, a quien en estos momentos supongo esquiando con su familia.

No es precisamente la nieve lo que escasea en las Montañas Rocosas, he pensado para mis adentros mientras escuchaba sin prestar demasiada atención las lamentaciones de mis amigos de la infancia. Llegan por centenares, con los brazos colgando y la mirada acechante. Quieren verme «después de todos estos años de ausencia», espetan con aires conspiradores. Sé que no desean verme por mi mismo, sino para analizarme como un objeto curioso: el autóctono convertido en canadiense. También para sacarme dinero. La mayoría de las veces consiguen un billete de 2.000 francos yibutís, el equivalente a 12 dólares americanos. Solamente uno de ellos se negará a participar en esta penosa comedia: mi hermano Djamal, a quien no he visto desde que tenía 18 años. Es demasiado orgulloso para mezclarse con estos parásitos.

Todos montan el número del superviviente. Todos son voluntariosos pero tienen mala suerte. Todos quisieran tener que levantarse temprano, pero el favoritismo, el desempleo, la corrupción y todas las injusticias del mundo van en su contra. Siempre hacen gala del mismo disfraz de payaso triste y les gusta lamentarse de su propia suerte. El único derecho que la gente quiere ejercer es el de acabar con todo o abandonar este país cuanto antes. Les escucho sin prestar atención y sigo tomando notas para mi investigación.

Me han entrenado para escrutar hasta el más mínimo detalle tanto en un rostro como en un paisaje. Ese pelo que sobresale del orificio nasal o el más insignificante montón de piedras en la maleza, nada escapa a mi vigilancia. Es impresionante la cantidad de personas con el rostro deforme, con bocio o tuberculosis que encuentro a mi paso. Nunca antes había visto a tantos, ni en tiempos de mi juventud, ni en la época en que mi padre y mi madre todavía vivían. Hay demasiados movimientos migratorios en la región y también demasiada pobreza.

Me pagan para que escrute el país del derecho y del revés, consignándolo todo, analizándolo todo, escaneándolo todo si es necesario. Cada lote de información que proporcione será valorado y sopesado detenidamente. Fotografiado desde todos los ángulos posibles. Cada negativo, ampliado al centímetro o al milímetro y expedido instantáneamente hacia los despachos del *Adorno Location Scouting*, conectados con sus agentes distribuidos por los cinco continentes y abiertos las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Alif.[1]

En el nombre de Alá, el Misericordioso, lleno de misericordia. Alabado sea Alá, Señor de los mundos. El Misericordioso, lleno de misericordia, el Señor del día del Juicio. Es a Él a quien adoramos, a Alá a quien imploramos. Alá nos conduce hacia el recto camino, el camino de los que Él colma de bendiciones, no de los que provocan Su ira ni de los que se apartan de Su camino.

¡Oh, tú, extranjero, despierta!

¡Abre tus oídos antes de que sea demasiado tarde! ¡Mira con los ojos bien abiertos! ¡Mira! Sabemos que has vuelto, que te has instalado en el gran hotel, delante del mar. Tú viajas mucho y la mayor parte del tiempo solo. Nosotros vigilamos atentamente tus actos y tus gestos. Estamos aquí y allá, en todas partes. Estamos cerca de ti —tan cerca de ti que sentimos cada contracción de los músculos de tu cuello, sentimos tus venas yugulares drenando la sangre hacia el cerebro y tus glándulas sudoríparas acelerando la producción de sudor —. Ni tu pequeño bolso de cuero ni tus baratijas electrónicas te van a proteger de nuestros actos. ¡Actuaremos en el momento oportuno, si le place al Misericordioso lleno de misericordia! Ni uno solo de nuestros gestos, ni uno de los pasos que damos, ni el aliento de cada ser humano, ni la más pequeña brizna de hierba, nada existe fuera de su voluntad.

Tienes que saberlo, es bueno que recuerdes hasta dónde se extiende Su Poder. Sabemos quién eres y pronto sabremos el motivo de tu regreso. Mientras tanto, permíteme decirte que voy a seguir personalmente tu investigación con un interés muy especial.

Acabas de llegar y ya estás comprando tu redención billete a billete, apaciguando tu sentimiento de culpabilidad o dándote importancia. Pero sigues siendo mezquino, ni siquiera eres capaz de llevar tu generosidad hasta el límite. Con tu cráneo desnudo, con tus pequeñas gafas de intelectual, te arrastras como una serpiente sobre la arena. Si quieres seguir dándote importancia, piensa que yo no soy nadie. Sólo soy un humilde servidor, una

abeja en la escala de nuestros valores coránicos.

Sólo soy el escriba de nuestro Maestro, tan piadoso, tan venerable. Soy el ascua que desaparece bajo el soplo de su palabra. Tanto él como yo estamos condenados a muerte, por lo que parece. Pero tú te empecinas en saberlo todo acerca de nuestra suerte, ¿no es cierto? Estamos encerrados en una prisión de alta seguridad, totalmente incomunicada, situada en una isla desierta en el fondo del golfo de Tadjaourah. Un carcelero de cuerpo enorme y labios sellados desliza un plato de arroz blanco por debajo de la puerta de nuestra celda una vez al día. ¡Clic -clac! Es nuestro único contacto con el mundo.

Estamos condenados a muerte, dicen. ¿Quién puede condenar a otro pretendiendo ignorar que sólo Alá el Omnipotente es el único regente? ¿Quién puede negar que nuestra vida está en manos del Eterno? Yo no soy más que el frágil puño de mi venerable Maestro. Escribo lo que Él me dicta. Vivo a su lado desde hace tanto tiempo que las palabras pasan de su santa boca a mi mano sin obstáculo. Me enorgullezco de servirle con constancia y pasión.

Estoy convencido de que tú no entiendes mi entrega. Tú no perteneces a este mundo. Tú ya no eres de este mundo. Nuestros caminos se separaron demasiado pronto, por la gracia del Omnisciente. No frecuentamos las mismas compañías, no vivimos en las mismas ciudades, no respiramos el mismo aire. Somos tan distintos, tú y yo, como la noche y el día. No tenías que haber rechazado nunca esta tierra. Pero ahora ya es demasiado tarde. Beberás el cáliz hasta el final. Por ahora, tenemos otras misiones mucho más importantes que el pequeño desafío que para nosotros supone tu regreso. Y las llevaremos a su fin con la ayuda del Misericordioso, lleno de misericordia.

¡Me llaman Djib!

Cuaderno nº 1. Martes 3 de octubre.

Ayer abandoné el hotel más grande del país apenas amanecía, en dirección al golfo de Tadjoura, cuna de todo el tráfico marítimo de la región. En la plaza Ménélik compré un sombrero de paja, que utilicé como sencillo disfraz. A bordo del *boutre*[2], parecía un turista azuzado por la nostalgia, ese tipo de turista que ya sólo frecuenta el país gracias a Internet Explorer y Google Maps y que ahora lo redescubre con lágrimas en los ojos. Me sentía intranquilo por las oscilaciones del fuerte oleaje de la mañana, que castigaba sin contemplaciones la embarcación.

Trato de pasar desapercibido. He cursado mis estudios en un sector muy concreto del mundo de los negocios internacionales. Formo parte de una nueva élite compuesta por personas sin ataduras que se sienten como en casa ahí donde vayan y al mismo tiempo extranjeros en todas partes.

Actualmente los Estados van en declive y se encaminan hacia la desnacionalización, en el gran marco de la globalización. Contemplan cómo se desmigajan panes enteros de los muros de su soberanía en beneficio de los conglomerados. Con el fin de hacer frente a esta situación, se organizan para intentar escapar de la telaraña de las redes de información que pone en evidencia, aún más si cabe, su incapacidad para controlar tanto sus datos bancarios como los eslóganes de los activistas.

He sido entrenado para desorganizar, para debilitar todavía más tales Estados en beneficio de las multinacionales y sus accionistas. Es un trabajo peligroso pero bien pagado. El sombrero de paja y la camisa floreada comprados en la tienda de un comerciante hindú de la plaza Ménélik son mi mejor indumentaria de camuflaje.

A bordo del *boutre*, me dediqué a leer *La Nation*, el único periódico del país. Gubernamental, por supuesto. Un artículo fechado dos días antes minimizaba el poder armamentístico de los grupos islamistas que controlan el interior del país.

A fuerza de ensayos, era capaz de mantener en mi rostro una expresión fría e impenetrable. Ninguna de las burlas del mecánico, un tipo flaco, de edad indefinida, todo músculos, sarmentoso y más ágil que un felino, hicieron vacilar en lo más mínimo mi máscara. Nunca se me ocurriría empezar una pelea con un tipo como él. Por una parte, porque es básico el autocontrol, conservar la sangre fría que caracteriza a un analista. Por otra, sería un error profesional. Y, finalmente, correría el riesgo de que me dejara molido: me falta el aliento a menudo, en estos últimos tiempos.

Mi silencio le hizo creer que yo no hablo ninguna de las lenguas del país. Durante los cuarenta y dos minutos que duró la travesía, ni una sola palabra salió de mi boca. A fin de templar mi ánimo, me dediqué a leer y releer el artículo fechado el 30 de septiembre.

Súbitamente, todos saltaron a tierra. Tanto los pescadores como los isleños tienen mucho que hacer a lo largo de la jornada. El barco tardó treinta minutos en zarpar de nuevo, el tiempo necesario para descargar la mercancía y limpiar el puente con la ayuda de grandes cubos de agua. Llegué a Yibuti antes del anochecer y en el mismo *boutre*, que finalizó sus cuatro trayectos de ida y vuelta bajo un cielo azul metálico.

Curiosamente, el mecánico fanfarrón no viajaba en el trayecto de la vuelta. Quién sabe si estaría ocupado calmando la resaca de su *khat* en algún puerto o buceando con un grupo de turistas en busca del éxtasis submarino. Si exceptuamos algunos negativos de los que no se podrá sacar ni una foto, dos o tres esbozos y un puñado de arena fina, por el momento mi cosecha es nula en los islotes del Diablo. Esperaba poder observar de cerca el estado de las carreteras, evaluar el pulso social de este distrito conocido por su resistencia a los dictados de la capital y recoger información sobre la prisión de alta seguridad, que está presente en todas las conversaciones.

En estos islotes tranquilos, a merced de los alisios, en este golfo de aguas traicioneras se perfila, no obstante, una nueva página de la historia. Una página ambigua, una blasfemia para la austera belleza de los desiertos de piedra. A los dos islotes popularmente se les llama la isla del Diablo, la misma denominación que su célebre homónimo en la Guayana. También sirvieron como presido, aunque en menor escala. Ahora, presienten el alba de una nueva aventura.

La prensa regional narra hasta la saciedad en sus columnas la génesis de esta «extraordinaria aventura humana». ¿Cuántos quilómetros de naves construidos, de vías trazadas, de túneles excavados, de dunas dinamitadas? ¿Cuántas toneladas de arena transportada, de piedras amontonadas, de cementerios arrasados, de familias desterradas? ¿Cuántos miles de dólares convertidos en francos yibutíes incluso antes siquiera de poder ser prestados, invertidos o cambiados? ¿Cuántos brazos han sido necesarios? ¿Cuántos hombres convertidos en zombis, con el cuerpo destrozado y el espíritu devorado por las quimeras, dejaron su piel entre los bloques de piedra? Ni una sola estadística. El más estricto silencio policial.

Bienvenidos al nuevo parque industrial, el parque deseado y diseñado por Dubái. El escaparate de los Emiratos Árabes Unidos en el Cuerno de África. Un *havre* de paz a flor de sal. Proyectos y más proyectos, siempre muchos proyectos. Ésta es la nueva fiebre que se ha apoderado del país. Un proyecto faraónico, sí: la construcción del puente más largo del mundo. Sí, aquí mismo, en este rincón de África que parece un *far west* en miniatura. Ya está todo decidido: los planos, el presupuesto, los materiales y todo lo demás. Juran que el puente estará construido en menos de dos años. Va a salvar del desempleo a miles de individuos. Halagará el orgullo desmesurado de ambos jefes de Estado. Atravesará el Mar Rojo y unirá Yemen con Yibuti; en otras palabras, Asia y África. ¡Su longitud de veintinueve kilómetros quinientos metros verá la luz con la ayuda del Precioso sin el Cual nada es posible! A un nivel más prosaico, será obra de la famosa *Middle East Development Corporation*, empresa del BTP que pertenece al saudí Tarek Mohammed Bin Laden. Su proyecto técnico ya se ha confiado al *Noor City Development*, un despacho de arquitectos ubicado en California, en Silicon Valley. La nueva ciudad emergente, que será bautizada con el nombre de Madinat an-Noor, «Ciudad de la Luz», tendrá una hermana gemela en la ribera yemenita. Este puente cambiará la faz de esta región del mundo mucho más de lo que consiguió cambiarla la nariz de Cleopatra.

Después de la conferencia de prensa, que pude seguir por videoconferencia, no ha habido ninguna otra filtración. No obstante, la fastuosidad desplegada durante la presentación del proyecto dejó anonadados a algunos periodistas

extranjeros, enviados especialmente desde Londres, París, Nueva York, Singapur, Doha y Abu Dabi. ¿A quién beneficiará este maná súbitamente caído del cielo y las decenas de millones desembolsados en su presentación? No resulta fácil obtener el más mínimo indicio. Aquí se desconfía de todo. Desconfían de mí, un autóctono convertido en extranjero, sin turbante ni barba larga. Sin embargo, percibo la rabia y la frustración que la gente incuba en su interior. Lo percibo en ese pastor con quien me he cruzado en la cima de una colina o en el nerviosismo del mozo de equipajes que me llevó la maleta en la terminal del aeropuerto de Ambouli, un niño que parecía un anciano.

Denise, mi compañera quebequense, me lo había advertido. Cuando uno hunde un pie en estos parajes, corre el riesgo de sumergirse en ellos por completo y arrastrar a otros tras de si. Bienvenido al ojo del ciclón, al desierto del silencio, al paraíso de los nuevos ricos *made in Dubai*.

Desde el momento en que las fuerzas armadas americanas eligieron convertirla en su domicilio, la pequeña república de Yibuti se beneficia de un renovado interés. Francia, su aliada histórica, ya no la amenaza con abandonarla a su triste suerte: el hambre, la guerra y el olvido. Ni a sus tres vecinos famélicos y belicosos: Somalia, Etiopía y Eritrea. A falta de algo mejor que ofrecer, Francia continúa encaramada en su gloria y majestuosidad. Con su trabajo de zapa y gracias a los despachos diplomáticos, estudios y misiones, sigue recordando al mundo entero una vez más y para siempre su generosidad sin límites. Considera a sus habitantes como una pandilla de mendigos enganchados a la droga local desde el mediodía hasta la medianoche.

No obstante, siempre existe un Dios, como diría Denise, para los condenados de la tierra. La guerra contra el terror, aquí tenéis el arma milagrosa. Pero la *war on terror*, como la denominan en todos los editoriales americanos, desde el *New York Times* hasta el *San Diego Union-Tribune*, tomando el testigo del nuevo evangelio de la Casa Blanca, ha provocado un cambio en las cartas de esta partida: la desgracia de unos propicia la supervivencia de otros. Mirad el nuevo orden mundial, una buena ganga. Esta doctrina constituye su espina dorsal, el flujo sanguíneo que irriga conjuntamente al Pentágono, Wall Street y K Street, la calle de Washington donde se concentra el mayor número de lobbies.

Aquí, sólo un pequeño grupo lo celebra alborotadamente y enarbolando grandes banderas americanas. Se comportan con arrogancia, contagiando a afganos, palestinos e iraquíes para luego hundirlos en el barro. Las repercusiones de este maná financiero caerán sobre ellos, ya sea mediante estratagemas o con el uso de la violencia. Tengo que confesar, no obstante, que este nuevo orden mundial también ha cambiado las cartas para mí. De lo contrario habría tenido que regalarme unas vacaciones forzadas y dedicarme a reparar una vieja cabaña en el Valle del Gatineau antes de regresar, en primavera, a ocupar mi puesto de asistente sustituto en el Laboratorio «Réseaux d'information numérisée» de la Universidad McGill, en Montreal.

En cambio, aquí me tenéis, con un nuevo contrato, o para ser más exactos, con una nueva misión, como decimos en nuestra jerga. La guerra no espera, todo el mundo lo sabe, y eso no conlleva únicamente inconvenientes. También propicia el relanzamiento de los negocios y fortalece los músculos de la Bolsa. El comercio nunca se toma un descanso; tampoco las hostilidades. Siempre aparecerán nuevos mercados donde hacer prospecciones, y encontraremos nuevos socios a los que habrá que consultar, nuevos logos que diseñar, nuevos campos que abrir, nuevos jefes a quienes aconsejar. Soy un simple eslabón en esta cadena de mando transnacional, un pequeño soldado de la sombra.

Oficialmente me llamo Djibril, pero me llaman Djib desde mi más tierna infancia. *Call me Djib, that's it!* Confieso que es muy práctico en Norteamérica, donde gente procedente de los cuatro rincones del planeta se codea, coopera y hace intercambios con absoluta naturalidad dejando atrás cualquier obstáculo que pudiera entorpecer la buena marcha de los negocios. Se trituran, se abrevian y simplifican los apellidos impronunciables y señas de identidad. Hay que olvidarse de todo lo antiguo, de todo lo extranjero. El pasado ha muerto, ¡viva el futuro!

Call me Djib! Aprendí a hacer como ellos. Breve, llano y eficaz. No hay tiempo para las largas explicaciones históricas y genealógicas. A pesar de ello, aquí existe una leyenda que me persigue desde que nací. Me iban a llamar Djib, como a esa ciudad y ese país que lleva el nombre del color del siroco. Nací el 26 de junio de 1977, la víspera de la Independencia. De modo

que por edad soy un día mayor que la bandera nacional izada poco después de la medianoche del 27 en un terreno vecino, de localización inexacta, cerca del barrio de Arhiba. Unos minutos después de la medianoche, Djamal, mi hermano gemelo, lanzaba su primer grito en el patio familiar y sin que estuviera presente ninguna comadrona. Expulsado del vientre materno veintiocho minutos antes que mi hermano, todavía pasmado como un caracol atrapado en su propia baba, fui el primero en saludar a la bandera izada. Estaba sano y mi llanto era potente. No como mi hermano, que nunca consiguió lanzar su primer grito y todavía conserva los estigmas de su nacimiento difícil: un cráneo más alargado y un cuerpo enclenque.

En los terrenos pantanosos donde antaño corríamos hasta perder el aliento tras una pelota deshinchada, se erigen ahora el principal estadio de futbol del país, un centro comercial, apartamentos, urbanizaciones e incluso casas para expatriados. Recuerdo que en clase de CP, durante el recreo, los que habíamos nacido esa misma noche histórica formábamos una pequeña banda.

Pero todo eso queda muy lejos. No tengo noticias de mi familia, ni de mi hermano gemelo. Le llamaban «Número 28», aunque muchas más veces le apodaban «Mister 28», porque había visto la luz del día veintiocho minutos después que yo. Yo le llamaba también «hermanito», porque a esa edad, el derecho a ser el mayor, aunque sólo fuera por media hora, es algo sagrado. Pero ahora todo esto queda lejos, muy lejos. El pasado ha muerto, viva el futuro. *Call me Djib!* En Norteamérica aprendí a pasar página, a ser breve, llano y eficaz.

—How you doing today, sir?

—Oh! Thanks. My name is Djib! Call me Djib!

Ba.

En el nombre de Alá el Misericordioso, lleno de Misericordia. Alabad a Alá el Señor de los mundos, el Misericordioso, lleno de misericordia, el Maestro del día del Juicio.

¡Tú, oh serpiente que te arrastras sobre la arena, debes saber que el día del último juicio no va a ser hoy! El Generoso nos ha concedido, por su gracia, que al alba le siga un día plácido. Esta mañana temprano una lluvia fina nos ha regalado todo su frescor. ¡Ah! ¡Qué envidiable es ahora nuestro islote, el islote en el que estamos confinados, gracias a las diminutas partículas de agua que penetran hasta el corazón de esta célula aislada!

En estos instantes etéreos donde todo se convierte en misterio y silencio nuestra suerte se hace soportable. Alabemos a nuestro Señor por las obras que realiza aquí en la Tierra. Nos sentimos revitalizados por esta bendición a la que ningún iniciado seguidor de las huellas del Altísimo habría renunciado.

Si tú, el aprendiz de investigador, fueras de los nuestros, te habría dedicado una plegaria a ti también diciendo: «Que esta jornada te depare todo lo que deseas. Que la paz del Majestuoso repose en tus pensamientos; toma el control de tus sueños en este mismo instante y vencerás definitivamente todos los temores. Que Dios Mismo se Manifieste hoy de forma tan excepcional como nunca antes hayas experimentado. Que tus deseos gozosos se cumplan, que tus sueños se hagan realidad y tus anhelos se materialicen. Rezo para que tu fe adquiera una nueva dimensión, para que tu territorio se extienda y para que des un gran paso en tu destino, en el seno del ministerio al que el profeta Mohamed nos llama. Ruego por la paz, la salud, la felicidad y el verdadero e imperecedero amor del Único». Éstas hubieran sido mis palabras. ¡Pero a pesar de todo, para escuchar tal plegaria habría que tener buen oído!

No me preocupan tus andanzas persiguiendo lo virtual y lo ficticio; en estas cuestiones eres un auténtico campeón. En cambio, te invito a que escuches esta breve historia si dispones de un poco de tiempo que dedicar a las cuestiones espirituales. Escucha.

Antiguamente los hombres, los animales, las plantas y todas las criaturas de la tierra de Alá vivían en buena armonía. Un día el búho abandonó su lugar y propagó, acuérdate bien, la mala noticia a lo largo de toda la superficie de la tierra de los hombres. Descubrió al enemigo el escondite del Profeta Mohamed, que su nombre sea alabado eternamente. Desde ese día el búho vaga sin rumbo por el reino de Satán.

Tú eres de la misma especie que ese pájaro de mal agüero, porque sólo aquél que ha perdido su imagen y su lenguaje, aquél que ha perdido sus huellas y su sombra, sólo aquél recita versos satánicos y goza en compañía del Diablo. Y aquél que sufre pérdidas de memoria pasajeras no tiene otro recurso sino dedicarse a recitar *hadiths*. Todos los calificativos divinos, todas las suratas descenderán sobre él como una bendición si abre su corazón. Humildemente debe acogerlas en su fuero interno. Entonces podrá reencontrar el buen camino, el recto sendero, si eso place al Magnánimo. Amén.

Marinas y espejismos

Cuaderno nº 1. Martes 3 de octubre. A primera hora de la tarde.

Igual que un espejismo, hicieron su aparición sobre la cresta de la primera duna. Caminaban. Recuerdo su forma de andar como si la escena hubiera sucedido ayer. Ocurrió el día de nuestro primer paseo familiar por la zona del interior. Djamal y yo teníamos seis años.

Caminaban. Cualquiera habría podido divisarlos a lo lejos, en cuanto hubieron flanqueado el gran precipicio, al pie del macizo del Goda. Aureolados por un velo de polvo, andaban bajando por entre las rocas, ajenos al tiempo. Habían subido trabajosamente, peldaño a peldaño, a la meseta rocosa. Rodearon el golfo. Se dirigieron hacia el sur. Los hombres iban a la cabeza de la caravana, seguidos por los dromedarios. A continuación los muchachos, seguidos por las chicas, el asno, los corderos y las cabras. Los niños pequeños y las mujeres cerraban la caravana. De vez en cuando una mano secaba el sudor que caía por su frente, una mano que, en ese instante, ignoraba el hambre y la sed. Las mujeres transportaban los odres colgando de sus hombros. Los hombres andaban con los fusiles colgados en bandolera a sus espaldas. Dos o tres muchachos de nuestra edad, con el torso desnudo, corrían delante de las patas de los dromedarios. La comitiva no se detuvo ni un solo instante. Sólo Dios sabe hacia dónde se dirigían. Andaban continuamente hasta que su silueta se desvaneció en el horizonte. Nada les diferenciaba de nosotros, los sedentarios, excepto algunos detalles de su vestimenta. O tal vez la costumbre de clavar la vista en lontananza o de observar el vuelo de un cóndor. Andaban como lo hizo en otro tiempo el abuelo Assod, nacido, él también, en un campamento cuyo nombre nadie era capaz de ayudarnos a recordar.

El abuelo Assod había viajado por tierra, mar y aire. Había disfrutado en todas partes de una libertad sin límites. Fue escudero, marinero, soldado, cinco o seis veces peregrino, cocinero en la marina francesa y también cómitre en el presidio de la Guayana, el más austero de todos los confinamientos, en la isla del Diablo, en el mismo lugar donde precisamente

el capitán Dreyfus estuvo internado durante cuatro largos años. Y, por supuesto, fue nómada, como todos nuestros antepasados. Pero antes de morir, antes de que el cielo se convirtiera en su última y definitiva patria, el abuelo Assod todavía no confiaba en el mundo moderno ni en sus accesorios: el teléfono, el frigorífico o el televisor, por ejemplo. Sus hijos, urbanos hasta el tuétano, desconfiaban también incluso de un objeto tan común como el teléfono. Sólo lo utilizaban en caso de urgencia y a regañadientes.

«Esta máquina me atormenta, nunca puedo ver la cara de quien me habla», se lamentó un día al colgar el auricular del teléfono de nuestros vecinos. No se había dado cuenta de las tres moscas que flotaban en el fondo de la botella de Fanta, al lado del teléfono. Nosotros sí. Djamal y yo, siempre estábamos atentos para captar incluso los más mínimos detalles. Nuestra familia no era lo suficientemente acomodada para permitirse tener línea telefónica en casa —en nuestra choza, para ser más exactos—. Si queríamos pasar algún mensaje o, mucho más de tarde en tarde, responder a una llamada, teníamos que cruzar la calle.

«Abuelo, todo lo nuevo da miedo», le respondíamos a coro desde nuestros tiernos doce años. Por una vez, no nos escuchó, lo cual sacó de sus casillas a mi «hermanito», mucho más irascible que yo.

En aquellos tiempos, ningún adulto nos hacía el más mínimo caso, especialmente nuestro padre. El abuelo y su hijo mayor, nuestro padre, eran muy distintos. El abuelo Assod era tierno y afectuoso, en cambio padre era de la misma calaña que sus primos, sus vecinos y sus amigos, con quienes rezaba los cinco rezos cotidianos —el del alba, en la habitación común, sumida todavía en la más profunda oscuridad—. ¿Qué motivos hubiera tenido para hacer caso a nuestras observaciones, a nuestras preguntas, que no angustiaban a nadie excepto a nuestras pobres almas infantiles? ¿Por qué habría tenido que comportarse de forma distinta de los demás padres? No había ninguna razón para ello. ¿Acaso no había bebido él también la misma leche agridulce que los hombres de su clan y había peinado sus mechones del mismo modo cuando era adolescente? ¿No había corrido tras los mismos camellos cuando tenía su misma edad, cantando el estribillo de los pastores? ¿No se había casado con una prima lejana a quien no había visto nunca y cuyo nombre sólo conoció pocas semanas antes de la boda porque se lo revelaron secretamente las

comadres, a las que él llamaba cariñosamente «mis tías», aunque no eran auténticas tías suyas, sino sólo primas, o más exactamente, tan sólo mujeres del mismo clan que su madre? ¿No creía él también que la tierra era redonda y plana como un excremento de vaca?

Pero a pesar de ello, deseábamos ardientemente tener un padre realmente distinto, un padre tan accesible, tan cercano que pudiéramos sentir la caricia de su aliento rozándonos la nuca. Aunque ¿por qué razón hubiéramos sido dignos de gozar de tal privilegio? ¿Qué teníamos, mi hermano gemelo y yo, que nos distinguiera de los demás niños de nuestro barrio para pretender ser dignos de más atención, calor y afecto?

«¡Padre!» El grito contrariado de mi «hermanito» atravesaba las paredes y subía hacia el cielo. «¡Padre!», le imitaba yo inmediatamente.

«¡Maldito sea vuestro padre!», replicaba nuestra madre. ¿O tal vez una voz distinta, surgida de la noche?

Haber venido al mundo en el seno de una familia como la nuestra no era cosa fácil.

Ahora tengo casi treinta años y he cambiado mucho. Aquí todo está alterado, aunque nada haya cambiado. Hay que observar atentamente dos veces, para poder hacerse realmente una idea. El país está mudando bajo nuestra mirada perpleja. Nuestros ojos esperan impacientes el día en el que van a poder contemplar cómo se está cumpliendo algo parecido a una predicción. Prueba de ello son las nuevas canteras, que han empezado a surgir como setas. Prueba de ello es la extensión que ha llegado a alcanzar la capital, atrapada por la fiebre del crecimiento impulsado a partir de la federación de los Emiratos Árabes Unidos. Mi pequeño país ha seducido, gracias a su posición y a su estabilidad, a los grandes estrategas del Pentágono y a los hombres de negocios del golfo pérsico, con Dubái a la cabeza. Una alianza lógica, si tenemos en cuenta los intereses que les unen.

Aquello que los medios de comunicación planteaban como una hipótesis escolar se ha hecho realidad. Después de haber invertido en una primera base, muy cerca del aeropuerto de Ambouli, los americanos instalaron allí, en verano del 2002, el centro de operaciones en el Cuerno de África de la *Combined Joint Task Force*, en un campo abandonado que había pertenecido a la armada francesa. Esta nueva base tiene la misión de, en palabras de una

directiva del Pentágono, «detectar, contener y, en última instancia desarticular a los grupos terroristas transnacionales que operan en la región. Segar la hierba bajo los pies de estas entidades maléficas que andan buscando zonas donde replegarse, islotes aislados, apoyos exteriores y asistencia logística».

Las fuerzas americanas sólo se sienten seguras en el seno de este campo que han alquilado al Estado yibutí a cambio de la módica suma de 32 millones de dólares anuales. El campo Lemonier se encuentra atrincherado, protegido por un doble muro relleno de espinos, puntos de mira, cámaras de infrarrojos, chicanas de hormigón y varias hileras de alambres de espino. Está vigilado las veinticuatro horas del día por marines fuertemente armados, provistos de cascos y chalecos antibalas. No se juega con la seguridad de los GI en este entorno hostil, propicio a evocar malos recuerdos, a reabrir viejas heridas. No obstante, la nueva Roma no se muestra fría, sino todo lo contrario. Se ha lanzado a un *sprint* impecable. La semana pasada, sin ir más lejos, el ministro de defensa aclaraba, en el bimensual *Foreing Affairs*, considerado como la biblia de los diplomáticos: «No hay ningún rincón del mundo que nos resulte demasiado lejano, ninguna montaña demasiado alta, ninguna cueva ni ningún búnker demasiado profundos cuando se trata de dejar fuera de combate a nuestros enemigos».

La carretera que une el campo con la capital despliega su largo turbante de asfalto. Barrida por el *khamsin*[3] y a consecuencia del tráfico, provoca, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, los más bellos espejismos de la región. Pasa del estado líquido al gaseoso para regresar luego nuevamente al estado líquido y finalmente, hacia la media tarde, reencontrar su estado sólido. Los expertos en radioactividad contemplan encantados el espectáculo. Este tramo neurálgico es precisamente el que fue alcanzado hace algunos días por la primera bomba artesanal del tipo 101. Ninguna víctima, pocos daños. Se diría que fue sólo un aviso sin costes.

Hace tiempo, la 13ª media-brigada de la Legión extranjera y los soldados de infantería del 5º regimiento de interarmas de ultramar jugaban su partida abiertamente, con menos contención y más fluidez. Pero allí las cosas también han cambiado. Al contrario que los franceses, los 2.000 soldados americanos viven en un recinto hermético, en una autarquía aséptica, climatizada. Nunca

ponen los pies fuera. Tienen prohibido salir si no es en grupos de seguridad, a bordo de sus *Toyota* 4x4 blancos camuflados. Si tienen que efectuar patrullas de seguridad o cuando deben participar en campañas de información sobre el sida, entonces piden prestados *Humvees* equipados con ametralladoras.

Repasando la ficha técnica de la base no he podido evitar observar que el equipamiento americano es el mismo que el de Irak, a pesar de que la naturaleza de sus misiones es muy distinta, por lo menos oficialmente. Me pregunto qué deduciría de todo esto mi hermano gemelo, cuál sería su punto de vista. Él es, o había sido por lo menos, un revolucionario. ¿Puede que Djamal, como este país, como yo mismo, también haya cambiado? Quién sabe. Hace quince años que no le veo.

La hoja de ruta de las Fuerzas conjuntas es larga, como la lista de prescripciones médicas de un paciente en estado crítico. Tanto en Washington como en otras partes se considera que esta región es el polvorín más grande del mundo, después de Afganistán e Irak. Se ha denunciado la presencia de todo tipo de tropas y movimientos de distinta índole y total obediencia. Según discretas filtraciones de varios servicios de información locales, un nuevo tipo de estudiantes, fanáticos de las ciencias cognitivas, viene de muy lejos, del Sudán, de Gaza, Nigeria, Peshawar o del Kurdistán para entrenarse en campos atrincherados, similares a prisiones. Todo ello sin tener en cuenta que la humillante derrota de las mismas fuerzas americanas en la batalla de Mogadiscio todavía está presente en la memoria colectiva. La guerrilla urbana del señor de la guerra somalí Mohamed Farah Aïdid asestó un duro golpe a la moral del ejército mejor equipado y mejor entrenado del mundo. La derrota no se puede considerar menos importante a pesar de que las tropas de Aïdid fueron formadas y armadas secretamente por el movimiento internacional llamado Al-Qaida al-Jihâd, fundado en 1987 por Oussama Ben Laden, y conocido en todo el mundo como Al-Qaida. Sucedió el 3 de octubre de 1993. Hollywood realizó una película maniquea inspirada en estos hechos, *Black Hawk Down*, y más recientemente un videojuego.

A pesar de encontrarme en el ojo del huracán, intento conservar mi sangre fría, permanecer en calma, seguir siendo metódico. No obstante, experimento una vaga molestia, un oculto malestar ante todos estos cambios. A medida que mi investigación progresa, me resulta inevitable notar pequeñas sacudidas en el cuerpo.

Al principio fue un simple dolor de cabeza. Le siguió una rigidez en la nuca que fue aumentando progresivamente. A veces tengo sofocos. De entrada lo atribuí al cambio horario o al calor, al que ya no estoy acostumbrado. Ya pasará, me decía para animarme a mí mismo. Y fue entonces cuando descubrí, intacta, mi propia voz de niño. No había podido abrirse camino a través de mi garganta antes de mi regreso al país que me vio nacer. Mis colegas canadienses no habrían reconocido esa voz, de timbre y entonaciones abruptas. Ahora, suena de manera muy distinta en mis oídos, y desencadena en mí un montón de recuerdos surgidos del pasado. Gracias a ella, remonta a la superficie un yo cuya existencia ignoraba. Un yo ciertamente demasiado pequeño para mi cuerpo de adulto, pero perfectamente reconocible.

Al recuperar esa voz se ha cerrado el círculo. Ahora soy alfa y omega, el principio y el fin. Contemplando esta playa de arena que no había vuelto a ver desde hace años renace un sinfín de impresiones. Venía aquí a sentarme con mi «hermanito» y el abuelo Assod, que nunca estaba lejos de nosotros, para escuchar el vals de las olas y el canto de las gaviotas.

Todo ha cambiado y al mismo tiempo nada ha cambiado, en estos veintidós años. La playa está desierta. Hay más basura, más cajas de cartón y más botellas de plástico que en mi infancia. Pero nunca me he sentido completamente solo aquí, ni siquiera hoy. Aunque todo parezca desierto no es realmente así. Basta con abrir bien los ojos para atravesar el velo del simulacro. Y entonces, a lo lejos, puedes divisar a un viejo solitario y enjuto. Está sentado, con las palmas de las manos sobre las rodillas, la cabeza inclinada. Contempla una hilera de hormigas. Navega entre las criaturas que acosan su espíritu.

Financiado por la poderosa Dubai Ports World, el tercer complejo portuario el país está empezando a emerger de entre los escombros del pequeño pueblo de Doralh, a ocho kilómetros de distancia de la capital. Surge bajo nuestra mirada.

Ta.

¡Oh, incrédulo de Montreal, no sabes nada de nuestros rituales cotidianos! ¿Acaso sabes que los musulmanes, sea cuál sea el rincón de nuestro vasto mundo adonde lleguen, se orientan en dirección a la Meca para hacer sus plegarias? La Kaaba es el punto de mira. Si no se cumple esta condición, la oración no es válida. Hay que verificar siempre, pues, la dirección de la Meca o de Quibla. Antiguamente, los fieles contaban con la ayuda de las estrellas. Luego, el descubrimiento de la brújula tranquilizó a buena parte de ellos. Pero sucede muchas veces que los medio creyentes confían en su instinto y rezan encarados al sol naciente, sin tener en cuenta que la posición geográfica de Francia o de Canadá, por ejemplo, no es la misma que la de los países del Magreb o de Oriente Medio. Es necesario, pues, explicarles el motivo de su error, lo cual no es nada fácil si son tan obtusos como tú.

¿Sabes que en el país donde vives han tenido lugar debates altamente científicos para determinar cómo calcular la Quibla? No podrás adquirir el rango de auténtico creyente de la noche a la mañana, pero voy a darte la fórmula, porque realmente existe una fórmula. Basta con determinar la longitud y la latitud del lugar de oración, es decir, las coordenadas del punto donde te encuentres en el globo terráqueo. Esta dirección viene determinada por el norte geográfico. Puedes utilizar una brújula, es más cómodo. Pero tienes que saber, de todos modos, que esta última indica el norte magnético, el cual se encuentra ligeramente desplazado en relación al norte geográfico. Ten en cuenta, en definitiva, que la ciudad santa de la Meca se encuentra a una latitud norte de 21º26’ y una longitud este de 39º49’, mientras que la latitud del Polo Norte es de 90º. Te voy a ahorrar el resto del cálculo. Ha llegado la hora de que encuentres un lugar para rezar. Todavía estás a tiempo de volver al redil de Alá.

Los incrédulos

Cuaderno nº 2. Miércoles 4 de octubre. Por la mañana.

Mi nuevo cuaderno es virgen, o casi, si exceptuamos algunas notas sobre fenómenos geotérmicos. Tendría que mostrarme más activo, más inquisitivo. No puedo perder tiempo si quiero presentar mi informe en el menor plazo posible. No obstante, estoy navegando entre la niebla. Peor todavía, me encuentro sumido en un estado de inercia. Mi vocecita infantil me empuja a un terreno de arenas movedizas donde el pasado y los lugares se entremezclan. Me siento temeroso e indeciso al mismo tiempo. Tengo miedo de reabrir viejas heridas. Soy consciente de que en cada esquina de cada callejuela de mi infancia me aguardan sinsabores y dolores aún más desgarradores.

Mi vocecita interior de antaño hierve de impaciencia. Ahora me inunda por completo, resuena dentro de mí y de repente se me presenta envuelta por la voz ronca y tabacosa de mi abuelo Assod, a través de las dunas del tiempo. Y me siento transportado al lado de la familia de mi abuelo materno, que se instaló cerca de la bahía de Zeïlah durante varias generaciones. ¿Zeïlah? Una ciudad llena de historia y malos entendidos. Mi abuelo me había hablado a menudo de ello.

El misterio de un hombre blanco torturado, clavado en su cruz, orinando sangre, más muerto que vivo, no consiguió enardecer a las multitudes, en la región de Zeïlah. Así por lo menos es como nos lo había contado nuestro incansable abuelo. Nuestros antepasados no entendían la perspectiva de hacerse crucificar aquí abajo a cambio de una hipotética felicidad en el más allá, decía él. En el paraíso cristiano prefirieron enlazar la arena y el viento, esposar la tierra con el agua, los cantos y las danzas volcánicas. Estoy convencido de que mucho tiempo después de haber dejado su cuerpo, su espíritu vagará, nómada, por la región, desde Jigjiga hasta Kabah-Kabah, desde Yobodi hasta Awdal y más allá, en la vasta tierra de los hombres, subrayaba. El espíritu caminará con el clan, con los otros humanos, estará presente en las tierras donde habitan mil bestias que cazar, adorar o

domesticar. Siempre pertenecerá a este mundo, gozará de cada instante, desde el inicio mismo de la aurora hasta la noche sin fin de la eternidad. El espíritu está vivo por siempre con otro nombre: el nombre del polvo del que venimos y al que volveremos.

Pero la idea de poseer una tierra, de declararse su propietario, de dividirla, compartirla o plantar en ella una bandera no formaba parte de las costumbres de nuestros antepasados, insistía el abuelo Assod entre un par de ataques de tos. Porque no se trata de poseer la tierra, sino de honrarla, de habitarla de forma conveniente, de cantarle mientras nos dedicamos a las tareas cotidianas: apacentar los rebaños, ordeñar las camellas, acoger a los caminantes, extraer tanto vino de palma como sea posible o cultivar una pequeña parcela de mijo, si te encontrabas en las generosas colinas de Hawd, puntualizaba para los que no habíamos oído hablar nunca de este territorio, no nos habíamos fijado nunca en los cursos de los arroyos, ni habíamos cuidado de las colmenas de abejas ni del bosque sagrado de nuestros antepasados. También había quien dedicaba su tiempo a lanzarse a las contiendas verbales, a practicar largamente el trueque de mercancías, o al intercambio de chicas núbiles.

Contaban que del lado de Zeïlah, en esta ribera engastada en brumas y quimeras, se hallaba un edificio de ladrillo de donde surgía un ruido infernal proveniente de un enorme cántaro metálico llamado campana. Allí reunían a los niños, juntándolos en filas como si de cebollas se tratase, y durante todo el día les enseñaban cosas que tenían que descifrar y anotar en un trozo de papel. Dos hombres con la piel y la barba del mismo color que las conchas les mantenían en vereda mostrándoles un simple bastón. Lo extraño era que ningún clan se hubiera alzado todavía para ponerles en guardia. ¿Acaso alguien podía estar seguro de que cuando esos barbudos con bastón que andaban a paso de tortuga hubieran allanado el camino no aparecerían otros barbudos aun más feroces? Se dice que eran tan transparentes porque lavaban sus cuerpos con leche de burra. También teñían su pelo de color blanco, un pelo más largo que la melena de nuestras jóvenes de pechos turgentes, precisaba el abuelo Assod.

La vida continuaba su curso de luna en luna, de pasto en pasto. Y he aquí que un día anunciaron la llegada de un nuevo mesías, un hombre venido de Arabia que se denominaba a si mismo santo, es decir, enviado por un Dios

único. Apenas desembarcado, empezó a recorrer el país a lo largo y a lo ancho, desde el mar hasta la montaña y de desierto en desierto, rezando y rezando. Y sermoneaba a los pastores, que se negaban a detener su camino para beber ávidamente de sus palabras. De estos últimos, decía: son inocentes corderos que pecan por ignorancia, no por vicio. E intentaba devolverles al recto camino con amenazas y chantajes. Durante todo ese tiempo, la luna seguía sus ciclos; la hierba crecía cuando cesaba la lluvia y las vacas mugían. La leche espumosa llenaba los odres en tanta abundancia que ni siquiera sabían qué hacer con los excedentes. Los túmulos y los termiteros bajo los cuales descansan las almas de los antepasados se cubrían de una aureola blanca y cremosa.

Por extraño que parezca, la voz de mi abuelo Assod apaga a menudo la de mis fallecidos padres. Cuanto más emergen suavemente a la superficie los recuerdos de mi abuelo, tanto más se desdibujan los de mis padres. Ignoro si a mi hermano gemelo le ocurre lo mismo. ¿Qué recuerdos guarda Djamal de nuestra infancia?

Tha.

En el nombre de Alá el Misericordioso, lleno de misericordia. Alabad a Alá, Señor de los mundos, el Misericordioso lleno de misericordia, el Maestro del día del Juicio. Es a Alá a quien adoramos, es a Él a quien imploramos. Alá nos conduce hacia el recto camino, el camino de los que Alá colma de favores, no de los que le irritan ni de los que se alejan de su camino. Nuestra suerte está en sus manos por toda la eternidad.

No hay que matar a un aparecido, reza un antiguo proverbio de nuestra tierra. Ten paciencia, nos ocuparemos de ti. No existe la prisa para aquél que desea el Reino eterno. Voy a revelarte un pequeño detalle acerca de mi venerable Maestro, una de esas pequeñas señales que resisten el paso del tiempo y conceden a su autor la repercusión de un mito. Para ello cuento con tu gran capacidad para la fabulación. En esta prisión, mi venerable Maestro reza sentado. Sus piernas ya no son capaces de soportar el peso de su cuerpo. Los torturadores rompieron sus rodillas, pero su devoción permanece intacta. A menudo prolongamos apaciblemente el tiempo de nuestras oraciones y nos entregamos a largos períodos de introspección. Una plegaria tras otra, me uno con él en espíritu. Henos aquí, con el rosario en la mano, prosternados los dos juntos. Henos aquí, en el umbral de la morada del Señor. Señor, tú eres el más misericordioso y el más compasivo. Acógenos en tu retiro, concédenos permiso para penetrar en la serenidad de Tu morada. ¡Amén!

El ángel de la historia

Cuaderno nº 2. Miércoles 4 de octubre. Mediodía.

Sólo estamos a miércoles y mi corazón desea ya regresar a Montreal. Fue allí donde salí de mi crisálida, donde me convertí en el hombre que ahora soy. En esa metrópoli encontré una vida envidiable, con todos los elementos que la componen: una mujer angelical, un trabajo, un techo, amigos. Tengo la sensación de haber nacido en Montreal, como si los primeros dieciocho años que pasé con mi familia y con mi hermano gemelo, hoy por hoy invisible a mis ojos, no contaran.

De niño soñaba con ser hijo único para ganarme toda la atención de mi madre. Fue en vano. Mi infancia y mi adolescencia huyeron volando a la velocidad del rayo sin que yo recibiera ni un gramo del afecto que buscaba. La gente de mi entorno, excepto mi madre, me decía a menudo que yo era sensible, irritable, imprevisible. Pero también humilde, ambicioso, malquerido, o incluso instintivo, creativo. Ahora, ya adulto y según lo requiera la ocasión, sé mostrarme modesto, inteligente, acomplejado o mal amante. Y de este modo el velo que oculta el origen de mis pulsiones violentas, compulsivas, dirigidas en primer lugar contra mi hermano pero también contra mí mismo se va alzando muy suavemente, con lentitud.

En Montreal aprendí a soportarme, a amarme en la medida de lo posible para poder dormir en paz conmigo mismo, con mi propia piel. Sólo de este modo pude seguir adelante con mi vida. Es el precio que tuve que pagar para poder vivir plenamente, para conseguir ser capaz de amar a los demás.

Durante mucho tiempo soñé que no tenía madre. En realidad, tengo la sensación que la perdí desde muy joven. De hecho casi no la conocí. Una abuela estricta nos crió y nos inculcó las pocas reglas que he conseguido asimilar. De mi madre lo he olvidado todo, como si no tuviera rostro. Aunque en realidad fue ella quien me olvidó primero. Volcó toda su devoción en mi hermano gemelo y reservó todas sus atenciones, todo su torrente de besos sólo para él. En mis momentos más angustiosos, y hasta que conseguía calmarme, me convencía a mi mismo de que fue ella la que me separó tempranamente de

mi hermano, ella la que consiguió hacer de él mi enemigo.

No conservo en mis recuerdos nada suficientemente consistente que me ayude a unirme a mi madre. Ni una sola anécdota, ni una caricia, una bofetada o un abrazo. En mi pecho sólo existe un hueco, un vacío devorador que únicamente podría calmar el calor del contacto del cuerpo de mi madre con el mío. Fue en esa época cuando decidí provocar a mi hermano y desafiar a mi padre antes de abandonar las redes familiares, antes de seguir solo mi camino, sin importarme lo que ocurriera. El único recuerdo amable de mi infancia es el del encuentro con un niño extranjero, un huérfano llamado David. Nos queríamos mucho, él y yo. Muy pronto conseguimos esa complicidad especial. Admirábamos juntos los *sifonieres* de la plaza Arthur-Rimbaud. Éramos inseparables. A menudo quedábamos en la playa de la Siesta. Corríamos siguiendo las líneas que aparecían en la arena.

Años más tarde, gané mis primeras pagas ayudando al proyeccionista del cine Odeón, ubicado en el corazón de la zona europea de la ciudad. En esa época ya me interesaban los medios de comunicación, todo lo contrario que a mi hermano devorador de libros. Cuando yo salía al aire libre, él se relajaba en la penumbra de nuestra habitación con un libro en las manos.

En aquella época, las bases de infantería y de la marina francesas estaban movilizadas al completo. Los reclutas frecuentaban las salas de cine y los numerosos bares que existían entonces. Pero aquellos reclutas no eran hombres. Parecían una jauría que asaltaba las dos salas de nuestro cine, el más impresionante de la capital, que algunas almas en pena llegadas de Argelia quisieron bautizar con el nombre de *Lagardville*, en honor al primer gobernador de este territorio, el vizconde Léonce Lagarde de Rouffeyroux. El cine Olimpia, nuestro principal competidor, corría la misma suerte.

Allí encontré, durante un tiempo, una auténtica familia. Cálida, despreocupada y feliz. Allí fue donde viví mi primer exilio —un exilio totalmente francés—. Todavía siento en la delgada piel de los recuerdos algunas de sus caricias. La gente cree que aliviar y cuidar es tarea que incumbe principalmente a las enfermeras. Pero, lo creáis o no, con mi trabajo como proyeccionista yo cumplía el mismo cometido. Por medio de las imágenes, cuidaba de estos jóvenes arrancados de sus granjas, de sus barrios y arrojados bajo el sol plomizo de Yibuti. Amaba ese trabajo y sus minúsculos placeres. Me gustaban los instantes precedentes a la proyección, tan parecidos

al crepúsculo que otorga a los minaretes sus impresionantes siluetas. Me gustaba la llamada a la plegaria de la tarde que subía desde la vecina mezquita. Después del largo letargo de las primeras horas de la tarde, la ciudad se agitaba de nuevo. Me gustaba todo, en esos instantes de transición. Los cláxones de los taxis y el clamor de los vendedores ambulantes que invadían las calles. La fauna nocturna moviéndose en tropel hasta la madrugada, sin clases, sin jerarquías. Tan sólo el calor animal, el pulso de la noche, el brillo de las sonrisas. Sólo hombres y mujeres en los bares, dedicando su tiempo a comer o a beber, o riéndose tumbados bajo las pérgolas. Me gustaba la vida nocturna. Incluso era capaz de tolerar los aullidos insensatos de los legionarios. Me duchaba antes de vestir mi habitual atuendo: bermuda azul profundo, sandalias ligeras y camisa floreada abierta hasta el plexo solar. Era mi uniforme. Mi vestimenta de inmersión para sumergirme en la noche y buscar el penetrante aroma de su ámbar. Cada vez que empujaba la puerta de la cabina de proyección a las 18h.40m., sentía una punzada en el corazón. Me quedaba atrapado en esa mezcla de aprensión y excitación cuando arrancaba la primera bobina y las primeras imágenes cubrían la pared. Todavía no eran las imágenes de la película, sino de la actualidad y la publicidad llegadas de París la semana anterior. Esa excitación se mantuvo siempre intacta como el primer día. La sala se llenaba enseguida, dispuesta a una nueva velada de aventuras y sueños.

Todo aquello es bello y ciertamente lejano. Contemplar de nuevo ese cine ha hecho remontar a la superficie el perfume de antaño.

Mi investigación avanza lentamente. Tropiezo con no pocos obstáculos. Estoy esperando el clic. Siempre es así en mis investigaciones. Pero para ser sincero, esta vez tuve dudas desde el principio. En varias ocasiones me pasó por la cabeza abandonar la partida. Afortunadamente Denise me metía en vereda siempre que era necesario. Me ayudó a comprender que aquello era semejante a atravesar un extremo del desierto. Lo que me parecía una pérdida de tiempo, en realidad no lo era en absoluto. Más bien constituía la oportunidad de almacenar impresiones y sensaciones. En definitiva, un paquete de valiosa información.

Pero Denise sólo me había convencido a medias. Entonces, ¿por qué abandoné el confort de los cielos de Montreal? ¿Era necesario volver al país

de mi infancia? Dicen que los auténticos misterios son los que inventamos, que es muy difícil hallar la diferencia entre las pesadillas y la realidad. Al contrario que mi hermano, enamorado de la literatura, yo cursé estudios científicos —de física y química— para dejar de soñar. Física, por la precisión. Química, por la invención perenne y los hallazgos mágicos. Sin olvidar las matemáticas como base. Necesitaba sólidos raíles, bases fijas para que mi vida dejase de flotar permanentemente.

Estudié todo eso en Montreal. Esta ciudad me salvó la vida. De otro modo, hubiera partido a la deriva, al azar, a la buena de Dios, frecuentando gente de dudosa reputación, haciendo cualquier cosa, engañándome a mi mismo. Montreal otorgó un sentido a mi destino, y en un nivel más prosaico un doctorado en ciencias de la información. Montreal tenía entidad para mí el día que la encontré por primera vez. Un rostro ovalado, unos ojos azul celeste, una piel de nácar, un jersey de cuello alto. Era Denise, sentada en un banco en el jardín de la Cité internacional, en el bulevar Jourdan, en París.

Yo arrastraba mi malestar desde hacía semanas, meses. Lanzaba llamadas de socorro a todo el mundo, llamadas como las señales de un faro. Sólo Denise me sonrió. Y ahí ocurrió el flechazo. A pesar de su acento quebequés, Denise nació en París, en 1968. Es nueve años mayor que yo. Su padre, Isaac Rosenzweig, austríaco, nacido en Viena, se enroló en la legión extranjera y fue herido en el norte de África en 1961. Desconozco si tuvo la ocasión de vagar por mi país de origen, que entonces se llamaba la Costa francesa de los somalíes. Un año más tarde, se casó con una mujer ardiente, medio normanda medio panameña, nacida en Trouville: Elvira Triboulet. Él acabó trabajando de camarero en un café; ella, fue *stripper* y actriz. Vivían con su hija en un pequeño y sórdido hotel en el bulevar de Ornano, en el distrito XVIII. La familia Rosebzweig emigró a Quebec en plena revolución de terciopelo. Se afincaron en la ciudad y sólo la abandonaron temporalmente, para pasar unas vacaciones de invierno en París. Ésa es la razón por la que Denise conoce a la perfección cada callejuela, cada suburbio, cada fragmento de su historia.

Fue también en París, sentados en un banco, en esta ocasión en la Cité internacional, donde Denise me habló por primera vez de otro topógrafo de la Ciudad de la Luz. Un filósofo del siglo pasado, Walter Benjamin. Conservaba

religiosamente su foto, firmada por Gisèle Freund, en su cartera, entre los billetes de metro y los cupones de 4,30 francos del restaurante universitario donde comíamos. Fue Denise quien me introdujo en los arcanos de la vida de Walter Benjamin. Afortunadamente, no me dejé cautivar por él de inmediato. Mucho más tarde, al profundizar en su vida y en su obra, me sedujo su espíritu enciclopédico, su método intuitivo, su concepción de la historia, que no tiene nada de teórica ni de árida. Al contrario. Es tan sensible como las historias relatadas por el abuelo Assod. Yo hice mío «el ángel de la historia», tal como nos lo restituye el filósofo judío alemán. Aquí tenéis su descripción:

Existe un cuadro de Paul Klee que lleva por título Angelus Novus*. En él se puede apreciar a un ángel que parece alejarse de algo mientras lo mira fijamente con los ojos como platos, la boca abierta, las alas desplegadas. «El Ángel de la Historia» se le debe parecer. Su rostro se vuelve hacia el pasado. Allí donde nosotros vemos una serie de sucesos, él sólo ve una única catástrofe, que amontona sin cesar ruinas sobre ruinas y las precipita a sus pies. Desearía poder demorarse, despertar a los muertos y reunir de nuevo lo que ha sido desmembrado. Pero desde el paraíso sopla una tempestad que se agarra a sus alas con tanta violencia que el ángel no puede cerrarlas. Esta tempestad le empuja irremisiblemente hacia el futuro, al que da la espalda mientras la montaña de ruinas que tiene ante sí se eleva hacia el cielo. Esta tempestad es lo que nosotros llamamos progreso.*

Estoy convencido de que el abuelo Assod habría apreciado esta fábula. En cuanto a mí, empecé a identificarme con el ángel de Paul Klee.

Jim.

Por la gracia del Magnífico, me complazco en consignar los sermones, las parábolas y los comentarios de mi venerable Maestro. Atrapo al vuelo todo cuanto sale de su maravillosa boca con mi pluma y lo escribo en el papel. Gracias a un linaje de narradores tan honrados como cumplidores, esta sabiduría se transmitirá a las futuras generaciones.

Oh, tú, paladín del mundo moderno, escucha estas palabras:

Reza una máxima de Mi venerable Maestro que aunque todas las ciudades se asemejen, cada una posee su propia historia y su propia personalidad. Para ilustrar su postulado, cita el ejemplo de doce ciudades de nuestra región: Obock, sumida en la desolación y el olvido; Zeïlah, cantada por Ibn Batutah desde el siglo XIV de nuestra era, semejante a un espectro ahora, con la mirada vuelta hacia su radiante pasado, hacia los tiempos en que fue una posición avanzada del imperio otomano; Harar, triste a causa de la pérdida de su vagabundo Arthur Rimbaud, quien terminó por abrazar nuestra fe; Moka, la yemenita, llora desconsoladamente ignorando que su exquisito café ha conseguido hacer fortuna bajo otros cielos; el puerto de Assab, dirige su codiciosa mirada hacia la ribera de enfrente; más al norte, Alejandría, consumida por el aburrimiento, espera la llamada divina y sueña con renacer lo más pronto posible.

Pero mi venerable Maestro no desea detenerse una vez concluida su explicación de las seis primeras ciudades. Desgrana su rosario y retoma el aliento.

La ciudad de Massawa, prosigue, debería luchar por reconquistar su lugar en el seno de Oumma, *la mejor comunidad creada por los hombres*, según reza nuestro santo Corán (III, 110). La rada de Aden muestra su rostro lunar replegándose sobre sí misma. Gracias a nuestra perseverancia, la última brasería del golfo pérsico cerró sus puertas hace ya casi tres decenios, asevera tranquilamente. Más cerca de donde nos encontramos nosotros, Tadjourah, poderosa gracias a sus siete mezquitas legendarias, clama al cielo y espera la llegada del maná de Alá mientras vigila atentamente los contendores llenos de

mercancías que llegan del otro lado del mar. Berbera, base militar soviética en otros tiempos, podrá recuperar su alegría y el prestigio que le corresponde de acuerdo a su rango. Mogadiscio, sumida ayer en la anarquía, se ha puesto en pie sobre su alfombra de plegaria y vive en la concordia desde que todas sus discotecas fueron convertidas en lugares de oración. Ahora, en esta zona de Somalia antiguamente infestada de piratas sin Dios ni ley, la gente reza y al mismo tiempo maldice a impíos tales como la antigua diputada somalo-neerlandesa, que fue portada de desnudo en las revistas americanas más conservadoras. Esta mujer, famosa por sus mentiras y por su venganza contra nuestra religión, ya no puede viajar sin guardaespaldas. Sus días están contados, porque nuestras fuerzas no bajarán la guardia.

Y tú, aprendiz de investigador, tú vas a correr la misma suerte, quise añadir.

Gracias a Dios, no nos faltan brazos armados, corroboró mi venerable Maestro. A la hora de la oración, nuestras mezquitas-escuela están llenas a rebosar. Tanto aquí como en otros lugares, la gente finalmente ha comprendido que vivimos en esta tierra para algo más que producir, consumir y disfrutar. Nadie falta a la plegaria del mediodía, el *salát ul Dhuhur*, bajo ningún pretexto.

De las doce ciudades de la región, por ahora sólo Yibuti hace un guiño a los infieles y se ofrece a los turistas. Aborrece el estandarte verde de nuestro Profeta —¡que su nombre sea alabado noche y día!—. Da vueltas en su propia noche, el interminable invierno de la *Jahiliyya*. Yibuti y la región del interior serán pasto de las llamas, pero ellos aún lo ignoran. Unos y otros apurarán el cáliz hasta la última gota.

Hace siete meses, sólo un loco habría dado un centavo por esta región, añade nuestro venerable Maestro. Las doce ciudades sufrían tormentos sin fin, atrapadas en un aturdimiento interminable. Sentían la negra bilis de la astenia moviéndose en lo más profundo de sus entrañas. Créeme, hijo, me dijo girándose hacia mí, pagaron el precio de su alejamiento, de su olvido de sí mismas, de sus pecados sin precedentes. Si bien en otros tiempos fueron cuna de auténtico fervor, no les resultó fácil conservar su fe, doce veces bendecida, al lanzarse impetuosamente al comercio internacional. Descendieron peldaño a peldaño a esa región oscura donde la proximidad con Dios ya no es la

obsesión de cada instante, la ambición de toda una vida. Por largo tiempo se enorgullecieron de su ignorancia, de sus recientes riquezas, de su cariz occidental. Olvidaron la pobreza en la que está sumido el interior del país, y fueron en pos de la charada y lo efímero. Y la fuente de su fe se agotó como el curso del Sagallo. Desorientadas, ahora son como niñas. Han perdido el sentido de pertenencia a nuestra civilización, la civilización que ha conquistado el mundo, la que ha proporcionado a todo el mundo la balanza de la justicia, la enseñanza del Corán y el frescor de nuestros oasis.

¿Por qué disfrutan desdeñando las ventajas de nuestra civilización, ventajas que el mundo entero loa, desde Filipinas hasta las áridas y fervientes tierras de España?

Me he quedado en silencio. No estaba en condiciones de encontrar una respuesta a la pregunta de nuestro venerable Maestro. Para no perderme ni un detalle de sus enseñanzas, he dejado de interrogarle. De modo que escribo sus palabras al dictado en viejos trozos de papel que el viento impulsa con sus corrientes hacia nuestra celda, en este presidio de alta seguridad. ¿Acaso alguien puede detener al viento? Demos gracias a Dios por el puñado de hojas que nos ha traído la brisa en los últimos cinco días. Gracias a Él, el gigantesco y mudo guardián que nos trae nuestro único bol de arroz blanco diario no parece prestar atención a las caprichosas maniobras del viento.

La Siesta

Cuaderno nº 2. Miércoles 4 de octubre. A primera hora de la tarde.

Mi primera excursión al sur del país no ha sido fructífera. Visto el resultado de la expedición en barco al golfo de Tadjourah, era de esperar. La situación sobre el terreno es tensa, tan peligrosa como las aguas de un río cuando se acerca a una cascada. Los medios de comunicación extranjeros, jugando con el nerviosismo de la población, cargan aun más las tintas. Falsas noticias, rumores, manipulaciones. Aunque por ahora todavía no se cuenten pérdidas humanas, el miedo se ha adueñado de la población. La gente se esconde, temiendo otras bombas, más mortíferas que las anteriores. Los mártires son una legión, en los barrios de chabolas. Bombas humanas con proyectiles del tipo AQ, de los que tienen un palé lleno a rebosar. No obstante, tres fuerzas armadas —la nacional, junto a la estadounidense que la respalda con sus Marines, y la francesa, con las tropas de ultramar, que en total suman más de 12.000 hombres fuertemente equipados— surcan el territorio y tienen las tres fronteras terrestres cerradas desde hace mucho tiempo.

Todavía tengo dos días y medio por delante. Hoy por la tarde, a primera hora, he visitado a las autoridades locales para recuperar mi pasaporte canadiense, que entregué a la policía fronteriza al llegar, hace ya seis días. Las normas administrativas se asemejan al azar más de lo que pudiera parecer a simple vista. Pero esta vez todo ha acabado bien. He guardado mi pasaporte sellado en el hotel, en la caja fuerte de mi habitación. Por lo demás, mantengo el rumbo. Hay que continuar buscando y reflexionando. Tengo que pedir el agua de mayo a mis antepasados, al abuelo Assod. Tengo que surcar el país y pasar el más fino tamiz a todas las escuelas coránicas, a todas las mezquitas, incluidas las de las más pequeñas aldeas. Sólo así la suerte finalmente me sonreirá.

Denise me ha dicho que en Montreal todo va bien y que está releyendo *Infancia en Berlín* de Walter Benjamin. Yo ni siquiera he tenido tiempo de abrir mi ejemplar, que tengo bien a la vista encima de la mesita de noche.

Ha corrido la voz de mi llegada al país. Me he visto obligado a recibir nuevas visitas. Algunas, oficiales. Otras, la mayoría, inesperadas. Y por supuesto, ni el más mínimo rastro de mi «hermanito». Aquí todo se sabe rápidamente porque todo el mundo se conoce. Pero yo sigo en guardia. Respeto mi agenda al pie de la letra, hora por hora. Uno de mis amigos de infancia —¿todavía les puedo llamar así?, ¿qué tenemos en común, excepto recuerdos lejanos, muy vagos e imprecisos?—, me calificó de traidor. Curiosamente, la música de su móvil sonaba igual que el *adhân*, la llamada del muecín. Otro, más generoso, más culto también, me comparó al *golem*, esa criatura de arcilla modelada por el rabino Juda Löwi de Praga, que se aparece y merodea por la ciudad cada treinta y tres años.

Soy un hombre de otro lugar que se fue hace mucho tiempo ya. De aquí, sólo llevo la máscara y no conservo más que recuerdos prestados. Soy un fantasma que intenta, con sus sueños, con su imaginación, penetrar la dura costra de lo cotidiano. Que no confía en nadie. Que suscita la desconfianza y ni siquiera es capaz de imaginar la cantidad de rumores que circulan sobre él. Cuando haya terminado mi investigación, sin sentirme culpable, sin remordimientos, volaré con mis notas y mis secretos destinados a una compañía transnacional domiciliada, como yo, en Norteamérica. Misión cumplida. Volaré para encontrarme de nuevo con Denise y devorar con ella los escritos autobiográficos de nuestro autor preferido. Adiós, Yibuti. Lo que dejo aquí ya no es de mi incumbencia. No he venido para cambiar el mundo. Mis hombros no son lo suficientemente fuertes para cargar con eso. A cada uno lo suyo. ¡Adiós, Balbala, Obock y Tadjourah! ¡Buenos días, Montreal, Quebec y Trois-Rivières!

A menudo veníamos a sentarnos en la playa desierta que observo desde la ventana de mi hotel. La Siesta, así se llama, simplemente. No ha cambiado de nombre, esta playa. No hace falta ningún mapa IGN para localizarla. La veo desde mi habitación. Desde aquí, con mi pequeña cámara, estoy grabando la playa de mi infancia. Siempre tuve ganas de alzar un extremo del velo, de examinar la otra cara del decorado, no a modo de provocación, sino porque la sombra revela la luz; el silencio, la palabra; el instante, la historia. Yo solo, con la única compañía de mi vocecita interior, rebobinando la película del pasado.

Nos veo uno al lado del otro, a David y a mí. Codo con codo, corríamos desde la mezquita de Hamoudi, seguíamos la vía del tren, aterrizábamos en la playa y nos zambullíamos en el mar los dos a un tiempo. Nadábamos un poco. Luego salíamos del agua como un solo hombre. La despreocupación era el hilo invisible que mantenía unidos nuestros pequeños cuerpos tal como la baba de la golondrina mantiene unidas las ramitas que forman su nido. Yo era un año mayor que tú, pero tú eras el más valiente de los dos. También el más malicioso. No te lo digo para adjudicarte ese papel o porque tú, David, no estés ahora aquí conmigo para poder contradecirme, sino porque es la verdad. Tú ocupaste el sitio de mi hermano gemelo.

Después de todos estos años, sólo me interesa la verdad. Los hechos, las fechas. La verdad y nada más que la verdad. Intento grabar, con la ayuda del zoom, la arena, el barro, las rocas de esa playa que tampoco han cambiado ni mienten. Si tengo que ser lo más fiel posible a algo, que sea a ese pasado. Además, mi larga ausencia me ha curado de las ganas de correr tras los espejismos. Dejemos la vanidad para esos ambiciosos de poca monta que quieren conquistar el mundo. Dejemos la jactancia para esos actores aficionados que agarran a la gente por la solapa y les obligan a prestar atención.

Veníamos a la playa de La Siesta para escuchar el sonido del viento y el canto de las gaviotas. Nos quedábamos de pie frente al mar con temerosa y muda admiración. Apretábamos los puños hasta que nos dolían las falanges. A veces corríamos tras una raya que se había aventurado hasta la orilla. Pero la mayoría de las veces nos quedábamos en calma, inmóviles como la ardilla que mantiene el equilibrio gracias al penacho de su cola. Indagábamos en los misterios, como el de los circuitos que dibujan los pájaros en el cielo. Estábamos dispuestos a cantar para las olas, que entonces elevábamos a la categoría de poderes casi divinos.

David, tú no podías sospechar a tu edad, a nuestra edad, que la gente de aquí teme al mar desde la noche de los tiempos, que le dan la espalda. La playa es el límite de sus movimientos. No les gusta en absoluto. En cambio nosotros... nosotros amábamos la playa como se ama a un primer amor. Dos adolescentes, dos gemelos unidos por el azar. Después de nuestro sexto año de escuela, prometimos no separarnos jamás, ocurriera lo que ocurriese. Éramos

uno.

Nos habíamos encontrado un año antes en el patio de la escuela primaria de Boulaos. Teníamos toda la vida por delante. La suave ondulación del silencio nos llenaba de felicidad. Amábamos el vientecillo del norte, cargado de monzón, que danza por entre las acacias, los rosales y los espinos. Amábamos el viento del sur, cargado de polvo, que te hace creer que el universo es del color de la miel, que la suerte no va a ser desfavorable. Sí, amábamos todo eso, y todavía hoy amo el inconmensurable silencio de este lugar. Porque dos mundos se rozan y se observan mutuamente en esta playa, incluso cuando no sucede aparentemente nada. Dos mundos contrapuestos que se desgarran antes de encontrar algo parecido a un equilibrio: un mundo siempre deseado, el otro siempre perdido.

En el fondo de esta ensenada surge el fuego de los orígenes. Muy poca gente se aventuraba en este paraje. De vez en cuando un carro arrastrado por un burro y cargado de fuco secado pasaba por delante de nosotros. Los *boutres*, los *nakoudas*[4] y otros veleros se iban lejos y regresaban. Un anciano impotente que no esperaba sino a la muerte plantaba su bastón de peregrino en el fango y soliloquiaba con los flamencos rosa. Con su red colgada sobre el hombro, un pescador árabe bailaba al filo del horizonte. Les saludábamos con un leve movimiento de la mano y les contemplábamos mientras se alejaban y se perdían en medio de aquella desnudez mineral. Era en ese preciso instante cuando tú sacabas el bolígrafo y el papel que llevabas enrollado en el bolsillo de tu *short*. Entonces la expresión de tu rostro cambiaba. Tu mirada parecía la de un salvaje, con ganas de todo, llena de vitalidad. Una voz tan ligera como la brisa susurraba inmediatamente a tu oído: «Escribe, pequeño. ¡Escribe! ¡Inunda con tus palabras ese papel! Escribe, porque tú nunca renunciaste a comprender el mundo». Y las palabras salían solas, como dictadas por una voz proviniente de otra parte. Sólo tenías que plasmarlas en el papel. Cuatro o cinco líneas, según el día, apenas más. Me leías lo que había salido de tu pluma, de tu mano o, para ser exactos, de tu cerebro. Lo leías susurrando, moviendo los labios tal como lo hacen los niños cuando representan uno a uno todos los personajes de la historia que están contando. Lo leías y releías varias veces hasta que sabías de memoria cada palabra. Satisfecho, meneabas la cabeza para tranquilizarte. Yo observaba silenciosamente tu juego.

Entonces enrollabas tu hoja en un trozo de plástico que encontrabas y recogías del suelo con una simple inclinación. Lo hacías automáticamente, absorto en la lectura y la recitación. En la playa había trozos de plástico de todos los colores revoloteando, enganchados a los juncos, a los cactus y a los arbustos salvajes. Y tú, David, no permitías que la danza de los trozos de plástico movidos por el viento te distrajera. Con mucho tiento, atabas el papel que contenía tu pensamiento del día a un trozo de plástico de la misma anchura que la palma de tu mano. Luego lo deslizabas dentro de una botella de plástico antes de lanzarlo al mar. Lo hacías al menos una vez por semana. Era más que un juego; se había convertido en un ritual inmutable. Una apuesta con el destino que maneja los hilos desde la sombra.

El oro del secreto no divulgado jamás se convierte en cenizas, me dirías más tarde, antes de que nuestros caminos se separaran. He guardado este secreto toda mi vida. Como suelen hacer los adolescentes, desconfiábamos de la gente que nos rodeaba. Permanecíamos en silencio cuando estábamos delante de ese tipo de gente que cree saber olfatear el secreto en un instante. Esa gente que sabe leer la intención en la mirada antes siquiera de que la lengua te traicione. Por eso nos manteníamos al margen, solitarios como dos islotes en medio del oleaje.

Cuando tú, David, no lanzabas mensajes en el golfo, te dedicabas a recoger otros mensajes, ¿te acuerdas? Llegaban a la playa con regularidad sólo para ti. Debéis pensar que se me está yendo la cabeza, que lo maquillo todo. Pero yo no tengo ni un ápice de imaginación ni tengo facilidad para la inventiva. En toda mi vida sólo he escrito fichas de investigación, informes de trabajo. Informes breves, precisos, comprensibles de inmediato, como el que dentro de unos días tendré que entregar.

Estos mensajes siempre comenzaban de la misma manera. Siempre utilizabas la misma tinta negra y el mismo papel. Se podía imaginar fácilmente que detrás de estas misivas había una única persona. El autor siempre utilizaba el mismo encabezado, una fórmula ritual de dos palabras: «Apreciado desconocido». Y la fórmula final, también lacónica, contenía tres palabras de lo más enigmáticas: *In Libro Veritas*.

Cada misiva que encontrábamos era una fuente de inmensa felicidad, especialmente para David pero, por supuesto, también para mí. Cada palabra

estaba dirigida únicamente a él, sopesada con sumo cuidado. Y si yo no conseguía captar de entrada el significado de la trama en su conjunto, conseguía, después de mil hipótesis, descifrar fragmentos de la historia de aquél o aquélla que enviaba estas extrañas misivas. A fuerza de leer y releer estas cartas tan antiguas que parecían escritas a la luz de una vela de sebo, a fuerza de masticar una y otra vez esas palabras y esas fórmulas enigmáticas, conseguía abandonar el momento presente con todas sus certezas. Me abría a la historia, a adivinar el perfil de su autor, a sentir aunque fuera tan sólo una brizna de su vida y de su época.

Sí, David y yo teníamos la certeza, a pesar de nuestra edad, de que la vida de este ser no había sido fácil. ¿Pertenecía todavía a este mundo? ¿O tal vez ya había fallecido? Nos lo imaginábamos como una especie de adusto ermitaño encorvado por el peso de los años. ¿Estaría tullido a causa del reumatismo, cubierto de cicatrices contraídas en su presidio, más muerto que vivo? Preguntarse por la existencia de este hombre —¡como si alguien nos hubiera dicho que fuera un hombre!—, se asemejaba a barajar los sueños como aquel espectador que, de pie frente a la puerta cerrada de un cine, escucha la música y algunos fragmentos del diálogo sin conseguir jamás ver ni una sola imagen de la película.

Nos lo imaginábamos también como un anciano nacido de las olas, el único espécimen en los islotes del Diablo. Un viejo solitario, enjuto, con la piel y la ropa gastadas por la vida. Su destino tenía que estar labrado en jalones, en actos históricos, tal como tú sospechabas entonces, David. Nuestra imaginación cabalgaba a lomos de libros y leyendas.

Abandoné la habitación de mi hotel con el corazón destrozado. Retomé mi investigación a duras penas. Todos los archivos que he consultado a distancia o con la ayuda de Denise llegan a la misma conclusión. Además, la ficha redactada por la CIA, que se puede consultar también en la Wikipedia, no añade nada más. Durante el verano de 1890, franceses y británicos se disputaron estos islotes desiertos. Estos últimos izaron su bandera en la isla volcánica de Perim, delante de Aden, con el objetivo de cerrar el paso por nuestro estrecho, al que los árabes se refieren con el nombre de Bab el Mandeb. Lo que estaba en juego era de enorme importancia. Quien metía baza en el canal de Suez y el estrecho de Mandeb controlaba el Mar Rojo y su

tráfico petrolífero. Por ello, franceses y británicos estuvieron a dos pasos de declarar una guerra en la región y aún más allá, desde Alejandría hasta Bombay, desde Persia hasta Mozambique. La sangre es lo que mueve el mundo, decía sarcásticamente el abuelo Assod.

Los franceses querían acondicionar mínimamente los islotes del Diablo para que fueran un presidio en el fin del mundo. Los ingleses, un depósito de armas o algo por el estilo. No contaba para nada la opinión que nuestros antepasados pudieran tener al respecto. De todos modos, la gente de a pie, los pescadores del Yemen o los nómadas del país no tenían el corazón duro como el basalto. Nuestros antepasados sentenciaban irónicamente que esos europeos venidos del otro confín del mundo peleándose por estos islotes volcánicos debían de estar locos de atar, y no eran más finos que la más estúpida especie de genios. Es inútil decir que fueron los franceses quienes ganaron la partida.

De modo que el régimen de Vichy, que administraba la colonia en tiempos del abuelo Assod, habilitó un campo de reclusión en uno de los dos islotes para mantener a los cabecillas apartados del resto de la población de la costa francesa somalí. La expresión «cabecillas» era elástica y arbitraria. Designaba a cualquiera que se rebelara contra los abusos, las vejaciones y contra la movilización general. Pero muy pronto también encerraron allí a los miembros de otra especie de blancos llamados «alemanes». Estos últimos habían caído en la desgracia de haberse dejado embaucar en la ciudad. Confinados en escondites secretos, intentaban sobrevivir huyendo de los oficiales de la Gestapo, de la policía, de la gendarmería francesa y de las pandillas de sus colaboradores. No sirvió de nada. A partir del verano de 1939, cada tres o cuatro semanas llegaba un pequeño grupo de unos diez, veinte o treinta hombres. Llegaban hambrientos, como si hubieran atravesado el invierno boreal, aunque nada más lejos de la realidad. El trayecto Marsella-Yibuti, con escala en Suez, no se parecía en nada a una escapada siberiana. Los rencores y odios entre los franceses y la otra especie de blancos llamados «aloumanes» era la menor de las preocupaciones de mis antepasados. Ellos sabían que la tierra está superpoblada, que todos los seres vivos del planeta no hacen más que pelearse y desgarrarse unos a otros sin cesar. Desde la noche de los tiempos, los hombres nacen, sacan los puños, se desgarran unos a otros y mueren, pero sólo la serpiente posee la facultad de renacer después de su

muerte. La serpiente no muere jamás, decía el abuelo Assod, quien tenía mucho cuidado de no pisar al más minúsculo gusano o al más pequeño lagarto escondido detrás de un talud, y les pasaba por encima con temor y respeto. No hay que fiarse nunca de la serpiente que permanece inmóvil, con el cuerpo fláccido y los ojos vidriosos. Creemos que está muerta, pero lo que hace es comer tierra para retomar fuerzas y revivir aún más hermosa.

La memoria se asemeja algo a la serpiente de la historia de mi abuelo: cuando creemos que ya está perdida, entonces muestra toda su vitalidad. Ahora comprendo por qué este maldito presidio instalado en los islotes del Diablo y transformado recientemente en prisión de alta seguridad me atormentaba ya mucho antes de abandonar Quebec. Ya me había topado con él por lo menos dos veces en la película de mi infancia. La primera vez, en las historias coloniales de mi abuelo y la segunda, durante mis paseos con David por la playa de La Siesta, allí donde mi gemelo blanco se abandonaba a su práctica epistolar. Todo se esclarecía: la persona que firmaba estas misteriosas cartas no podía ser otra que el último preso del régimen *pétainista*, todavía vivo en la época de mi infancia. ¿Lo habían abandonado ahí las autoridades francesas? ¿Se había convertido en un misántropo y había decidido vivir recluido en su islote rodeado de cactus y con la única compañía de las liebres salvajes? Es un auténtico misterio.

Ha.

Así que te has decidido a hacer una expedición a las islas. Tú, el bromista de McGill, querías acercarte a nosotros. ¿Para qué? ¿Para mirar con tus prismáticos y fotografiar desde todos los ángulos posibles hasta el más pequeño rincón de nuestra aislada cárcel? ¿Para regocijarte con nuestro confinamiento? Aquél que desea sepultar su pasado está condenado a revivirlo, y eso debes saberlo tú mejor que yo, ¿no es cierto? ¿Es posible huir de un secreto hasta tal punto que la verdad jamás remonte a la superficie?

Y encima has regresado a Yibuti como un cobarde. Ayer, te recreaste largo tiempo en la playa de La Siesta. ¡Creías que así te librabas de los soldados de Dios! No esperaba eso de ti. Eres despreciable. Tú eres como ellos. Peor que ellos. De ahora en adelante estarás preso por los poderes del mal, esos poderes que en eras ancestrales asolaron la región con un diluvio de fuego. El deseo, la codicia, y el ansia de venganza te devoran. No tendrías que haber abandonado nunca tu territorio impío, tu *dar al kufr*, ni pisar de nuevo esta tierra.

Se diría que estás buscando tu perdición. Utilizas el lenguaje de los traidores y te comportas de forma incoherente, como si quisieras arruinar tu vida. En Mogadiscio te habrían rociado con gasolina y te habrían quemado vivo en la plaza del pueblo. ¿Quién te has creído que eres? Sí, lo sabemos todo de ti. Llamas a tu chica canadiense cada tarde, sobre las siete, ¿no es verdad? Habla mucho. Le gustan los libros de historia. Es psicóloga infantil. Como no tiene hijos porque la Providencia ha decidido para ella otro camino, vuelca en ti todo su afecto, ¿me equivoco?

Seguimos de cerca tus hechos, tus gestos. Lo conocemos todo acerca de ti, desde la portada de tu libro de cabecera hasta la marca de tu dentífrico. Nos soplan hasta aquí, hasta la más hermética de todas las celdas, cada palabra que pronuncias. Una prisión de alta seguridad, vigilada noche y día por un destacamento de la guardia presidencial con el apoyo de elementos del cuerpo de infantería de la marina americana.

Te doy todos estos detalles para que los escribas bien en tus diez pequeños cuadernos. Si tuvieras la suerte de poder hablar con Él, mi venerable Maestro te explicaría además que estamos más vigilados que Ayman Al Zawahiri y sus

compañeros cuando fueron encarcelados y torturados en las cárceles egipcias.

Nos llegan hasta aquí tus sueños, tus dudas, tus estados de ánimo. Hasta el QG de los terroristas, como le llaman ellos. Nada escapa a nuestra organización, cuyas reglas de discreción y eficacia han sido ampliamente probadas. Tienes que saber, no es ningún secreto, que nuestra organización se basa en el mismo modelo que otras organizaciones más antiguas y prestigiosas, nacidas en Egipto, Palestina, Cachemira o incluso en el seno de las comunidades inmigradas. Atacamos a nuestros enemigos con valentía y determinación. Y cuando les hemos mordido el flanco, no cedemos ni un ápice.

Tengo que confesártelo: si dependiera sólo de mí, ya estarías a seis pies bajo tierra. Pero no pierdes nada con esperar. Ya nos ocuparemos de tu suerte dentro de dos o tres días. Antes de tu partida, que desearías adelantar. Nadie ignora que quisieras abandonar este país lo más rápidamente posible para lanzarte en los brazos de esa mujer estéril y sionista. Te veremos correr como un desesperado para esconderte en el vientre del *Boeing*. Y te perseguirán nuestras risas y nuestras muecas sobre el asfalto.

Por ahora tenemos acciones más urgentes que emprender, discípulos que formar, balizas que colocar. Además, examinar atentamente nuestro glorioso pasado requiere de toda nuestra atención. Aunque sin duda tú lo ignoras, nuestras sociedades han sido desviadas del recto camino para servir a los intereses políticos, económicos y espirituales surgidos de otros grupos. Salta a la vista, excepto para aquéllos que, como sucede en Yibuti, continúan tapándose el rostro. Estas ciudades-depósito, estos puertos, ayer de carbón, hoy de refinamiento y lujuria, estas ciudades-caserna, ¿nos pertenecen realmente?, te preguntaría nuestro venerable Maestro. ¿Acaso nos pertenecieron algún día? ¿Sirven únicamente para producir mercenarios y áscaris destinados a luchar lejos de sus tierras y por cuenta ajena? ¿Sirven únicamente para proporcionar prostitutas, agasajo para esos hombres de negocios, misioneros y soldados que a fin de asegurar la gloria de los imperios de Occidente han pisoteado nuestra tierra?

¡Qué diseño tan diabólico! Nuestras poblaciones se pudren en el desierto de todas las lamentaciones, víctimas de eternas humillaciones, de eternas

traiciones y de eternas miserias. ¿No merecemos algo mejor? Sí, sin duda algo mucho mejor. ¿No ha llegado ya el momento de explicar al pueblo la amarga verdad de nuestro presente, mucho más amarga que la de nuestro pasado? Los que respondan afirmativamente empezarán a abrir los ojos. Levantarán la cabeza, rechazarán ayudas supuestamente generosas. Abandonarán su condición de auxiliados y se sumarán a nuestras filas. Quemarán a su paso los barrios de los ricos. ¿Cuántas casas con sus balcones, sus salones y sus abalorios, delatores del estatus de sus propietarios, serán reducidas a cenizas? De entre los escombros, aparecerán el pie de un piano ahora mudo y las copas de champán que nunca volvieron a salir de su caja de cartón desde que vino por última vez el embajador de Francia tambaleándose entre las piernas de las cortesanas, las pipas de opio y los jarrones de flores a la moda de Estambul.

Si fueras tan afortunado como yo y pudieras beber de sus palabras, mi venerable Maestro te mostraría que grandes espíritus como los de Hassan el Banna y Sayyid Qutb nos legaron páginas luminosas de su misma época sobre la decadencia del Egipto de Nasser así como, de un tiempo más lejano, el testimonio de la última visita de un Gustave Flaubert aquejado de fiebres ardientes a causa de una sífilis avanzada. Te mostraría que nuestros brillantes escritores o artistas, los seguidores del camino iniciado por Joseph Kessel o André Gide, sólo podrán finalmente elegir entre encerrarse en un asilo o entregarse a la bebida. Deberías saber que los muertos vivientes nunca crean nada. Echarle las culpas al exilio o a la nieve es completamente inútil: ya estaban muertos antes de abandonar sus casas. Los muertos vivientes no crean nada porque viven en un torbellino de abstracción, lejos de la realidad. No saben nada porque no comparten nada. Sólo creen en sus quimeras. Sus cuerpos respiran como los nuestros pero no hay que fiarse de las apariencias: esas gentes no son en absoluto como nosotros. No son seres dotados de amor por el Clemente, de compasión para con sus semejantes, de generosidad para con los pobres. Desprecian nuestros valores y nuestras maneras. No encontrarán la paz ni cerca de sus madres, ni a la sombra de nuestras ciudades. Vagarán como lo haces tú por un mundo sin pies ni cabeza. Vivirán toda su vida estando ausentes de su propio ser.

¡Que el diablo se los lleve a todos! Mi voz emerge sola, calentada al rojo blanco, cuando se trata de esos eunucos.

¡Que paguen de una sola vez el precio de su desconfianza! Zanjó el venerable Maestro con furor.

En el instante en que noté la vehemencia de mi Maestro, habitualmente tan calmado, mi pluma tropezó por primera vez con otra escritura. Sabía, por supuesto, que los pliegues en los que escribía no eran de una blancura inmaculada. Ya me había dado cuenta de que aquí y allá aparecían garabatos, fragmentos de palabras que conseguía cubrir con mi tinta negra. Una o dos veces me pareció que esos fragmentos formaban frases y que estas frases a su vez formaban un conglomerado que se convertía en un párrafo. Hasta el momento presente no había encontrado todavía dos o tres párrafos que, colocados uno después de otro, formaran algo parecido a un discurso o al inicio de un relato. Pero me temo que ahora no va a ser así. Parece que el azar lo ha dispuesto de otro modo.

La escritura es minúscula, tan minúscula que el ojo humano a penas si consigue seguir estos puntos, estos hilos de tinta. ¿Pero no dicen que los noventa y nueve nombres del Muy Poderoso pueden caber en un grano de arroz? Forzando la vista, primero conseguí descifrar las minúsculas letras enredadas unas con otras como la higuera y el olivo descritos en la surata *al-Tin*. Persistiendo en mi intento durante días y días, conseguí descifrarla, a pesar de todo, con bastante rapidez, de modo que he podido entrar así en el relato anterior a mi dictado.

Por ahora debo mantener silencio sobre la existencia de estos surcos de tinta, a fin de no contrariar a mi augusto Maestro de cejas severas. Gracias a Dios, todavía dispongo de algunos pliegues donde consignar las reflexiones y las enseñanzas de nuestro venerable Maestro, quien precisamente acaba de hacerme una señal con la mano indicándome que finaliza el dictado. Se toma un descanso, por lo menos en pensamiento, porque nos falta espacio en esta cruel y sombría habitación para que uno pueda retirarse a meditar.

No sólo nos falta el aire. Nos falta todo lo que conforma una vida ordinaria. He aprendido a no quejarme jamás, puesto que todo reposa en manos de lo Divino. Pronto será la hora de la plegaria del mediodía. Me apresuro a enrollar mis pliegos y a colocarlos en su escondite, un hoyo cavado en la tierra blanda, debajo de mi almohada. No obstante, ahora que he conseguido

penetrar en el secreto de esta caligrafía, no consigo apartar la vista de los dos primeros pliegos. Seguramente éste es uno de los secretos más arduos de desvelar. Me ha bastado con acercar la hoja a mi nariz y soplar encima. El aliento humano, ¿no es alabado en múltiples versículos y *hadiths*? Después de algunos intentos infructuosos, lo creas o no, mi aliento ha producido el milagro. ¿O tal vez ha sido debido al aire tan saturado de yodo? Zonas que a primera vista parecían vírgenes de cualquier grafía han cambiado de color. Se han ido oscureciendo y han llenado progresivamente la página. Han aparecido curvas. Las rayas se han convertido en líneas rectas. Surgen frases, que se aglutinan en párrafos, luego en páginas. Abro bien los ojos mientras los granos del rosario de mi Maestro se deslizan entre sus dedos como grandes lágrimas. Su espíritu navega y sus labios se mueven. Como los versículos, sus pensamientos se encadenan. Levanto la nariz. Desde los alrededores nos llegan, por la gracia del Benévolo, efluvios perfumados de higuera y pimentero, de jazmín y alcaparra. Nos hacen cosquillas en la nariz. Todavía faltan unos días para que estén completamente maduros.

Poso mi mirada unos instantes sobre el patriarca antes de cambiar al espejo que me tiende la otra escritura. Paso mi dedo por encima de su título, apenas legible, aunque intacto.

El libro de Ben

... ¡finalmente aquí estás, Ben! Hacía años que te esperaba. Sabía que nuestros caminos tarde o temprano acabarían cruzándose. Llegaste esposado, con aire ausente, a este campo infame, lo recuerdo bien. Y ya tenías ganas de recomponer los fragmentos de nuestro desmembrado presente. Dicen también que a las pocas semanas eras ya tan parisino como el que más. En la ciudad de Marcel Proust perseguías no la harmonía sino la belleza de los días ordinarios. Parece también que tus historias no terminaban nunca con el alba (garabatos ilegibles)...

... a decir verdad, yo no te conocía personalmente, por lo menos no entonces. Pero te imaginaba bastante bien, por las anécdotas que contabas en tu haber, por la miríada de historias que corrían de boca a oído. Muchos relatos extraídos de tu vida y de tu obra circulan ahora por todo el mundo. Esos relatos anónimos, esas pequeñas entidades autónomas, las he llevado conmigo hasta aquí, hasta el Cuerno de África... (grandes manchas de tinta)... hablo de ti porque la suerte quiso que nuestros caminos se cruzaran, en virtud del azar, en ese campo de reclusión, en el sur de Francia. Compartimos, pues, durante tres semanas, el miedo, los trabajos forzados y el rancho. Yo era un disidente; tú, un intelectual judío, pero ambos éramos alemanes (manchas de grasa)...

... ahora soy viejo. No creo que mi apodo, «el ángel cojo», te diga algo. Desde nuestro encuentro fortuito siempre has estado presente en mis pensamientos. Me bastan un bolígrafo y una hoja de papel para seguir tus pasos. Te imagino aun mejor a distancia que si hubiera estado cerca de ti, en París, por ejemplo. Con un poco de esfuerzo, te veo claramente. Como siempre, estás desembalando tu biblioteca. Sacas uno a uno tus libros, que no encontrarán el sitio necesario en tu exigua habitación. Tienes libros, manuscritos y periódicos incluso encima de la cama, amontonados por el suelo, apilados por todas partes. Desde el primer día, en este minúsculo apartamento parisino, colgaste cuidadosamente con alfileres el cuadro de Paul Klee, *Angelus Novus*, en la pared que se encuentra justo delante de la pequeña mesa de trabajo. Te trae suerte, es tu misal, tu talismán profiláctico. El horizonte hacia el cual tus ojos de gran miope se pierden. Y te sumerges en el trabajo. Parece que escribes. Pero es en vano. Desde detrás de tu espalda, se ve si estás inspirado o no. Vuelves a intentarlo, pero algo se resiste. Permaneces inmóvil por largos minutos, con la mejilla apoyada sobre la mano. Rumias, das vueltas y más vueltas a las palabras en tu boca, como si fueran el hueso de una aceituna pinzado bajo la lengua. Qué extraña esta esterilidad en ti, tú que afirmabas que «París es la gran sala de lectura de una biblioteca que atraviesa el Sena». La vida ¿cabe entera en una sala de lectura? Durante cuarenta y ocho años no has hecho más que leer y escribir. «Sólo sirve para eso», decía de ti tu amigo de la infancia, Gershom Scholem, futuro exégeta de laTorah en la universidad de Jerusalem (manchas de tinta aguadas)...

Acaricio con el dedo ahora y siempre este extraño título, para mí un tanto mágico.

El olor de mi padre

Cuaderno nº 2. Jueves 5 de octubre por la mañana.

Mi jefe me ha llamado de madrugada. No había tenido tiempo aún de beber mi vaso de agua, como tengo por costumbre al levantarme. Y todavía menos de conectar mi ordenador. Estaba impaciente y preocupado.

«Tienes que ir directamente a tu objetivo sin perder de vista el contexto internacional, Djib. Tenemos que respetar la agenda, ¿me oyes? Tienes que lanzarte ahora, ¡es el momento ideal!», me exhortaba este antiguo estudiante de antropología cultural de la universidad de Sanford, en California.

Le he explicado que la situación sobre el terreno es más que tensa.

«Estamos al corriente» —ha cortado secamente, antes de proseguir bruscamente hablándome de la estrategia de los *mollah* de Teherán, que combinan hábilmente la tradición imperial persa con el fervor islámico contemporáneo.

He farfullado algunas excusas y no he tenido tiempo de preguntarle a dónde quería ir a parar con esta consideración sobre Irán. Nadie ignora que ese país dispone ahora de un parque electronuclear como el de Pakistán o Corea del Norte y que se ha enrolado en la caza de yacimientos aquí mismo, en África. ¿Qué había querido decirme? ¿VuelveTeherán a estar de nuevo en el punto de mira de los halcones del Pentágono, o es simplemente un eco de su habitual paranoia? Ha colgado el teléfono sin más. Me he sentido furioso e impotente.

Aprovechando el breve lapso de frescor matutino, me he dirigido hacia una *madrassa*[5] perdida en la gigantesca descarga de Damerjog, en el sur del país. He encontrado allí a dos personas que me habían recomendado conocer. Un delator bien pagado me puso sobre su pista. Sus propósitos, sus hipótesis, carecían de la más mínima coherencia y objetivo. Adeptos de la teoría de la conspiración judía. Contemporáneos de Israel como los que podemos encontrar por miles entre el Sahel y el Sáhara. No he precisado mucho tiempo para darme cuenta de que no obtendría nada consistente de esas entrevistas. Para no despertar sus sospechas, he tomado muchas notas, que han ido a parar

directamente a la papelera. Además he fingido confirmar o negar la información que me proporcionaban meneando la cabeza adecuadamente a cada una de sus preguntas. Se diría que un embaucador les ha puesto en mi camino para hacerme perder tiempo. Una investigación se consolida o se desbarata delante de tus propios ojos por ese tipo de detalles.

No hay nada que me guste menos que los rumores. Mi trabajo consiste en preguntar, evaluar el grado de fiabilidad de los testimonios, establecer pruebas y proporcionar los frutos de mi observación. Y me pagan bien por ello.

Mis comanditarios están tan impacientes como los grandes orfebres de las finanzas que liquidan y venden países enteros a golpe de talonario. Mis temores y mis lágrimas por mi vida anterior no les importan en absoluto. Pero nadie puede ir tras las huellas de su infancia impunemente.

De mi padre, conservo algunas sensaciones que no olvidaré jamás, algunas imágenes grabadas en el trasfondo de mis recuerdos. Su pelo, del mismo tono blanco que un esqueleto. Su carcasa huesuda. Sus andares rígidos: parecía que había algo en su espinazo irremediablemente pinzado. Tenía que compensar esta rigidez dorsal con amplios movimientos de caderas. Me viene a la memoria un incidente que me ha perseguido a menudo durante largo tiempo. Me encontraba en el autobús al regresar del instituto en medio de la algarabía de los compañeros. Mi hermano, a quien por lo demás únicamente veía de vez en cuando, no había asistido a clase ese día puesto que tenía cita en el hospital para unos exámenes médicos. De repente vislumbré a mi padre caminando a lo largo del muro de la mezquita que va a parar a la plaza más grande de la ciudad. Y entonces sentí vergüenza de ese hombre, de su forma de andar parecida a la de un cangrejo, de su caminar entrecortado. También de su pobreza. Se desplazaba a pie, cuando a mí me hubiera gustado verle al volante de un *Peugeot*, aunque fuera abollado. Transportaba sobre su cabeza un somier que en casa necesitábamos. ¿Debió, tal vez, querer ahorrarse el precio de un taxi común? Andaba lentamente, cabizbajo. A cada paso que daba, parecía escurrirse debajo del somier, que le resultaba incómodo aunque no fuera muy pesado. Las carcajadas de mis compañeros resonaban a mi alrededor. Tuve que girar la cabeza por miedo a que algún compañero notara mi enojo, o peor aún, reconociera a mi padre. Yo era casi un adulto y sentía vergüenza de él. Soy hijo de esa vergüenza y seguiré aprisionado en ella hasta el fin de mis días. Las impresiones que nos modelan con más fuerza

seguramente son las que absorbemos a una temprana edad, inconscientemente. Es como si ese simio monstruoso al que llaman vergüenza me royera las entrañas, me amputara un miembro o me convirtiera en huérfano de mi padre. Me sentía incapaz de relajarme, de fingir ignorarlo. Sé que voy a arrastrar esa infamia lacerante en lo más profundo de mis entrañas dondequiera que vaya. Tengo que aprender a vivir con ella.

Ahora, después de quince años, dudo mucho que haya podido superar tal vergüenza. Vergüenza de sus harapos, de su delicado estado de salud, de sus andares descuajaringados. Jamás se olvida semejante vergüenza. Tanto en la viveza del presente como en las volutas del pasado, ese tipo de vergüenza acompaña a todas partes.

Por extraño que pueda parecer, esta mañana no ha sido una completa pérdida de tiempo. En Damerjog me he encontrado con dos tipos que me han puesto sobre la pista de una mujer. Una europea que había trabajado como intérprete en la Unesco. Una francesa atrapada, por lo que parece, en la telaraña de un complot que la sobrepasó. ¿Soltaron esta información a propósito o era la única de que disponían? Difícil de dilucidar. Los delatores no parecían muy seguros de su golpe. He vuelto a coger el autobús. He regresado al hotel bastante pronto para poder hablar con Montreal antes del mediodía, hora local. El muecín llamaba a los fieles a la plegaria del *'asr*, a media tarde. Desde mi habitación, he puesto al corriente a Denise, que me ha ayudado a redactar un riguroso informe sobre los delatores, a clasificarlo, archivarlo y confrontarlo con otros elementos. Ella tiene un increíble instinto para orientarme por el laberinto de mis hipótesis, para forzarme a redefinir mis prioridades. Luego, una cena ligera —tabla de quesos y ensalada—, echado en la cama, con un ojo en la CNN y Al-Jazeera Internacional.

Pero en seguida he levantado el vuelo en una levitación singular. Sin duda la proximidad de la playa de La Siesta es motivo suficiente para que el pasado me cubra con sus alas. He sentido esa vocecita de mi infancia mezclada con la de David en la playa subiendo por mi interior. Estamos los dos ahora, en el presente, sentados codo a codo frente al mar, como lo hacíamos antes.

Todavía hoy nos visualizo en esa posición. Dos pequeños cuerpos fuertemente abrazados y estremeciéndose de júbilo. Dos gemelos mal

conjuntados, más sonrientes que silenciosos. Mi hermano Djamal comprendió instintivamente que un trío siempre sería motivo de conflicto. Cada vez que nos cruzábamos con él, parecía más desgraciado que la víspera. Decía que sufría, y daba la impresión de tener una piedra en el estómago y un erizo en la garganta. Yo no le compadecía en absoluto.

Kha.

¿Pero, qué es lo que estoy viendo? Parece que el *kaffir*[6] de Quebec no es capaz de tenerse en pie. Te has ido al sur. Y te has batido en retirada a las primeras de cambio. Como un cobarde, ayer te encerraste toda la tarde en tu habitación del hotel. Te pasaste mucho rato hablando por teléfono con tu mujer, con tu compañera psicóloga, como decís en América. Has respondido afirmativamente a todas sus observaciones, a todas sus peticiones. Pero tengo que contarte una historia que te concierne. Escúchala. En realidad nos concierne a todos. No es un bello cuento oriental, te vas a dar cuenta enseguida. Por el momento, permíteme que te guíe ¡oh tú, Djibril el molusco!

Existieron hace tiempo doce ciudades, doce veces bendecidas. Doce ciudades que compartían todos los favores recibidos sobre la tierra por la gracia del Caritativo. Un día abandonaron el buen camino, por despiste o por tomarlo como un desafío. ¿Cómo se puede dar la espalda a esa fe milenaria, que conquista por doquier, y buscar refugio en palacios y alcobas llenas de lujuria? ¿Cómo se puede olvidar que la Tierra pertenece a Dios (bendito sea por siempre su nombre) y que Él nos la presta para nuestra supervivencia cotidiana y durante un tiempo muy concreto? ¿Cómo podemos ser capaces de considerarnos propietarios de esta vida pasajera, temporal, prestada, que deberíamos dedicar enteramente a Su alabanza? ¿Seremos capaces de olvidar la ley de nuestros padres hasta el punto de no circuncidar a nuestros hijos?

Debes saber que nuestros padres atravesaron el Sinaí, único lugar de paso en tierra firme entre los dos continentes, África y Asia, y que establecieron rutas destinadas a las caravanas que unieron China y Siria pasando por la India y Persia para terminar desembocando en el Tchad. Los avances de la navegación, benditos sean los monzones y los alisios, nos facilitaron la tarea. De este modo pudimos transmitir la palabra de Alá más lejos todavía. Pudimos reconducir hacia el buen camino a los paganos, destruyendo a sus ídolos y construyendo mezquitas en el mismo lugar de sus crímenes, elevando sus espíritus y mejorando sus vidas cotidianas con la intervención de nuestros maestros, que continuaban sus obras en medio de esas poblaciones. Nuestro

mensaje y nuestro poder se extendió por los siete mares y los cinco continentes, llenando de paz y progreso a mil tribus que no conocían más que las razias y las ruinas. No es de extrañar que con sólo nombrar una de esas ciudades emergiera el deseo y el temor, reavivando en nuestros vasallos sufrimientos desvanecidos durante largo tiempo.

He aquí lo que éramos, repitió el Maestro antes de carraspear para aclararse la garganta y retomar el hilo de su sermón, tiempo suficiente para que yo me secase las manos con una punta de mi chilaba y retomase el dictado.

Nuestros antepasados tenían la clara sensación de que Dios juntó a esas doce ciudades para poder ver cumplidas acciones extraordinarias o para conocer una decadencia que sirviera de ejemplo. Poco a poco fueron perdiendo su brillo. La inercia paralizó progresivamente a sus augustos dirigentes, demasiado volcados hacia sus glorias pasadas, más diligentes para conmemorar y cantar sus gestas de ayer que para afrontar las exigencias de hoy. Además, la pobreza estaba presente en nuestras ciudades. Primero, como un huésped extranjero. Con el tiempo, cada vez más familiar. Lo arbitrario y la violencia, el pillaje y el hurto de frutas y hortalizas se convirtieron en nuestro recurso ordinario. Nubes de saltamontes se abalanzaron sobre los campos de nuestros agricultores, precipitando su éxodo. Miles de nuestros beduinos morían en el desierto. Aparecían por doquier pensamientos sombríos, profecías tan negras como el luto. Los sultanes perdían su aura y su honor, librándose al desenfreno, codeándose con mujeres impías que velaban celosamente por los intereses de su patria. Con el paso de los años, todos los valores que habían dado fama a esta región como la hospitalidad, la piedad, la generosidad y la pasión por el trabajo se convirtieron, como mejor, en encantamiento y, como peor, en antiguallas vergonzantes. Una tras otra, las apacibles ciudades gemelas cayeron en el abandono. Incluso las palabras perdieron su sentido.

Creedme, queridos y piadosos alumnos, las cosas sucedieron así. Mi cualidad de narrador no tiene nada que ver con la negrura del relato, pongo a Dios por testigo.

Al alzar la cabeza, he visto que mi Maestro sufría un ataque de tos. He rogado para que no se ahogue, alzando al cielo mis manos juntas, implorando al Bienhechor. Luego se ha hecho el silencio. Mis plegarias han sido escuchadas. ¡*Allahu* Amén! Mi Maestro respira con normalidad. Y en el

momento en que mis ojos se han posado de nuevo sobre mi hoja de papel, he tenido la sensación de que la otra grafía había ya emergido a la superficie...

El libro de Ben

... está oscuro, a esta hora de la tarde. Una atmósfera otoñal nimba el cielo de París. Puedo verte como si estuviera allí. Sí, te veo pegado a tu mesa como cada día de tu existencia. Vuelvo hacia ti mi mirada. Tienes en las manos un libro infantil ilustrado por Marc Chagall. Luego retomas tu libreta. Pasas las páginas, precedidas por el hálito del pasado. Son de un tono amarillento. La escritura se hace invisible en algunos lugares como si se la hubiera tragado la avidez del sol. Nadie ha abierto este cuaderno durante muchos años, olvidado en casa del viejo sombrerero judío de la plaza de Rosenthaler o escondido en algún cajón en casa de una amante ocasional. Y tú creías que se había extraviado en las mudanzas berlinesas.Tiemblas al pasar las páginas, tropiezas en el umbral de tu memoria. Temes que te revelen algo insoportable, algo de lo que habías conseguido huir. Este cuaderno es un mosaico de notas, de notas sucintas. Un conjunto de palabras que impresionan. También de repeticiones, como tus obsesiones de gran melancólico. Estas páginas lo dicen todo de ti.Tus miedos, tus dolores, tus enfermedades. Sigues siendo un introvertido, cuando a tu alrededor los demás exiliados alzan la voz, hablan a gritos y devoran la mitad de sus palabras, que apenas sí han hecho eclosión. (un agujero en la página)...

... y nosotros vivimos tiempos inciertos, pero el Diablo está ahí, merodeando como el que más. Secuestra a sus cautivos, más numerosos que estrellas en un cielo sin luna. Somos unos cuantos los que nos afanamos por conjurar las profusas maldiciones mientras permanecemos vivos, llevando luego la palabra de colina en colina, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de islote en islote. Nos produce una honda satisfacción observar los labios de perfectos desconocidos temblando a nuestro encuentro, de escuchar los primeros vagidos emergiendo de su gaznate, los primeros sonidos haciendo eclosión en sus labios hasta convertirse en paquetes sonoros, luego en palabras llenas de esperanza. Habrá dos o tres individuos, a menudo serán niños, de entre aquellos cuyos labios ya balbucean, que ensalzarán lo prohibido, que abandonarán a su grupo para sumergirse en las tinieblas, salvar a sus semejantes y llevar lejos la palabra recibida. Sobrevivirán a través de los tiempos. Les une un pacto simple, sólido y carnal. Las cosas, pues, sucedieron así...

Leyendo y releyendo estos fragmentos, me viene a la cabeza una idea extravagante: el autor de estos escritos, ¿fue de la misma calaña que yo? ¿Tenía la misma tarea que cumplir? ¿Sería también un escribiente que anota todo lo que se le dicta, o un mentiroso que inventa según le place? ¿Qué te

parece a ti, oh impostor del Gran Norte?

El hombre con dos tumbas

Cuaderno nº 3. Jueves 5 de octubre a las 2 de la tarde.

Desconecto el ordenador y guardo mi nuevo cuaderno en el cajón antes de salir. Estoy tranquilo y me siento bien, incluso me apetece silbar alegremente pensando que un ladrón no sacaría gran cosa de mis notas, que resultan ilegibles para cualquiera excepto para Denise.

Desde la escalinata del hotel observo algunos cambios apenas perceptibles en la zona privilegiada de esta ciudad de ambiente casi isleño. En algunas zonas, la carretera desaparece bajo la arena. Los baches de la calzada se alargan y se unen bruscamente para tragarse el asfalto en un abrazo animal. Las aceras, devoradas por el barro, son inexistentes. El suelo, cada vez más pedregoso a medida que abandono la ciudad por la carretera que bordea el flanco del acantilado, adquiere el color del ladrillo al atardecer. Fue en este perímetro donde se encontró el cuerpo carbonizado del magistrado francés Bernard Borrel, el 18 de octubre de 1995. Desde entonces, este asunto enturbia las relaciones entre Yibuti y Francia ¿Fue un suicidio? ¿Un asesinato? Hoy por hoy, el misterio sigue sin resolverse. Los servicios del contraespionaje francés se han dado de narices en ello. Seguramente la CIA y el MI-5 investigarán y aclararán este enigma.

He alquilado un taxi por media jornada. Aunque mi instinto me dice que no va a servir de nada apearme y abandonar su confort. Resulta difícil andar por aquí. Hay que hacer como las cabras y brincar sobre el guijarral volcánico, que corta las plantas de los pies y tuerce los tobillos. Bajo la suela de los zapatos, los guijarros negros crujen como porcelana rota. Una columna de humo se eleva hacia el cielo en el este, en la zona del aeropuerto. ¿Se trata de un convoy militar que regresa de una operación en el interior del país? El viento nos trae de nuevo, entremezclados, olores de azufre y sal. Hace algunas semanas, se desplomó una porción de tierra en la otra ribera, a causa de las excavadoras que trituran la corteza terrestre, más fina que una torta de mijo. La naturaleza también ayuda. El viento catapultó las piedras al fondo del

Goubbet al-Kharab. Más tarde supimos que el mar también había hecho de las suyas. A causa del tsunami, cuatro mil metros cúbicos de piedras y tierra se precipitaron al mar en pocos minutos. Es el efecto dominó: el roce de las alas de una mariposa encima de la selva amazónica basta para desencadenar un huracán aquí mismo, en el golfo de Tadjourah. Desconozco si los nómadas tienen una explicación sólida para este tipo de fenómenos.

El abuelo Assod era un narrador nato, que vivía intensamente las historias que contaba. Cuando esto sucedía, su voz adoptaba un ritmo nervioso y obsesivo. Vio la luz en un campamento nómada de nombre desconocido, medio siglo antes de nuestro nacimiento.

Aquel día, mis ojos se abrieron a mi amado barrio, al perímetro íntimo que había de convertirse en mi terreno de juego. Apenas tres o cuatro calles. El lago de mi vida, del color del barro cuando todo va mal, del color del hibisco cuando reina el buen tiempo en el corazón de los hombres. Disfrutaba imaginándome listo ya para observar el mundo a través del ojo vidrioso del útero de mi madre. «Hermanito» todavía no estaba ahí. Fui el príncipe del mundo durante una media hora. Oí contar que al nacer mi ombligo era prominente y mis rodillas blandengues. Recuerdo perfectamente aquel patio cargado de humedad. Ni el ventilador de brazos delgados, que removía el aire sin mucha convicción, conseguía disiparla. Enseguida me lavaron los ojos, las orejas, la nariz y el ano. Libre de impurezas, limpio como los chorros del oro, mi pensamiento se volcó enteramente en mi progenitora. Contemplé la soledad de los paisajes humanos. Supe rezar en silencio a pesar del calor cargado de humedad de esta ciudad que iba a ser la mía. En mi entorno se hablaba un dialecto mezcla de somalí. Onomatopeyas y borboteos que se repetían una y otra vez. ¿Por qué no hablaban como todo el mundo? ¿Por qué querían dar a entender que estaban reflexionando cuando sus pensamientos eran en realidad perezosos? Tenía la sensación de encontrarme frente a una pared de cactus. Sin saberlo, ya estaba llevando la contraria a mis semejantes.

De niño aprendí a cubrirme las espaldas, a defender mi trozo de pan con la fiereza que confiere la desesperación. Cuando ya tenía asegurada la comida y la bebida, me dedicaba a hacer previsiones y exploraciones. Predije el deterioro del país y el declive de los patriarcas. Solamente las damas fuertes y

avariciosas conseguirían sobrevivir sin perder su dignidad. Ya en esa época, mi madre se levantaba de madrugada. Mi padre, en cambio, dormía a menudo hasta el mediodía.

A pesar de ser un niño serio, incluso circunspecto, no renuncié a los pequeños hurtos típicos de los niños de mi edad. Para mí era como una segunda piel o, si lo preferís, una costumbre de camaleón, una máscara para no despertar sospechas. Aun así, conocía también mis límites, de modo que vigilaba de cerca el comportamiento de mi «hermanito». No había fugas ni deserciones. Tampoco pecaba de inconsciencia como los que perdían la cabeza esnifando petróleo, cola o *white spirit* en latas de *Pepsi Cola*. Me reservaba para las grandes misiones que me depararía el futuro: llevar a cabo investigaciones, desvelar misterios, escribir páginas heroicas. Por ahora sólo pequeños botines; y de vez en cuando, una razia repentina en la trastienda de mi tío Farah. Con las monedas robadas me compraba un cucurucho de cacahuetes o de buñuelos calientes y picantes. El abuelo Assod, sorprendido y preocupado, me preguntaba a la salida de la tienda:

«¿A dónde vas con todo eso? ¿Dónde está tu hermano? ¡No corras tanto, pequeño león!»

Nos repetían muchas veces las palabras en voz alta, y luego las escribíamos en la tabla coránica. El *mouallin* de la *madrassa* no era muy duro con eso. No en mis recuerdos, por lo menos. Nos trataba de «cabeza dura» cuando lo merecíamos, eso era todo. Pero si tenía que regañar a alguien, seguro que era a mi hermano gemelo, más dispuesto a la rebeldía que yo. Nuestro *mouallin* había ido apartándose poco a poco del torbellino de la vida. Aceptó su escasa fortuna y esperó a que le llegara una muerte ordinaria, que le acontecería, sin duda, a su debido tiempo.

Después de una eternidad, que pareció un instante, ya chutábamos con fuerza el balón. En el terreno de juego, éramos más numerosos que las gaviotas en la playa de Doraleh. Gritábamos a pleno pulmón. Rodeábamos al delantero. Mi hermano y yo sabíamos conservar el balón mejor que nadie. Yo se lo pasaba a él, él me lo devolvía a mí y gol. Cuando concluía el partido, queríamos hacer músculos llevando los cacharros de cocina que nuestra

sirvienta llenaba de agua.

Y finalmente nos llegó el momento de convertir la escritura en expresión artística: escribíamos con tiza gorda, sobre los laterales de chapa de aluminio de nuestro barrio, burradas, injurias y palabras vergonzantes que pretendíamos convertir en sentencias. Como sabíamos el francés de la escuela, *Moi, j'enquile ta seur pour 10 F*, inventaba alguien. Y otro añadía enseguida, a guisa de firma: *tojour*. Los hermanos de la hermana cuyo honor habíamos mancillado, buscarían al autor de la fechoría hasta el fin de sus días.

Me acuerdo de las praderas azul índigo de la infancia y de los colores ardientes de la adolescencia, de los que uno alardea siempre demasiado. Las tardes de color de azafrán tampoco se olvidan. La luna de aquel tiempo es una uña de oro en un cielo tornasolado. Mientras la muerte no visite tu hogar es que hace estragos en casa del vecino, sentenciaba el abuelo Assod adaptando por su cuenta un viejo proverbio. Y nosotros calculábamos hábilmente, a partir del perímetro íntimo de mi barrio, el lugar exacto donde rondaba la muerte. A veces, lo confieso ahora que el tiempo ha concluido ya su obra y no experimento casi nunca esa vergüenza infantil, nos equivocábamos cuando, por ejemplo, enviábamos al otro barrio a un anciano de la esquina. En definitiva, medíamos según nuestro instinto el alcance de este proverbio, que en esa época aún ignorábamos. Y es que la muerte no siempre es una ecuación de tres incógnitas. Más bien se vestía con el rostro de un animal familiar, en aquellos tiempos. Por citar solamente lo que ocurrió en nuestra familia, nosotros no pudimos conocer a nuestras hermanitas. De los cinco hijos con el ombligo ya cicatrizado, las tres niñas nos dejaron al poco tiempo de nacer. La muerte nos visitaba cada tres años, eso era todo. Y a ello hay que añadir un padre enfermizo que tenía preocupado, y con razón, a todo el barrio, una madre distante y taciturna y algunos miembros de nuestro clan, que vomitaban sus vísceras y sus mocos en nuestro patio porque la sequía, la epidemia ovina o la guerra les habían echado de su selva nutricia. Por aquel entonces, la muerte tenía bastante que hacer en estos parajes. Se le podía seguir el rastro. Bastaba con poner atención y observar dónde se alzaban las tiendas cuando había funerales. Aquí, un chavalín regresaba a su vacío abismal —además nadie decía nunca «muerto» sino «regresado», *shafeec*, en la lengua de la gente de nuestro país—. Allá, un enfermo cambiaba vida por regreso,

sorprendido por la Parca en plena plegaria de la tarde. Más allá, un hombre joven, probablemente rondando la treintena, aparentemente con buena salud, nos había abandonado por no haber advertido el peligro. Dijeron que sufrió un accidente cardíaco. Una mujer al borde de la locura se inmoló con el pretexto de que el Demonio la había seducido repetidamente. Por esta vez la salvarían y todo el mundo diría que se había ahorrado su parte de la torta, que estaba escrito, que ni siquiera la muerte había podido torcer los designios de lo más alto. ¡Allahu Karim!

Mucho más extraño fue el caso del hombre de las dos tumbas. Le dieron por muerto en dos ocasiones y en cambio sigue entre nosotros. La última vez le trajeron de vuelta desde la morgue. Le habían lavado, limpiado y purificado. Incluso le habían dedicado las plegarias correspondientes en la mezquita del barrio. Luego habían cavado su tumba en medio del cementerio más cercano. Pero en el último minuto, alguien advirtió que su pecho ya frío se alzaba subrepticiamente movido por una leve respiración. Puesto que la vida se acordó de él a escondidas, reanimaron su cuerpo pasándole leños duros por encima de la carne todavía entumecida. Algunos dicen que movió su pulgar derecho. Otros afirman que abrió un ojo. Y luego todos se perdieron en hipótesis y conjeturas. Algunos contaron que masculló una surata. Otros creyeron escuchar el nombre de su mujer, Khadidja, en sus labios. Los de más allá añadían que había pronunciado palabras ininteligibles para los hombres de aquí. Pero hay algo que sí es cierto. Su familia, estupefacta, tomó sin demora el camino de regreso con estas palabras a modo de letanía en la boca:

«Cuando no es hora, ¡realmente no es la hora!»

«Nos enterrará a todos, os lo digo yo, Ayoub.»

«Vayámonos, este hombre tiene ya dos tumbas.»

«Laba qabrileh» todavía vivirá entre nosotros. Es la voluntad del Señor.»

«¡Nos postramos ante Alá, nosotros, pobres microbios!»

«¡Amén!»

En nuestros sueños nos imaginábamos más fuertes, más grandes, y sobre todo más gordos. Nos frotábamos el estómago, nos alisábamos el mentón antes de eructar con deleite. Nos burlábamos de los chavales de carnes blandas y muslos gruesos. Estábamos celosos de ellos. Sus cuerpos dejaban entrever qué marca de leche en polvo compraban sus madres. «Perro del ogro,

hijo de Nido, ¡vete a buscar tu bol de leche!» era sin duda el peor insulto que se podía proferir contra la anatomía íntima de estas últimas. Comer era nuestra obsesión de niños porque aquí la naturaleza sólo en contadas ocasiones nos permite la abundancia. Peor aún, los brotes de gramíneas no consiguen echar raíces en las negruzcas rocas más que por unos pocos días. Entonces, ¡adiós arroz, adiós sémola! ¡Adiós patatas, tomates y mangos jugosos! ¡Adiós sésamo, pistachos y granadas!

Los gatos famélicos y furtivos de mi infancia sabían lo que era eso. Todavía hoy, entre dos carreras, se detienen debajo de una mesa, de un banco o contra un muro para tomar aliento.

Dal.

Ahora paseas en taxi. Pretendes hacernos creer que eres un sabueso de fino olfato, un as de la información militar-industrial. Con tu permiso, voy a retomar el hilo del relato de mi venerable Maestro.

Y la esperanza llegó a nuestras doce ciudades con una nueva categoría de ciudadanos, aquéllos que precisamente hace poco tiempo eran considerados como extranjeros, inmigrantes y refugiados. Algunos de ellos o sus mismos padres se organizaron con el fin de abandonar las ciudades decadentes y ocupar las cuevas y los refugios existentes en las rocas, como lo hicieron antiguamente el profeta Mohammed y sus amados Compañeros. Erigieron campamentos en el desierto y la sabana, sacaron fuerzas de flaqueza y reavivaron en los corazones la fe en el Único. Incluso juntaron armas para defenderse y conquistar los territorios caídos en manos de renegados e infieles.

Llegados a este punto del relato el rostro de mi venerable Maestro se ha vuelto radiante. Ya no tose. Creo que sonríe al recordar esas primeras semillas de la resistencia que, a su vez, hicieron posible la regeneración del árbol. Yo le sonrío también. Todos sonreímos. Temo incluso que él haya intuido la sonrisa en mis labios antes siquiera de que yo mismo la esbozara. Pero estoy perdiendo el hilo del dictado. Acabo de descubrir un nuevo bloque de palabras.

Cuenta la tradición que, en tiempos de nuestro Profeta, los *ayats* o versículos se escribieron sobre distintos tipos de soportes, como hojas de palma, trozos de cuero, huesos planos, tazones de arcilla o piedras, antes de que los creyentes los memorizaran. Cuando murieron alguno o varios de aquellos Compañeros dotados de prodigiosa memoria, las suratas fueron compiladas por precaución, reagrupando las revelaciones que el ángel Jibril, en calidad de mensajero, había transmitido al Profeta. De este modo, pasamos de la palabra a la escritura, para mayor regocijo de los escribientes como yo.

No siempre ha sido tarea fácil. Prueba de ello es que ahora me siento desarmado frente a esta mancha de tinta. Nuestro libro divino, el Santo Corán, llamado también el libro de los libros, *umm al-kitâb*, ¿no nos invita constantemente a perfeccionar nuestra naturaleza imperfecta por medio de la devoción constante al Dominador? Esa masa oscura que ha tomado forma bajo mis ojos me atrae. No hay ninguna duda: aquí aparece otra escritura. Otro relato espera ser descifrado. Como si la mano de un segundo escribiente tomara el relevo del dictado, el hilo de mi narración, impulsándolo en otra dirección distinta de la anterior. Como si un segundo narrador esperara su hora a escondidas. Otro narrador que sólo yo conozco. Mi cómplice...

El libro de Ben

... no, Ben, tú nunca fuiste hablador. Me gusta llamarte Ben, es más íntimo y menos intimidante que Dr. Walter Benjamin. Las pocas palabras que son capaces de salir de tu boca parecen retenidas por una fuerza misteriosa. Luego se estrellan contra nuestros tímpanos como el ruido sordo de una golondrina al topar contra el cristal de un ventanal. Son testimonio de las sombras del pasado, de las armonías perdidas en el corazón de Europa o de la magia de los bosques profundos.

La mitad de la población de la ciudad rumana de Czernowitz, en Bucovina, es judía. Es una ciudad próspera que posee, no obstante, su propia cuota de pobres. Un bastión de la cultura occidental, cuyo poder ha seguido perdurando hasta la mitad del siglo pasado, tanto en los buenos como en los malos tiempos. Paul Celan, nacido en esta ciudad en 1920, tiene dos años menos que tu hijo Stefan.

El ámbito del silencio es un territorio donde todo es posible. Se asemeja a un desierto en el que sólo los viejos cactus centenarios crecen dulcemente, con los espinos erguidos hacia el infinito. Tus ojos, Ben, se reflejan en el espejo de otros ojos. Tu silencio llena otros cuerpos. Y no has olvidado el rostro de tu padre, de profesión anticuario, ni los perfumes de la gran casa burguesa, el brillo de la plata, la calidad de los muebles. Nos toca a nosotros llenar los posibles olvidos, leer entre líneas, por si se te escapa algún detalle. Es imposible olvidar los juegos de niños, los instantes radiantes, como las escapadas en bici con la bella Anja, la de los rasgos finos, hacia los jardines de Tergarten, las peleas con Egon, el chaval con rostro de anciano, los paseos por el borde del Spree, río de aguas profundas de un ahogado color turbio, las conversaciones con tu caballo de madera en el gran salón familiar y la amistad del viejo sombrerero, salido directamente del libro de Moisés.

En lugar de la bruma habitual, un cielo flamante, horneando un eterno verano, mostraba intermitentemente su rostro. Eras bello, en esa época. Tan bello como un príncipe italiano salido de un cuadro veneciano y listo para entrar en otro. Pero todo eso queda muy lejos. Tan lejos como el tiempo en el que todavía existían

humanistas capaces de dominar trece o catorce lenguas. Tan lejos como el tiempo en el que los hombres pusieron la primera piedra de tu ciudad natal. Berlín. Dos sílabas exóticas en una llanura azotada por el frío. Un rostro de cera surgido de un antiguo relato. Berlín, la de los obreros que lucharon al compás de la revolución industrial. Berlín: una silueta sinuosa con reflejos de ámbar y pez que conjura los sortilegios de la vieja Europa antes de penetrar en el campo de la muerte.

Fue en los cafés llenos de humo de Berlín donde escribiste tus primeros relatos inspirado por los románticos y utópicos del siglo precedente, ahora ya hecho trizas. Has escrito sobre la historia de tu país, sobre el crepúsculo del imperio y sobre los fulgurantes destellos de la república de Weimar basándote en ideas extraídas de los mitos, el judaísmo y las artes. En tanto que poeta, otorgaste entidad a lo indecible, un poco a la manera de Joseph Roth, también poeta y peregrino, y tan parecido a ti. Te perdiste por un tiempo en el exuberante bosque de la lengua alemana, un archipiélago mucho más rico, complejo y elástico que sus vecinas latinas. Hacías especial hincapié en la capacidad de esa lengua para mantener el misterio de una frase hasta el final. Siempre fue para ti motivo de orgullo, esta lengua capaz de esgrimir las antiguas cuestiones metafísicas del tiempo y de la existencia, de los sueños y de la realidad. Seguirá viva en ti hasta el final de tus andanzas, desde Dinamarca hasta las laberínticas islas del Mediterráneo, pasando por la frontera de los Pirineos. Hasta el final de tus días entre los hombres...

¿Dijo «confesiones»?

Cuaderno nº 3. Jueves 5 de octubre. 22h.35m.

Un mensaje me esperaba al regresar. Un hombre, que afirmaba disponer de información, me dejó un sobre. Había utilizado la palabra «confesiones» en su primer correo, que me envió a mi dirección profesional seis días antes. Había olvidado casi por completo a ese maldito. La palabra «confesiones» me intrigó enseguida. Durante un tiempo, me pareció verla parpadear constantemente en la pantalla de mi portátil. El resto del mensaje era breve. Dos líneas para decirme la hora y el lugar de la cita, contados «a partir de su llegada a Yibuti», precisaba. ¿A qué venía esa impaciencia? Supuse que el uso de la palabra «confesión» era debida a una falta de dominio de la lengua: seguro que esa noche el tipo debía de haber visto una película de espionaje en la que un espía de James Bond anotaba las confesiones de un agente encubierto. A menos que se trate de un juego de pistas. En ese caso, nos encontraríamos en la misma situación que dos cabalistas: el que escribe y el que lee. Dos cabalistas enzarzados en un cara a cara de lo más lúdico. El que provoca y el que reacciona. El que proporciona la información y el que la descifra. Sólo nosotros seríamos capaces de comprender el sentido de tal o cual palabra. Eso es lo que pensé antes de sumergirme, una vez de nuevo en mi habitación, en mi investigación sobre el pasado y el presente de los islotes del Diablo.

Me quedan menos de dos días. Mi investigación se tambalea, lo cual me sumerge en espantosos estados de ánimo. Por suerte no estoy siempre de un humor de perros. De vez en cuando mis documentos me provocan alguna que otra carcajada. Como sucedió cuando, por casualidad, encontré una octavilla sobre la conquista de Etiopía por las tropas de Mussolini. Esa octavilla fue rescatada de los archivos del Quai de Orsay por un joven historiador de la universidad de Yibuti, que acaba de abrir sus puertas.

Gibuti a noi! Gibuti a noi!

Sabiamente orquestado por las gloriosas tropas de nuestro Duce Mussolini, el clamor sube desde la plaza de Venecia, en Roma. Yibuti es nuestra. Algo nunca visto en Roma, donde nadie puede mostrar en un mapa dónde se encuentra este territorio colonizado por Francia. La plaza de Venecia, el lugar de encuentro de los fascistas, quiere a toda costa enmendar el error. Nada se resiste a la voluntad del gran Duce. ¿No ha llegado acaso el momento de reconquistar la munificencia del imperio romano, de remodelar la faz del mundo a nuestra gloriosa imagen, de dar un giro a la historia? ¿No es tiempo de absolver el pasado, de curar la vieja herida africana? Esta herida tiene nombre: Adoua. Un nombre tan agresivo como un perfume maléfico. Esta herida tiene un rostro: el de la Etiopía que desafió a las tropas italianas en 1898. ¡Qué vergüenza! «Che vergogna!» ¡Cómo es posible que una pandilla de tiranos rezagados, conducidos por un emperador de opereta, sea capaz de humillar a los italianos delante del mundo entero! ¿Por qué nuestra nación tiene que ser la única en sufrir una derrota en África, en hervir de impaciencia y no poseer colonias a la altura de su grandeza? La patria de Julio César levantará la cabeza y borrará de las páginas de la historia universal la leyenda del rey Salomón y de la reina de Saba. ¡No existe mayor hurto que esta crónica extraída de diferentes archivos, ni nada más ficticio que los remilgos de la corte de Menelic! ¡Levantad la cabeza, hijos de Garibaldi! El palacio pseudoimperial será nuestro.

Gibuti a noi! Gibuti a noi!

Entraremos por Yibuti, la salida principal de Etiopía al mar Rojo y al mundo exterior. Conquistaremos Yibuti, aplastaremos a los colonos y a los militares franceses, dejaremos morir de hambre a los indígenas, no tan numerosos como se afirma, en esa región de África más bien desértica. No tenemos la menor duda de que los franceses, al punto en que vean nuestro estandarte, se batirán en retirada y, si quisieran pelea, nuestras tropas les someterán.Y el gobierno francés, muy preocupado por la evolución de la situación militar en su frente oriental y en su frente meridional, se lo pensará durante días y semanas antes de decidirse a enviar refuerzos. Para nuestras aguerridas tropas será pan comido abalanzarse sobre el cuerpo de élite de la armada de Hailé Sélassié, el heredero de Menelic. Partir con toda majestad, observar el país, arriesgar la piel si fuera necesario para acercarse a la

madre patria: ésta es la motivación de nuestros soldados, adeptos al gran comandante Mussolini. Yibuti, qué nombre tan curioso. Un nombre extraño como un sueño de colegial avergonzado, una llamada del siroco.

Yibuti: ¿francesa, británica o italiana? Hay que resolver primero esta incógnita, como dirían los aficionados al álgebra. La segunda incógnita sería la siguiente: ¿por qué precisamente allí y no en otro lugar?

¿Por qué la bahía de Yibuti atraía a tantos europeos? ¿Qué era Yibuti en realidad? ¿Un puñado de islotes mágicos encima de los cuales la historia, desde hacía siglos, se alzaba y daba vueltas como el ojo de un huracán? ¿Un puñado de islotes semejantes a puntos negros en el cuello de una bella mujer colmada de leyendas, de rumores?

Los islotes se divisan cuando la bruma se desvanece pero la mayoría de las veces se pasa de largo. Sólo por un toque de magia se puede llegar a ellos, ya entrada la noche. No presentan ningún atractivo. En la bahía falta de todo, excepto un pozo salobre a flor de tierra. La vegetación se reduce a un manto de espinas que aleja los rebaños. Apestan a azufre volcánico a todas horas, lo cual desgasta la piel y los huesos. Cuentan que las liebres salvajes colonizaron en otros tiempos la bahía, antes de la llegada de los marines yemenitas. Es precisamente en esta misma bahía, al sur de la actual capital, donde las fuerzas americanas han instalado un centro de escucha de los más altos secretos, como si quisieran dar crédito nuevamente a antiguas leyendas. Un centro de escucha en medio de ninguna parte. El procedimiento sorprende, pero los hechos subsiguientes han dado la razón a los servicios secretos americanos. Y todo ello mucho antes del atentado perpetrado el 12 de octubre del 2000 contra el destructor *USS Cole*, a pocas millas de allí, en aguas yemenitas. El destructor lanzamisiles americano efectuaba una escala de rutina en el puerto de Aden, en el sur del Yemen, para abastecerse de carburante. Le salió el tiro por la culata. Murieron diecisiete marines americanos en la explosión, y hubo además treinta y ocho heridos. Los dos autores del atentado también perecieron en el ataque. Dos años después, el petrolero francés *Limburg* corrió la misma suerte. Un prisionero de Guantánamo, Wallid ibnou Habach, alias Antar Ibn Antar, alias Mansour al Amriki —estudió bioquímica en Richmond, Virginia, de donde procede este sobrenombre imperialista— declaró, según el periódico al-Sharq al-Aswat,

siempre bien informado, que compró explosivos y reclutó hombres con el fin de hacer explotar una canoa contra el flanco de babor del navío.

Estos dos atentados, sin contar el que fracasó en *The Sullivans*, otro bastión de guerra de la marina americana, que también estaba de paso en el puerto de Aden en enero de 2000, han demostrado la utilidad de este centro de espionaje tan discreto como valioso.

Dhal.

¿De modo que ahora te encierras en tu habitación, molusco de Quebec? Te arrastras, sueñas despierto... ¿Sabías que los fantasmas se esconden en las fracturas de la historia? Crees que pierdo el juicio. También dicen que los poetas, los bardos y los *griots*[7], al contrario de los escribientes, como tu servidor, a menudo son ciegos. Dicen que escrutan el cerebro de los hombres, hurgan en los secretos de sus almas, consiguen absorber su consciencia. La pérdida de visión estimula la memoria, eso lo sabe todo el mundo. El ciego ve más allá. Percibe el estremecimiento de la vida, no es un hombre corriente. El ciego, cuando no está trabajando, es silencioso. La enfermedad que afecta a los charlatanes es la intemperancia de la lengua, la facultad de producir sonidos sin escuchar a nadie, sin que en realidad su cháchara ejerza ninguna influencia.

Ahora me he convertido en un humilde escriba tartamudo que se ha rendido a su Señor, que ha encontrado la paz a su lado. Un copista como los de antaño, más viejo que Plutarco, más sabio que Sócrates o Ahmed Egbal. Escribo al dictado de mi venerable Maestro, ciego, por supuesto. Sus palabras tienen la facultad de atravesar el tiempo y el espacio sin salir demasiado perjudicadas. Únicamente prolongo su recorrido, tal como lo haría un acelerador de partículas. Los geofísicos, los especialistas en tectónica de placas, los sismógrafos, los vulcanólogos, los paleontólogos, todos vienen a este extremo de África en busca de los secretos de la Tierra. Se dedican a vigilar con suma atención los movimientos de nuestra amada y antigua corteza terrestre. Miden el infinito, la extensión, hacen sus pronósticos entorno a los secretos del Sublime. ¿Cómo nacen los volcanes? ¿Y los océanos? ¿Por qué las momias se descomponen al aire libre? Por qué esto, por qué aquello. Han llegado a descubrir la siguiente verdad: la tierra firme no existe. Es una leyenda que sólo sirve para mantener a flote la moral de los contables y los estadísticos inseguros.

Las montañas nacen, se deforman o se hunden bajo el peso de los glaciares sin ninguna explicación científica. ¿Por qué no existe vida más allá de nuestro planeta? Paradójicamente, ¿no es precisamente el silencio en torno a esta

cuestión lo que alimenta todas las ciencias? Las colinas crecen, se redondean; los valles se hunden bajo los ríos o se secan. No muy lejos de aquí se está gestando un océano. Las placas se separarán. El Cuerno de África va a desaparecer bajo los efectos del oleaje. Después de que todo se haya ido a la deriva, sólo va a permanecer, según la voluntad divina, un pequeño extremo en medio del océano Índico. Una isla completamente nueva que, claro está, todavía no tiene nombre. Ésta es la conclusión a la que han llegado. ¿No lo sabías? ¿Denise todavía no te lo ha contado? Qué lástima. Pero no te atormentes por ello. Existe una explicación. Me la ha proporcionado mi venerable Maestro delante de quien siempre me inclino, incluso cuando se equivoca o cuando su hosquedad le juega malas pasadas. Nosotros habremos terminado ya nuestro tiempo cuando los continentes vayan a la deriva. Sucederá a su tiempo, con la ayuda del Previsor.

¿El mundo de aquí abajo no es más que una torpe improvisación? Las antiguas potencias europeas se han sumergido en un océano de decadencia. Las jóvenes naciones, despreciadas hace mucho tiempo, yerguen ahora de nuevo sus cabezas afanándose para dar a luz a grandes rebeliones, pero han renegado de su fe. Nuestro mundo está patas arriba. Ahora la muerte precede al nacimiento, la flor precede a la yema, la cicatriz a la herida.

No tenías que haber puesto los pies en este país. Qué te parece, ¿la ceguera de mi Guía es un don o una prueba? Sólo el Celestial lo sabe. Tengo que rendirme a la evidencia: ¡está envejeciendo, mi Maestro! A veces está amargado y es malo. ¡Ojalá el Misericordioso nos conceda la fuerza necesaria para hacer frente a sus debilidades! Tose continuamente estos últimos días. Y a mí me duele el pecho como si fuera yo mismo quien tosiera por él. Mira, aquí me tienes saltando de nuevo sobre este endiablado palimpsesto...

El libro de Ben

> ... acércate, Ben, acércate con cuidado. Avanzas por la vida con pasos cansados y con el aliento entrecortado. Tus labios se mueven. Hablas solo, a menos que estés dialogando con tu ángel de la guarda, tu doble, que te sigue como si fuera tu sombra hasta este campo de infortunio. Ciertamente, todo el mundo sabe que detestas los santos oficiales, las grutas milagrosas y los ángeles beatos pero nadie comprende por qué todavía te mueves en un París desangelado. ¿Quién eres, Benjamin? ¿Un santo que desenrolla el hilo de Ariadna de su consciencia? ¿Un camaleón polígrafo y solitario? ¿Un sabio afligido por una inmensa tristeza que

duda de sus dones? ¿Un espíritu fuera de lo común que se acuerda de todo: de las grandes teorías filosóficas, de las consignas de las huelgas de antaño o de las nanas de su infancia berlinesa tarareadas hasta bien entrada la noche:

«Sin dinero, sin estilo
Sólo un gran corazón latiendo
¡Un corazón blando!
¡Un corazón de coco!»?

Entramos en cada nuevo período de la vida con los ojos vendados. No dices nada. Esto es lo que más me inquieta. La vida jamás se va a parecer en nada a lo que de ella esperábamos desde nuestra más tierna infancia. Jamás.

Vas a encontrarte de nuevo con tus amigos y a renovar el contacto con aquéllos de los que te habías distanciado por culpa de los enfados. Si tienes la suerte de poder salir de aquí, vas a tener que abandonar París y, con toda certeza, el minúsculo apartamento de la calle Dombasle: demasiado frío en invierno, demasiado caluroso en verano. En estos últimos días, no contiene ni siquiera una onza de oxígeno, esa única habitación del tamaño de una cabina telefónica, situada, por lo demás, en una callejuela empinada. Pero no te quejarás, porque tienes la cabeza en otra parte. Demasiado quehacer: artículos que escribir, intuiciones que forjar, el fuego de la amistad con Gershom Scholem que mantener, tesis que elaborar y la adhesión de tus colegas que mendigar, igual que un perro con su collar. Con sólo veinte años, ya sopesabas continuamente los planes teóricos de tus semejantes. Exponías con malicia tus hipótesis más estrambóticas a desconocidos, a gente que te encontrabas en la calle y en los cafés. Si te aprobaban, se te iluminaban los ojos; en caso contrario, alisabas tu poblado bigote, refunfuñabas por las formas y luego pedías excusas educadamente antes de seguir tu camino como si nada hubiera ocurrido. Incluso bailabas, en el camino de regreso, como un derviche dando vueltas sobre sí mismo, girando y girando bajo el cuarto de luna en un cielo repleto de estrellas.

En los años de tu infancia, Berlín era sinónimo de pasión y efervescencia. Era ayer, Ben, pero tienes la sensación, lo mismo me sucede a mí, que hace mucho tiempo. Armabais alboroto por cualquier cosa, blandíais la espada al enemigo del momento. Os otorgabais motes afectuosos o cortantes como vuestro afilado orgullo.

¡«Gatito, mi pequeño gatito», decía Anja, metiéndose contigo!

Siempre serás «Gatito» para esta fiel camarada de los círculos marxistas de tus primeros compromisos. A buen seguro eras ágil, para merecer este sobrenombre de felino. Dormíais unos en casa de los otros, leyendo, fumando y discutiendo toda la noche. Os alimentabais de pan negro y de vino italiano, decidíais qué cuadros colgaríais y expondríais gratuitamente. Polemizabais mucho, y cuando llovía el agua caía gota a gota por el techo antes de que alguno de vosotros se decidiera a alquitranar el tejado y taponar los agujeros. Ninguno de ellos, excepto

tú, Ben, ha dejado su huella en las arenas del tiempo. Presentías grandes catástrofes, como si la situación económica y política tuviera que empeorar forzosamente, precipitando a Europa hacia el Apocalipsis. Eras muy distinto de toda la gente que conocí en esa época. Con tu hábito de dialéctico, escribías informes para que despertáramos, para que nos alejáramos del mundo de la ilusión. Me refiero a nuestro mundo, este mundo que no tiene en cuenta la verosimilitud que le exige, en cambio, a la fábula.

Ben, ¿sabes por qué los sueños de los niños siempre se corrompen en boca de los adultos? ¿Por qué perdemos el don de sorprendernos y la facultad de indignarnos? Ben, nos ofreciste apoyos, balizas, inicios de reflexiones, sueños, meditaciones. No éramos más que una pandilla de jóvenes berlineses con prisa por vivir, y para ello no había que seguir las convenciones de la burguesía, sino todo lo contrario, había que blasfemar y escupir en la calle. Vivir como esas plantas del desierto que crecen forzosamente en un medio hostil y, por tanto, tienen que introducir sus raíces en lo más profundo para poder alimentarse. Preguntarse qué es lo que cuenta en definitiva en la vida: ¿el placer de un pequeño hotel especial o el viaje a Oriente de un Flaubert? ¿La fortuna conseguida en los bosques exóticos de Gabón o la fiebre poética en una habitación de huéspedes, en la calle Quincampoix, llenando páginas y acariciando al mismo tiempo con la mirada el cráneo atrapado entre los gruesos volúmenes de Dante, Rabelais y Cervantes? ¡Ah, la bohemia!

Sé que te sentías bien en París, especialmente en ese período de la vida donde uno se codea con putas, apátridas y migrantes, que se encuentran a montones en cualquier parte. En París, Maurice Blanchot siempre tiene para ti una palabra amable y un café caliente. A veces te encontrabas con él en un pequeño café de la calle Mazarine. Hablabais de París y de arquitectura. «Aquí, la arquitectura no es simple decoración, sosteníais, es un personaje central inseparable de su historia. Nunca está fuera de contexto, ni fuera de peligro, ni se escapa del alcance de los cañones. Utiliza sus propios ardides, se funde con el paisaje, acoge y es acogida por el Sena, el señor del lugar. Además, habla el dialecto de los suaves meandros, el lenguaje de las cuatro estaciones, se enfrenta a la furia de las presiones atmosféricas, se adapta al frescor de las mañanas y sufre los estragos del relámpago» asentía Blanchot, con el espíritu medio ausente.

Tienes que esconderte de ti mismo, Ben. ¿Acaso no formas parte de esa banda de perdidos, esos judíos demasiado germanizados que jamás podrán encontrarse de nuevo a no ser regresando a las profundidades de su pueblo, regresando a la tierra de Israel, uniéndose a las masas que llegan con el fin de conseguir hacer reverdecer las tierras de Palestina? ¿Sigues siendo el pequeño burgués alemán —doctor Walter Benjamin, periodista ocasional y profesor sin cátedra— incapaz de escribir novelas sobre su condición porque tú mismo eres ya un personaje novelesco? Una vida monótona sin la novedad de las fuentes ni la aventura de las

olas.

Aunque ignores, Ben, quién eres realmente, sabes bien de dónde vienes y quiénes son tus padres. Una rancia familia europea, que valora por encima de todo el trabajo y la instrucción. No hay mejor manera de seguir tus huellas que repasando tu correspondencia. Confiésalo, Ben, estás completamente presente en tus misivas y en tus cuadernos de viaje. En ellos aflora tu ser íntimo, aquél que escondes, borras, a veces persigues. Ese ser de carne sensible a la magia de lo femenino de la cual ningún hombre escapa, especialmente si esta magia se presenta con el ridículo disfraz de gitana, si pasea descalza por las callejuelas, con el deseo a flor de piel, mostrando sutilmente las zonas erógenas. ¿Quién es el autor del argumento y el hilo de esta historia? Seguramente buscarás una explicación científica, tal vez sensual, a la naturaleza intrínseca de la existencia. Indagarás dónde está el fallo del cual el amor se alimenta. ¿Cuántas vueltas tenemos que dar, cuánto dolor tenemos que sufrir antes de poder alcanzar, a veces con un poco de suerte, esa fuente? ¿Qué significa, pues, nuestra llegada al mundo, cuál es el sentido de la existencia en este mundo y la necesidad de abandonarlo un día u otro? (manchas de sebo)...

Llamada a la plegaria
Adhân

Allahou akbar, Allahou akbar

Achadou an lâ ilâha illa-allâh, Achadou an lâ ilâha illa-allâh

Achadou ana Mohammadan Rasoullou-lallâh, Achadou ana Mohammadan Rasoullou-lallâh

Hayyâ'alâ-s-salât, Hayyâ'alâ-s-salât

Hayyâ'alâ-l-falâh, Hayyâ'alâ-l-falâh

Allahou akbar, Allahou akbar

Lâ ilâha illa-Allâh

Dios es grande, Dios es grande.

Testifico que sólo Alá es la auténtica divinidad, Testifico que sólo Alá es la auténtica divinidad.

Testifico que Mohammed es el Mensajero de Alá, Testifico que Mohammed es el Mensajero de Alá.

Venid a la plegaria, venid a la plegaria.

Venid a la Felicidad, venid a la Felicidad.

Dios es grande, Dios es grande.

No hay otra divinidad sino Alá, No hay otra divinidad sino Alá.

Allahou akbar, Allahou akbar

Achadou an lâ ilâha illa-allâh wa Achadou ana Mohammadan Rasoullou-lallâh

Hayyâ'alâ-s-salât

Hayyâ'alâ-l-falâh

Qad qa matiss salat

Qad qa matiss salat

Allahou akbar, Allahou akbar

Lâ ilâh illa-allâh

Dios es grande, Dios es grande.

Testifico que no existe auténtica divinidad sino Alá y que Mohammed es el Mensajero de Alá.

Venid a la oración

Venid a la Felicidad.

El oficio de la oración está preparado, El oficio de la oración está preparado.

Dios es grande, Dios es grande.

No existe otra divinidad sino Alá.

II
BAB EL-MANDEB
O LA PUERTA DE LAS LÁGRIMAS

Bab el-Mandeb —literalmente «puerta de las lágrimas» en árabe— es el estrecho que separa la península arábiga de África, en el océano Índico. Al mismo tiempo es un emplazamiento estratégico importante y uno de los corredores de navegación más frecuentados del mundo.

La anchura mínima del estrecho mide alrededor de 30 kilómetros, entre Ras Mannali en la costa yemenita y Ras Siyyan en Yibuti. La isla de Perim divide el estrecho en dos canales. El canal oriental, conocido con el nombre de *Bab Iskender*, «el canal de Alejandro», mide tres kilómetros de largo y alcanza una profundidad máxima de treinta metros. El canal occidental, llamado *Dact el Mayun*, mide veinticinco kilómetros y tiene una profundidad de trescientos diez metros. Existe un pequeño archipiélago conocido con el nombre de «Siete Hermanos» situado cerca de la costa africana.

Según cuenta una leyenda árabe, se supone que su nombre proviene de los llantos de los ahogados a consecuencia del terremoto que separó Asia de África. Pero según otra fuente, su nombre es debido a los peligros que entraña la navegación a través de sus aguas.

Secretos

Cuaderno nº 3. Viernes 6 de octubre. Festivo.

Empiezo mi jornada con un desayuno continental mientras subrayo con *Stabilo* amarillo tres palabras: movilidad, discreción, eficacia. Es la divisa de la *Adorno Location Scouting*, que debe su nombre a un célebre pensador alemán. También es la directriz de mi investigación. Tengo que reconocer que soy mucho menos eficaz aquí que en Denver, Los Ángeles o Melbourne. Aquí la gente es demasiado huidiza y no consigo acotarla. Son demasiado distantes porque se sienten observados. Todo ello por culpa del pasado, que a veces gana por la mano a mi voluntad.

No tengo madera de investigador curtido. Sigo siendo un chico tímido, arisco, solitario, que apenas ríe, pocas veces juega y nunca consigue acercarse a los demás. Mi corazón es más duro que el sílex. Siempre me refugiaba en los estudios, primero en francés, luego en inglés. Y también en mis sueños. El abuelo Assod y los suyos creían que los sueños eran mensajes enviados a los hombres por poderes superiores —benéficos o diabólicos—. Los sueños permiten predecir el futuro próximo del mismo modo que lo hacen las previsiones meteorológicas de nuestros tiempos modernos. ¿No sería posible utilizar esta habilidad de mis antepasados para descifrar el mundo de la noche y poder así avanzar en mi investigación? ¿Las premoniciones del abuelo Assod, me podrían guiar, tal vez, a modo de GPS?

Me encuentro en esta fase de mis reflexiones cuando súbitamente mi voz interior me llama de nuevo. Veo mi rostro de niño triste esforzándose para aprender a leer el Corán. No era fácil para mí.

Los demás niños de mi alrededor, como Samatar y Soufiane, mis primitos, también mi hermano Djamal, aprendían con ejemplar rapidez, las palabras fluían de su boca con extraordinaria facilidad. En cambio yo tenía que hacer tremendos esfuerzos para poder emitir un sonido, como si mi propia lengua estuviera aprisionada por un grumo de alquitrán. Todo mi cuerpo se sentía atrapado en la trampa de sus emociones. Pasaba semanas enteras repitiendo

fragmentos de las suratas que escuchaba en el patio familiar sin comprender su sentido. Abandonaba la tarea lleno de frustración. Entonces me invadía la vergüenza y sentía mi vientre cada vez más pesado, como si esta carga secara mi cuerpo sin lágrimas. Como si alguien vertiera cenizas calientes en mi garganta que me impidieran proferir el más mínimo sonido. Como si, en definitiva, la lengua coránica y la muerte se hubieran aliado contra mi pequeña persona. Sí, ambos pertenecían a la misma especie, enarbolaban la misma máscara de cera.

A medida que la lengua se desvanecía en mí, la muerte tomaba forma, y un dolor inmenso penetraba en mi cuerpo. Pasaba la noche en vela porque no deseaba que el sueño me tomara por sorpresa. Nunca se sabe. No hay que bajar la guardia jamás, porque la muerte es la más taimada de las traidoras. Permanecía despierto hasta tarde, hablando conmigo mismo para infundirme valor. Y en la profundidad de la noche empecé a vislumbrar los rasgos, los ángulos, los contornos de la Parca. ¿Era realmente ella o era su fantasma? Sería capaz de reconocerla entre la horda de errantes que habla tan dificultosamente el lenguaje de los hombres. No había ningún brillo en sus pupilas. No necesitaba la ayuda de un experto en interpretación de sueños para leer el terror, el miedo grabado en mi rostro. Avanzar, preguntar, aprender, siempre aprender. Todo se basaba en esta serie de preguntas: «¿De dónde vengo, dónde estoy, a dónde voy?» Aprendía, pero con un ojo fijo en el mundo y el otro en la más profunda oscuridad de sus entrañas. Tengo que confesarlo: Montreal es el lugar donde me siento lo mejor posible. Ni siquiera en el París de mi época de estudiante conseguí sentirme arraigado en mi cuerpo. Flotaba, como si lo natural en mí fuera el estado gaseoso. Ni siquiera el crudo invierno lo conseguía remediar. A ocho mil kilómetros de allí, mi hermano, con su cuerpo también helado, buscaba, lo mismo que yo, una base sólida que le proporcionara consistencia. Yo le echaba mucho de menos, a mi «hermanito», pero tenía que pensar primero en mí. Y entonces me dejaba llevar por la multitud o vagabundeaba, solitario, por las calles mojadas de París.

Mi madre, ahora lo sé, soñaba con un hijo mejor que yo. Un niño perfecto, como la hermanita que murió antes de mi nacimiento. Pero yo no estaba en condiciones de luchar con ese ideal. Desde su ventana, ella contemplaba la

arena revoloteando, subiendo hacia el cielo y cayendo de nuevo en forma de partículas de polvo. Mi madre deseaba una hija de cabellos negros como el luto y de rasgos suaves como los de un querubín. Tenía otros secretos, otros sueños en los que no contaba conmigo. En sus relatos no hay lugar para mí. Tampoco aparezco en el álbum de fotos de la familia.

Cuando era un bebé y lloraba en sus brazos, siempre se las componía para pasarme a otra persona: una parienta, una vecina o la criada —una muchachita marcada por el hambre, expulsada de su campamento debido a la última sequía—. Aunque yo me esforzara para atraer su atención y obtener una caricia, siempre conseguía esquivarme o empezar el juego del pasa-pasa. Si estábamos solos, mi madre se refugiaba en el sueño o improvisaba una plegaria urgente, la sexta o la séptima que le debía al Supremo y que le ofrecía allí mismo. Yo esperaba como un buen chico a que terminara su largo rezo, recostado al lado de su alfombra, con los ojos fijos en el cuerpo elástico de mi madre que se doblaba, se estiraba y se doblaba de nuevo en cada unidad —cada *rakaat*— de la oración. Buscaba ansiosamente las palabras adecuadas para conseguir que me dirigiera tan sólo la sombra de una mirada o el esbozo de una sonrisa. Ella, lejana, recitaba sus suratas y se contentaba con mirarme con los ojos en blanco al final de su plegaria. No tenía gestos ni palabras para mí. A sus ojos, yo sólo era un estorbo, un misterio que caía en lo profundo, siempre en lo más profundo.

Ra.

Si te apetece, puedes creer lo que ahora te voy a contar. Un día, estando yo frente al mar, abrí un libro y toda mi vida cambió. Tenía veinte años y había suspendido otra vez el bachillerato, ese maldito sésamo que abre la puerta de la existencia. El papel cobró vida. Se convirtió en espejo o en pantalla. Desde las primeras palabras, una voz solemne te acogía y te tomaba de la mano para no soltarte más.

Un día, abrí el Corán y toda mi vida cambió. Ahora sé que este libro nunca termina en la última frase. Es muy distinto de esas novelas breves que distraen y divierten durante un rato. Cuando lees este tipo de novelas, acaricias con la punta de los dedos los reductos de la ilusión, resigues los meandros de la locura. Te pierdes en Berlín con el autor de tu libro de cabecera. Uno se pierde fácilmente, en la literatura. Resucitas a las princesas de otros tiempos, sí, pero lo desconoces todo del gran misterio de la vida. El encanto de los personajes de papel es tan ficticio como tu existencia, mi falso hermano. Hace mucho tiempo yo era un lector voraz y compulsivo. Luego todo cambió. Aunque no voy a negar que mi curiosidad por los libros ha aparecido de nuevo en mi vida desde que descubrí este palimpsesto misterioso y la vida del desgraciado Ben. Pero sólo me permito un poco de sensiblería pasajera, por lo que respecta a mi pasado. Cuido de mi mismo. Ya nada será como antes, como fue en los tiempos en los que mi espíritu todavía era libre y leía obras de contenido imaginativo y reflexivo. Hoy mi camino transcurre por sendas mucho más fiables y sólidas. Me encuentro en el camino de mi Guía espiritual. Soy su sombra, la niña de sus ojos, su puño, su brazo armado. Únicamente leo el Libro divino...

El libro de Ben

> ... la única tierra en la que puedes hacer florecer plenamente tus talentos, Ben, es la tierra de la libertad. Sin libertad, la vida, la lectura y la escritura son imposibles. Sólo queda el silencio y el exilio, con su cortejo de desgracias y sus instantes de felicidad. París te abría los brazos y tú no podías ignorarlo por mucho tiempo. Es la última ciudad europea, el último bastión de la cultura, en otros

tiempos conquistadora. Sin París, tu universo emocional y sensorial es taciturno. Te repetías en voz baja a ti mismo: «Tengo que continuar mi ruta con perseverancia. Para mí París se resume en dos palabras. El mundo entero en toda su redondez se me ofrecerá. Despertar al hombre, ésta es la tarea que tengo que llevar a cabo en los próximos meses. Y el viejo sueño desvanecido remontará de nuevo a la superficie con renovado vigor. «Y entonces cambiaste el gris del invierno berlinés por la vitalidad del verano parisino...

Quisiera que las páginas del gran libro divino pudieran contener mi vida entera. No sé si veré realizado mi deseo o no. Soy paciente, sabré esperar mi hora porque todo está en manos de Alá el Misericordioso, el muy Perseverante.

Un mensajero

Cuaderno nº 3. Sábado 7 de octubre por la mañana.

Hoy, después de la medianoche, definitivamente ya no estaré cubierto por mi jefe. Mis gastos y mi seguridad correrán por mi cuenta. Pero no es cuestión de huir precisamente ahora que los nudos empiezan a desatarse. Mi misión está a punto de ser completada. Dentro de cuarenta y ocho horas estaré en condiciones de poder pasar los resultados de esta maldita investigación. Los dos últimos días no han sido completamente vanos.

El hombre que monta guardia delante del portal del hotel, vigilado por tres colosos con uniforme verde botella y armados con fusiles *kalachnikov*, es, por lo menos, lo que aparenta ser. Sabe quien soy desde hace tiempo. Conoce por dónde van los derroteros de mi investigación y me sonríe con presunta complicidad. Ha estado observando detenidamente mis movimientos desde que llegué sin que me hubiera percatado de ello. Disfrazado de ciudadano común y corriente, sigue mi pista a su aire.

Al verle venir, con su paso de gigante un poco trabado a causa de su chilaba, he pensado que venía a sacarme dinero haciéndose pasar por un primo lejano de la familia de mi bisabuela. Pero unos instantes después, sus andares deportivos y su porte noble me han conducido a otro tipo de consideraciones.

Luego me ha parecido que me iba a sermonear, a reprocharme mi vestimenta, quien sabe. Tal vez se había propuesto intentar conseguir que yo regrese al redil que el Profeta Mohamed ha dispuesto para todos los hombres y todas las mujeres en esta tierra. Algunos individuos deciden quién tiene que ser devuelto al redil y hacen de ello su misión para ganarse el Paraíso. Tonterías. Yo no quiero en absoluto ni doblar mi rodilla ni agachar la cabeza.

Finalmente se ha plantado delante de mí, examinándome de pies a cabeza. De haber estado a mi lado, ¿habría notado Denise mi incomodidad, el temblor casi imperceptible que se ha apoderado de mi persona? Una mano

desconocida ha puesto a este hombre en mi camino, me he dicho observando sus rasgos. A pesar de su vestimenta descuidada, es evidente que tiene la autoridad necesaria para hacerse obedecer con un solo movimiento de su índice o de su mirada. Entonces ¿por qué esta presentación? ¿Esconde un secreto que él mismo ignora?

Algo me decía que la ficha técnica de este hombre debía de encontrarse en más de una oficina de información. Si no la teníamos nosotros, la debían de tener nuestros competidores, los que trabajan para las monarquías del petróleo y la flor y nata de los diamantistas. No me he equivocado. Mejor aún, he encontrado fácilmente en nuestro banco de datos su filiación. Su trayectoria resulta emblemática. Después de haber pasado mucho tiempo en el paro, Abchir fue reclutado por el imam de su barrio. Como el hombre tiene carácter, dio clases de asignación de ayuda humanitaria. En 1992 fue enviado a Mogadiscio, entonces en plena guerra civil, donde distribuyó harina, arroz y leche. Con el arma en la mano, sacó su parte antes de que los dirigentes del conflicto barrieran para casa los veintiocho mil metros cúbicos de alimento lanzados por los soldados americanos de la Unosom. Luego se convirtió en uno de esos *warlords (señores de la guerra),* superando con éxito todas las etapas de esta profesión. Posteriormente fue boxeador de gancho fácil. Más tarde se dedicó a degollar y despellejar a sus víctimas. Finalmente fue secuestrador, guardaespaldas y pirata en el mar Rojo. Se entrenó para ser simple carne de cañón enviada a todo tipo de misiones. Desde su bautismo de fuego, su instinto de supervivencia le hizo correr riesgos insensatos. En solitario o al cargo de una tropa, siempre se mostró muy eficaz. Su rostro mostraba todavía las huellas fugaces de estos años de privaciones. Si hubiese muerto en combate, le habrían dedicado una plegaria especial. ¡Habrían coronado con laureles al huérfano de Ali-Sabieh convertido en valiente soldado de Al Ittihaad al Islaami! ¡Habría merecido las delicias celestes y las *houris*[8] del Paraíso!

El día que se enroló en la *yihad*, el imam de su barrio le ofreció un turbante blanco y un terrón de tierra que conservó siempre consigo. Participó en todos los combates, midió todos los barrizales de la región. Fue visto en Ogaden, en los suburbios de Mombasa, en los maquis de Puntland, en los montes bajos

del Yemen, en Kandahar y en las milicias de Sudán. Llevaba barba, teñida con henna, una *kuffiya*[9] palestina y el *shalwar kameez*[10] paquistaní. Escoltaba los contenedores cargados con valiosa mercancía (armas, equipamiento telefónico) desde la terminal de Yibuti hasta la zona donde se cruzan las tres fronteras de Etiopía, Somalia y Kenya. Guiaba y protegía a los emisarios, permitiéndoles atravesar la región sin hacerse robar ni por las tropas regulares, que exigen varios peajes por el tráfico, ni por los jefes militares, que se deben a múltiples lealtades. Desapareció durante unos meses antes de reaparecer de nuevo. Se le pudo ver en el plató de «El arsenal de la fe», la emisión televisiva de Ibtisam Cheikh Youssouf, musa de los artistas arrepentidos que han abandonado la escena para dedicarse a la práctica rigorista del islam. A continuación dirigió a los guardaespaldas de Mursal Hadji Yacine, un telecoranista que se definió a sí mismo como un diamante visible solamente para el único Dios. Y se le perdió de nuevo la pista. Algunos rumores sin mucho fundamento le ubicaron en la isla de Socotra, donde se estaban tramando cosas inconfesables. Luego regresó a Yibuti.

En definitiva, Abchir es un eslabón minúsculo pero valioso de la maquinaria destinada a defender el *Dar al-Islam*, es decir, a la comunidad de creyentes frente a los asaltos de los cruzados. En todos los terrenos, este caballero de la fe hizo gala de su capacidad de aguante, y de sus grandes cualidades como analista.

Aunque analfabeto, Abchir es capaz de crear máximas que enardecen a regimientos enteros de combatientes, de impulsar a grupos de adolescentes procedentes de los suburbios neerlandeses, británicos o suecos a meterse en las escaramuzas para defender a sus hermanos humillados o masacrados, sea en Ramallah, Kosovo o Bosnia. A sus treinta y tres años, es un hombre muy experimentado que ha formado a decenas de combatientes, hábil para impulsar la formación de una célula militar y disolverla en pocas semanas.

Le ha llegado el momento de tomar otra dirección, de desaparecer de los escenarios, el momento de cambiar de identidad, de tomar distancia con respecto a la Organización. Aunque no lo confiese, este hombre duda ahora de que la causa por la cual dio los mejores años de su vida sea una causa justa. Cansado de las querellas intestinas, prefiere por ahora enterrarse en un oasis para hacerse olvidar. Cuando sea el momento, más adelante, se instalará en

una villa de los alrededores. Ha querido puntualizar ex profeso que me ha venido a ver por iniciativa propia. Me ha proporcionado algunas informaciones valiosas a cambio de una pequeña suma de dinero. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Me abrió los ojos con respecto al camino de mi propio hermano Djamal, que debe de estar escondido en alguna parte o pudriéndose en prisión siguiendo los pasos del gran Ideólogo.

De la noche a la mañana, Abchir dejará de existir. Desaparecerá de las pantallas. Otro combatiente ocupará su lugar. Se llamará Kassim, Amir, Bourhan-Eddine, Khalif al-Suri, Farouk Alakusoglu o Hafiz el Bengalí. Riesgos calculados y sopesados. Será también un hombre eficaz. Y, por supuesto, no se conocerán.

Zay.

¡Soy un *muyahid*[11] de la primera hornada, un hombre de la resistencia al servicio del Misericordioso lleno de misericordia! Por Su gracia, fui encomendado a la alta protección de su Eminencia, mi Guía terrestre. A partir de ahora soy su sombra, su pluma de oca, su vista de lince. Estoy condenado, como él mismo, a la pena capital. Soy el lugarteniente de la organización terrorista La Nueva Vía, como dicen ellos en su jerga administrativa. Nos acusan de treinta cargos. Atentados, asesinatos pactados, ataques a la soberanía nacional, inteligencia con el enemigo talibán, llamados a la sublevación, tráfico de armas, introducción de la indumentaria verde y la máscara negra de las milicias islamistas, prohibición del *khat*, etc. Nos acusan de todos los males.

Con mi maestro, llegaremos hasta el final, aunque sólo sea para desafiar a las autoridades de este mundo. Voy a correr la misma suerte que mi venerable Sayid, tanto más cuanto nuestro jefe de operaciones ya no está ahora activo sobre el terreno. No hay duda de que se ha retirado para dejar pasar la tormenta. Estos infieles que están a la cabeza del Estado ignoran que únicamente le corresponde al Soberano el derecho a decidir sobre la vida y la muerte de nosotros sus esclavos. Y nosotros somos muy numerosos, tanto en las prisiones como en el exterior. Muy numerosos. Hermanos y hermanas *muhaydins*, hijos e hijas de las doce ciudades en otro tiempo bendecidas, están todos a nuestro lado, dispuestos a dar lo mejor de sí mismos. Dispuestos a vestir el turbante inmaculado de los mártires o, más exactamente, de los *chahids*[12]. Dispuestos a acoger a sus hermanos y camaradas venidos de los cuatro rincones del mundo. Dispuestos a grabar en video su último testamento antes de precipitar a este país al fuego purificador.

Pon un poco de atención y escucha estos testimonios que la prensa gubernamental ha censurado. Sucedió cerca de aquí, pocas horas después del último atentado. Sí, puedes transcribirlo y enviarlo a los agentes de prensa y a tus comanditarios.

«¡As Salem Aleikum! ¡Ah! ¡Eres tú, Fazul el Comorano! Te buscan por

todas partes, dicen. Han puesto precio a tu cabeza tanto los americanos como sus lacayos. Tu foto está pegada por todas partes. ¡Ah, miserables! ¿Cómo pueden ignorar que solamente Alá el Caritativo tiene el poder de llamarte cerca de Su magisterio?»

«¡Ahlan! Mi nombre es Abdousamad Darwish. Ya no tengo nacionalidad. Soy un combatiente musulmán, eso es todo. Ayer mismo, los Cruzados y los hijos de Judea salieron huyendo de nuestros misiles.»

«¡Y tú, Ahmet Hamza, hijo de Asmara, dicen que tú eres un partisano de la primera hornada! ¡Wa Allahou Alem! Tu fama se ha extendido más allá de las fronteras de Eritrea. Entra, hermano, siéntate en este cojín.»

«Yo era el lugarteniente de Dzhokhar el Checheno. Tomé el mando de los hermanos que pusieron en desbandada a la armada abisinia pagada por Washington. Los echamos de Mogadiscio y de Baidhabo con la ayuda del Virtuoso. Ogaden pronto será liberado. ¡Allahou Akbar!»

«¡Paz para los mártires! ¡Que sus acciones ejemplares subleven a otros hermanos!»

«¡Radiantes, ellos han alcanzado el Paraíso!»

«Amén.»

No existe un único tipo de resistente, como se esfuerza en proclamar una y otra vez la prensa gubernamental. No olvides, ¡oh serpiente de las arenas!, que lo sabemos todo porque nos lo hacen llegar todo hasta aquí. La resistencia tiene mil caras, como la noche de las mil y una estrellas. Su nacimiento fue espontáneo, pero su victoria largamente estudiada. Al principio, es cierto, hubo improvisación y desunión en el seno de nuestros combatientes. El fuego ardía en nuestras filas y necesitamos tres largos años para depurar a nuestros efectivos de los elementos dudosos, de los eunucos, los débiles y los judas. Alá el Vengador no podía abandonarnos a ese penoso estado, atrapados entre el pedregullo del desierto y los cañones de nuestros enemigos.

Surgió un hombre, llamado por el destino, que pronunció las palabras esenciales. Tomó el mando de un pequeño grupo casi diezmado por las balas de los prevaricadores. Juntó a su alrededor a un puñado de hombres. Pactó con otros grupos al borde del desánimo. Cerró nuestras líneas, volvió a tejer los lazos, instauró las normas de higiene y las consignas exactas. Gracias a su valentía, conoció sus primeras victorias con la espada en la mano. Y

enseguida multiplicó las emboscadas, las escaramuzas y los sabotajes. Lanzó ataques frontales en pleno día. Con este nuevo tipo de muhaidines los prevaricadores ya no supieron qué estrategia adoptar. Inspirados por Satanás, escogieron la peor de las tácticas. Pagando grandes sumas extra de dinero, contrataron a soldados infieles y pactaron con potencias extranjeras, que no son más que el brazo armado del Vaticano y de Israel. Atrapados por el miedo, mostraron su auténtico rostro a la Comunidad de creyentes. Fue un momento crucial. Se nos unieron nuevos reclutas, no sólo jóvenes desorientados, como se ha dicho a menudo. También batallones de hombres maduros que habían entrado en razón, padres de familia animados por su imam e incluso algunos ancianos con buenas piernas. Todos ellos eran conscientes de que una nueva era se abría ante nosotros y querían ser los artífices del cambio. Querían abandonar la *Jahiliyya* [13], los tiempos de antes, y seguir los caminos de nuestro Oloroso Profeta Mohamed, que su nombre sea por siempre loado, y el de sus Compañeros.

El libro de Ben

> ... el sendero de los olivos, ¿sería por fortuna tu última morada? En todo caso, es lo que yo habría elegido si me hubiera encontrado en tu lugar, si me hubiera perseguido la Gestapo. Durante los años de exilio, habríamos encontrado otras moradas, otros lugares de retiro para ti, Ben. Buscando bien, te vería perfectamente escondido en un pueblo andaluz, achicharrado por el sol; en el lecho de un río seco en Arizona; en una aldea, en el corazón de Guadalupe, atormentado por los dioses africanos. Cada vez que te veo en sueños, ahora que por suerte ya no estás en este campo de reclusión, mi corazón vuela hacia este sendero de los olivos. No lo puedo evitar, es más fuerte que yo. Cuando estés acostado sobre la tierra de los hombres, podrás apreciar, como lo hago yo, las tormentas y los torrentes que han allanado el lecho del *oued*[14] hasta delante mismo de mi cuerno africano. Para mí es algo evidente: es aquí donde yo dejaré mi pellejo. La tierra rocosa me acogerá. Dispondré de un pequeño agujero verde a mi medida en medio de este océano de piedras. Los días y las noches seguirán su curso. Dicen que al nacer el espíritu conoce a su envoltura. Muriendo, se une a la tierra.

Rebelión en el desierto

Cuaderno nº 3. Sábado 7 de octubre. Mediodía.

Abchir, Djamal, Abdelaziz al-Afghani o Mohammed ibn Albani, qué más da su nombre. Hay que rendirse a la evidencia: siempre se trata del mismo peón, teledirigido por grupos sin rostro que trabajan al estilo de las multinacionales ocultas. Pero, ¿de dónde viene el fuego? ¿A quién le beneficia el incendio? Estas preguntas legítimas, no obstante, están más allá del estricto marco de mi investigación.

De un rincón a otro del planeta circulan lazos subterráneos muy antiguos. Nos concierne a nosotros, soldados rasos de la investigación, atar los cabos sueltos y mostrar la gran trama que esconden. El incrédulo únicamente percibe lo superficial en todo acontecimiento. Con miedo o con indignación, va de sorpresa en sorpresa. Me he enterado, con estupor, de que se ha producido una insurrección en el corazón del dispositivo internacional en Dubái. ¿Habrá sido fruto de una acción planificada o un arranque espontáneo? Pronto lo sabremos. Mientras esperamos, todo el mundo se pregunta: ¿quiénes son esos hombres que se sublevan y luego se escapan de este campo del fin del mundo? Estos hombres que llevan consigo a un prisionero, le proporcionan algunos puñados de arroz con aceite a fin de cebarlo y poder, el día oportuno, tomar su carne para escapar de la muerte que está al acecho. ¿Quiénes son? Los parias del golfo Pérsico, como se les denomina en la prensa desde que el Newsweek publicó un incisivo reportaje, la cara oscura del brillante capitalismo. Millones de seres procedentes de la India, Bangladesh, Sri Lanka, el Cuerno de África o Filipinas, están construyendo con toda la fuerza de su propio sudor las torres futuristas que convierten a Riad, Bahréin o Dubái en la vanguardia del mundo kitsch. Estos hombres, sumergidos en el eterno invierno de la esclavitud moderna, se rebelaron hace algunos días contra las condiciones de trabajo que les imponía su jefe de obra. Le mataron, y ahora corren el riesgo no de ser deportados, sino de morir. Tuvieron que huir. Pronto se van a unir a otros hombres en el desierto. Galvanizados, azuzados por las prédicas, vestidos de blanco, se van a lanzar al

asalto de las torres verticales, de los palacios de cristal y de las islas artificiales que reproducen inútilmente la edad de oro de la desaparecida Andalucía.

Ya no se trata de rumores. Nuestros servicios confirman que estos hombres vestidos con largas túnicas blancas están ya ahí y la mayoría de ellos están disponibles. En este tipo de decisiones no es la cantidad lo que cuenta. Están aquí porque en Dubái, en Tánger o Yibuti está en juego lo mismo: cortar el corazón de ese mundo corrupto, arruinar sus cimientos, echarlos a las llamas y precipitar el advenimiento de un mundo más sano, más sobrio, devoto por entero del Libro supremo. Este ansiado mundo no es una ilusión, una utopía sin futuro, repiten. ¡Es un mundo que existió y que consagró toda su energía a adorar a Alá y únicamente a Él! Por la voluntad de Alá —sea loado el Altísimo, pregonan los faxes enviados a distintas redacciones—, este mundo bendecido volverá. Estos hombres sólo esperan la señal, de ahí también la urgencia de mi investigación. Está claro que yo solo no podré detener esta maquinación. Sólo soy un peón insignificante en un asunto con ramificaciones a nivel mundial que relaciona zonas de pobreza con oasis de abundancia, creyentes auténticos con redomados criminales. Parte del Cuerno se bifurca en el corazón de África, se dirige a las rutas marítimas, a los bancos occidentales, a las oficinas norteamericanas, se abreva en los Urales y las monarquías del petróleo del Golfo antes de terminar su recorrido en diversos paraísos fiscales.

He hecho bien en no desanimarme. Mi primer informador me ha puesto sobre la pista de la misteriosa francesa. El testimonio de Abchir me ha hecho ver la antigüedad del proyecto de desestabilización. Me las tengo que componer con la psicología de la gente del lugar, marcada por el miedo y el rumor, que se cultivan a ambos lados del mar Rojo como algunos cultivan el ñame o la adormidera. Por primera vez desde que llegué tengo un motivo para estar orgulloso de mí.

Well done, Djib! Bien hecho, Djib, ¡bravo!, me decía para animarme a mí mismo.

Sin.

¡Oh Charlatán de mis insomnios!, escucha la continuación de la historia.

No se había visto nunca antes en esta región una juventud como la que nosotros formamos. Asistentes de calidad y lectores limpios de cualquier tipo de contaminación parental o, peor aún, extranjera. Penetran en las palabras hasta su raíz con sinceridad y luchan por conquistar el espacio que el Texto sagrado perdió en las tinieblas de los regímenes corruptos que practican la mentira y la hipocresía, desde Argelia hasta Yakarta.

Hemos empezado la caza de esas octavillas, de esos libros de ficción destinados a erosionar nuestra memoria, de los relatos que se burlan de los fundamentos de nuestras tradiciones. No sonrías, amigo mío, sabemos que estas obras, que estos periódicos, estos libros de poesía no nos han llegado por propia voluntad. Son los agentes de la contaminación, los soldaditos de plomo del orden impío. No me olvido de que nuestro enemigo no ha abandonado las armas. El Occidente cristiano y sus maniobreros judíos no van a retroceder frente a ningún obstáculo. Consiguieron someternos porque de entrada consiguieron dividirnos en distintos grupos, tribus y clanes. Mejor aún, encontraron traidores en nuestras mismas filas. Pero nosotros ya hemos empezado a desbaratar su diabólico plan.

De ahora en adelante, nuestra salvación es nuestra fe. Y nuestra fe nos proporciona nuestra fuerza. No tenemos nada que ver con esa gente amante de la risa y la malicia. Tenemos que actuar como si no existieran aunque todavía estén en este mundo. Nuestros hijos no les van a dejar ni un hilo de aire que respirar si continuamos, con la ayuda del Deseable, con nuestro impulso. Nuestra victoria será completa, solamente es cuestión de unos meses. ¡Lo puedes escribir en negro sobre blanco y anunciarlo al mundo entero! Saborearemos la leche y la mirra del Paraíso.

Nuestros enemigos, presa del pánico, ya se están dispersando por los cuatro rincones del globo. Nos han comunicado que los sultanes de Assab y de Obock se han refugiado en cancillerías extranjeras. Los más afortunados encontraron en las capitales occidentales un reducto acorde con su honor. Hemos prometido la Nueva Vía. Vamos a hacer posible la Nueva Vía con la

ayuda del Inmanente.

¡Estad dispuestos, soldados de Alá! Agudizad la vista, escuchad detrás de las puertas, descubrid lo que se cuece en la intimidad de las habitaciones. Os van a llegar sin ningún problema las primeras señales, divulgadas por la multitud de los combatientes. Por lo que respecta al resto, hay que armarse de paciencia tal como lo exige nuestro Santo Profeta. Vamos a conseguir disolver a nuestros enemigos del mismo modo que la sal disuelve el hielo.

¿Puedo hacerte una confesión? Murmura mi venerable Maestro volviéndose hacia mí. Jura delante del Misericordioso lleno de misericordia que la guardarás por el momento en la caja fuerte de tu corazón.

Decididamente, su confianza alcanza límites que me hieren.

Él continúa con su diatriba. Los preceptos de nuestro programa están guardados, susurra, sobre papel de seda, encuadernados en un lujoso volumen con iluminaciones a la gloria del resplandor divino. Este libro lo tendrás en tus manos en un futuro próximo para que lo puedas mostrar a los otros hermanos, Dios mediante. Te he dicho todo lo que tenía que decir. Ha sonado ya la hora de la *yihad*. Diles a nuestros combatientes del exterior que se levanten. Da la señal. Diles lo siguiente: «Id, con la espada al viento. Sois pioneros, valientes y valiosos. Expulsaremos a los infieles y a los lacayos. Nuestras filas son cada vez más numerosas gracias a los refuerzos que vienen desde muy lejos. De las profundidades de la selva ecuatorial, de Ruanda, del Congo, de Angola, gente común y corriente se convierte en masa y sigue las huellas de los Salafs, nuestros piadosos predecesores, ¡que Dios los bendiga! No hay nada que se resista a nuestra voz de alarma. Con la ayuda del Justo, construiremos en todo el Cuerno de África un estado islámico unificado. Sólo es cuestión de tiempo...»

El libro de Ben

> ... Ben, no hay nada que te guste más que unir fragmentos para explicar historias, encadenando unas historias con otras como en los palimpsestos de los tiempos medievales. Pero tus historias son difíciles de ordenar y clasificar. Vas a dejar tu huella en la memoria de la gente. ¿Tal vez algún día la suerte o un milagro resucitará el relato de tu vida? Tal vez un testigo tan lejano como yo pondrá sobre el papel las miserias de tu existencia, fragmentos de tu vida. Tú, Walter Benjamin, huyendo del orden germánico del tercer Reich, abandonando París contra tu voluntad. Te llamo Ben desde siempre sin saber por qué. Durante

mucho tiempo me pregunté de quién había sido la descabellada idea de ataviar a un burgués judío con un nombre tan ridículo como Walter. Seguiré llamándote Ben por comodidad. Si todavía dispongo de suficiente papel, voy a desenrollar un poco más el hilo de tu vida mesiánica durante los próximos días. Se me ha ocurrido que podría adornarlo todo con pequeños dibujos, garabatos y manchas de tinta. Todo el mundo sabe que coleccionabas libros antiguos, obras valiosas, incunables iluminados o no. Yo intento iluminar mi pequeño cuaderno a mi modo y con los medios de que dispongo.

En fin, conversando de esta manera contigo, intento poner orden a mi propia historia, que está llegando a su término en este presidio del fin del mundo. Volviendo al pasado, emerjo de un sueño interminable del cual no consigo liberarme por completo. Tengo que darme prisa, porque nadie sabe cuándo me tragará el abismo ni dónde ni cuándo me escupirá. Tal vez en el corazón de este presidio que se derrumba con el paso del tiempo. Un presidio construido con piedras de basalto y con tejado de bambú. Aquí todo es de piedra. Las gentes del lugar tienen la sabiduría de la piedra enclavijada en el cuerpo. Las piedras almacenan el calor y poseen dones secretos de curación. Cantos pulidos para aliviar el reumatismo, granos de arena para los dolores intestinales. Arcilla para las embarazadas y para los cuidados de la piel. Pequeños guijarros minuciosamente alineados para barrerle el paso a la mala suerte.Tortas que simbolizan la recuperación de la memoria. Rocas que protegen de los rayos. Copos lapídeos, un remedio milagroso muy apreciado por los asmáticos. Formaciones rocosas en honor a los dioses. Monolitos, estelas, tumbas que abren el camino hacia la eternidad. Aquí todo es piedra. ¡Ah! No debo olvidarme del presente. El presente se limita de momento a mi cría de liebres. Cría es una palabra excesiva para referirme a esos animalitos que van y vienen a su aire. Se restriegan contra el muro de mi calabozo, que está por derrumbarse. En este mundo en ruinas, moldeado por las tinieblas, estos animales son mi acicate, mi horizonte. Las liebres tienen mucha paciencia y yo me esfuerzo tanto como puedo en imitarlas...

Qué extraño este narrador encerrado, él también, en un calabozo, su suerte tan parecida a la mía, cercana a una muerte cierta. No obstante, todo nos confronta y no le tengo lástima.

La hora de la verdad

Cuaderno nº 4. Sábado 7 de octubre. Tres de la tarde.

La francesa ha hablado sin ningún problema. Estaba dispuesta a responder a mis preguntas. Dicen que la verdad emerge progresivamente, como burbujas de oxígeno subiendo lentamente desde el fondo del receptáculo de la conciencia. Cuando me he acercado a ella, he notado enseguida las olas de calor de su energía. Tiene las pupilas de un tono marrón muy claro, tirando a avellana según como les dé la luz. Había restos de carmín en sus labios. Movía la cabeza a un lado y a otro reflexionando largo rato, tomándose su tiempo, como si las palabras le llegaran por otro canal distinto al del oído. Luego respondía, tomándose de nuevo su tiempo, aclarando que su historia no tenía nada de extraordinario. Pero esta aparente modestia era debida a un condicionamiento oculto, no a un secreto. Estaba impaciente por soltarse. Yo no he hecho más que transcribir su testimonio en mi cuarto cuaderno, nuevo a estrenar. Nos encontrábamos en el patio que para esta ocasión habían alquilado mis delatores, a la sombra de las adelfas.

Mi instinto me decía que tenía que dejar hablar a la francesa convertida al Islam. La he escuchado mientras desgranaba el tortuoso relato de su vida, tanto en París, como en Yibuti y en la región de Tadjourah. Sin tener que esforzarse demasiado, me proporcionó el nombre de su salvador, el hombre que le propuso tomar un billete de avión con destino al Cuerno de África, el que la acogió y la acompañó en su recorrido como novicia.

Desde que él le hizo jurar sobre el santo Corán se sentía una persona distinta, me confió con una tímida sonrisa.

¿Quién es ese hombre misterioso capaz de enternecer el corazón de esta mujer? ¿Por qué el azar la ha puesto en mi camino?

Tendría que contentarme con este resultado. Los delatores, muy bien pagados por sus servicios, hicieron su trabajo. Denunciaron a la francesa. Ella, a su vez, me habla de este hombre que le habría salvado la vida. Pero aquí hay algo que no veo claro. ¿Por qué tantas prisas? No cantemos victoria todavía. Confieso que me resulta interesante el caso de estas mujeres extranjeras

reclutadas por grupos criminales porque se muestran más decididas que los hombres, pueden ir más lejos sacrificándose y entregándose a sí mismas. Por lo menos esto es lo que nos repetía nuestro psicólogo de la *Adorno Location Scouting*.

Shin.

Y bien, cangrejo, estamos acercándonos al objetivo. ¿Serás tan valiente para llegar hasta aquí, para compartir nuestra misma suerte aunque sea durante unos minutos, y saborear los placeres del calabozo? Ah, no, olvidaba que la generosidad no es tu principal cualidad. Además parece que te haces llamar Djib. ¡Es el colmo del ridículo! ¿Tanta vergüenza te da tu auténtico nombre como para llegar a eso? Djibril. En homenaje al ángel Djibril, el Enviado de Dios. Nadie puede salir vivo de semejante afrenta.

¿Cómo conocemos nosotros, prisioneros en la periferia del mundo, todo lo que sabemos sobre ti? No hace falta que te rompas demasiado la cabeza. No te queda ya mucho tiempo. De entrada tienes que saber que la noción de periferia es ilusoria, en este mundo que está totalmente conectado con Dios, que depende de la palabra de Dios. La periferia es una gran ilusión. Sea donde sea que uno se encuentre, aunque sea lo más lejos que puedas imaginar, el centro del mundo es allí dónde uno está.

Lo sabemos todo de ti y actuamos desde este presidio transformado en fortaleza. Si tuviera ganas, saldría a tu encuentro para aclarar las cosas y decirte que fui tu hermano en el pasado. Que compartimos el mismo hogar durante diecisiete largos años. Que tú y yo, tan distintos, saliéramos del mismo vientre con veinte minutos de diferencia, me deja perplejo. Doy gracias al cielo por haber separado nuestros caminos lo bastante pronto. Tú eres como un corcho que se lleva el río, una brizna perdida en la superficie de las cosas. Ni siquiera sabes dónde pones los pies. Y crees que tus aparatos de fotografía, tu trabajo de mercenario y de pirata informático te van a abrir el camino del éxito. ¡Cuánto te equivocas, hermano mío!

En otra vida habría soñado con escribir poemas patrióticos y relatos periodísticos hablando de la política en el Cuerno de África para abrirte los ojos. Pero hoy ya no es así. Afortunadamente la Providencia decidió otra cosa y durante cinco largos años perfeccioné mi educación teológica cuidándome bien de no dar señales de vida, cuidándome bien de no escribir más que los sermones de mi venerable Maestro. A decir verdad, nunca pude encontrar

trabajo en este maldito país. Nada que pudiera atar los dos cabos. Nada que pudiera concederme la ilusión de la independencia económica. En el instituto, de donde me expulsaron por insubordinación en la clase de segundo, el supervisor se comportaba como un jefecillo sin dios ni ley y se llevaba a la cama a las chicas de quince años. Pero tú debiste pasar por alto este episodio, puesto que estabas concentrado únicamente en tus amados estudios. Yo estudié solo y me presenté dos veces, sin éxito, a los exámenes de bachillerato en convocatoria libre. No merecí ni una sola palabra de apoyo por tu parte, o por lo menos no tengo ningún recuerdo de ello.

Te fuiste sin decir nada a nadie. Ni siquiera a nuestros parientes enfermos, que murieron dos años más tarde. Ni a mí. Lleno de rabia, empecé a robar. Estaba desesperado, pero Alá el Desinteresado dispone de inagotables reservas para consolarnos, para aliviar nuestros dolores y nuestras frustraciones. Me gané el respeto de la gente de mi entorno y mi *zebiba*, la mancha negra sobre la frente, a fuerza de genuflexiones, a fuerza de rezar al Omnipresente. Subí de categoría para convertirme en el escriba de mi venerable Maestro. Conozco a muchos que ya no esperan nada de este mundo. De ahí a romper los muros no hay más que un paso, muy fácil de dar, en estos tiempos tan faltos de esperanza.

¡Oh tú, el descreído de mis pesadillas infantiles! Tengo el placer de anunciarte que el joven que te va a degollar como a un cordero ya está preparado. Sólo espera la señal de mi venerable y piadoso Maestro. Una simple indicación con la mano y nuestro mártir cumplirá con su tarea aunque tenga que arriesgar su vida. Yo no haré nada para detener la máquina, sino todo lo contrario. Al marcharte hace quince años y abandonar a tu familia que tanto te necesitaba sin ningún pesar ni remordimiento, tú mismo escribiste este funesto decreto. Cuando ya no pertenezcas a este mundo, entonces por fin estaré tranquilo, ya no tendré que buscar tu sombra a mi lado como todavía hago en momentos de debilidad o en mis pesadillas.

Quiero que sepas que el joven que tiene que degollarte se encuentra en una excelente disposición. Acaba de casarse en una de esas bodas colectivas que los dos o tres hombres más ricos del país han organizado en el gran hotel Sheraton, justamente el hotel donde te alojas. Unas treinta parejas han asistido a la ceremonia, con bendición, plegaria, música, dos trozos de pastel y dos

alianzas chapadas en oro. Ni que decir tiene que nosotros condenamos estas bodas falsamente caritativas. Todo el mundo sabe que no son más que un subterfugio para tranquilizar la conciencia. Una hábil manera de apaciguar la cólera de los furiosos. Pero no le podíamos negar estos momentos de felicidad a nuestro valiente mártir. Está listo para honrar su misión. Ya ha grabado su testamento en DVD, con las suratas y los versículos en honor de los elegidos, de los mártires Al-Shabab Almoudjahiddin...

El libro de Ben

> ... Ben, esta noche has dormido en un claro. Bastante mal, por cierto. Has tenido la suerte de poder escapar del campo de retención donde habíamos vivido juntos durante tres semanas. Allí había muchos judíos extranjeros, disidentes alemanes, comunistas de la resistencia e incluso algunos síganos. Al principio, tu aspecto era lastimoso. Pero se produjo un milagro. En pocas semanas recuperaste el pelo. De todos modos, tu semblante seguía taciturno. ¿Fue en Marsella donde abandonaste a tu amigo de Frankfurt, Siegfried Kracauer, tartamudeando más de lo habitual, presintiendo que la jauría nazi os estaba pisando los talones? Debió suceder a finales de marzo, o principios de abril del 40. Un poco más tarde, en Lourdes, le perdiste definitivamente la pista a tu hermana Dora. ¿De quién fue la culpa? Habías soñado tanto en París, en aquellas pequeñas habitaciones de huéspedes, en los ruidosos cafés y en la biblioteca nacional, en la calle Richelieu. No había ni un minuto que perder. Tenías que partir. Hacías bien en no querer mirar por el retrovisor: no sirve de nada poner el dedo en la llaga, hay que avanzar. Tentar al Diablo...

Sí, hay que avanzar. No es fácil cuando se tienen los pies atados a grilletes y por compañía a un viejo impotente y persuasivo. Djib, él tampoco podrá avanzar. Y no tendré ni el valor ni la oportunidad de volverle a ver. Es mejor así.

La fragancia de mi madre

Cuaderno nº 4. Domingo 8 de octubre. Al amanecer.

Hoy será mi último día de investigación, si todo sale bien. No he parado de moverme durante toda la noche por entre las sábanas. Y ahora que tengo que irme, siento un profundo malestar, un dolor en el bajo vientre, una presión brutal. ¿Será una última señal de mis antepasados, del más importante de todos ellos, el abuelo Assod? Murió cuando yo tenía ocho años. Su muerte me lanzó al mundo de los adultos sin miramientos. Corté enseguida el cordón umbilical que me unía a mi «hermanito». Me convertí en un chico solitario, contemplativo. Sólo David consiguió consolarme con sus palabras.

«Voy a decirte algo. No tienes que hablar con nadie. Ni siquiera con tus parientes. Con nadie, ¿de acuerdo? Tu abuelo no ha muerto. Ha regresado allá arriba con mis abuelos. Nos acompañarán dondequiera que vayamos si piensas en ellos con todas tus fuerzas. Así que no debes hablar de eso con nadie. Con nadie. Es nuestro secreto, ¿entendido?»

David puso en orden las ideas. Nunca he dudado de la presencia de mi abuelo a mi lado. He encontrado de nuevo su sonrisa. Conspirábamos juntos, una vez más, a espaldas del mundo. Corríamos por todas partes, con las manos enlazadas como los enamorados de las películas.

Sé que los recuerdos modifican las realidad que los produjo, pero creo que estoy en lo cierto cuando imagino a David y al abuelo Assod como una sola y única persona. O, para ser más exactos, la voz cristalina de David recubriendo progresivamente la cavernosa voz de mi abuelo. Su legado es el bien más preciado, al que no renunciaría por nada del mundo. Sus rostros, sus olores y sus palabras permanecerán en mi memoria incluso cuando llegue para mí el tiempo del juicio final.

Sé, en lo más profundo de mí, que no me voy a escapar como lo haría un ladronzuelo, que no me voy a poder ir así, tan fácilmente. La patria, la familia,

el pasado se pegan como la masilla, te siguen dondequiera que vayas. Sé que no voy a poder escapar de este avispero tan rápidamente. Presiento que algo imprevisto tiene que suceder. ¿Pero qué?

Después de la muerte de mi abuelo tuve que afrontar la desaparición de David. Entonces no comprendí la traición de mi mejor amigo, a quien en esa época amaba más que a mi propio hermano. No hace mucho conseguí poder levantar un poco el velo. Investigando en los libros y buscando en los informes secretos, descubrí la historia de su comunidad en nuestro país, los motivos de su presencia aquí.

En agosto de 1949, en la otra ribera del mar Rojo, treinta y cinco mil judíos yemenitas fueron apiñados en un campo previsto para tres mil. Los últimos judíos abandonan el Yemen y la península arábiga después de dos mil años de cohabitación con los musulmanes. Se dirigen a Israel. La prensa de la época afirma que, debido a un decreto coránico, la península no debe de estar manchada con su presencia por más tiempo. El rumor crece y los ánimos se caldean. En Yibuti, la minúscula comunidad israelita, también de origen yemenita, sigue los pasos de sus hermanos, con sus escasas pertenencias a los hombros, vendiendo a cualquier precio sus pequeñas y oscuras tiendas en beneficio de los grandes comerciantes árabes del lugar, que se enriquecen a consecuencia de este éxodo.

Mi amigo David pertenecía, lo supe antes de ayer, a esta minúscula comunidad, que contaba con unos doscientos miembros, desaparecida desde entonces. *David* es la versión afrancesada del nombre de su abuelo Dawoud Yosef, enterrado en Jerusalén. Apellido: David. Nombre: Ilan. Nacido el 27 de mayo de 1971 en Yibuti. Hijo de Françoise David, peluquera, domiciliada en el nº 42 bis de la calle de Roma. La madre de mi mejor amigo nació en Israel, pero se fue a Francia enamorada de los bellos ojos de un francés, y luego a Yibuti, incapaz sin duda de resistirse, como yo mismo, a la llamada del país, a la tierra de los antepasados. David nació aquí. La copia del certificado de la partida de nacimiento que descubrí en el ayuntamiento no menciona la identidad del padre, pero un día u otro debió de darse a conocer y envió a mi amigo un billete de avión para París. Estoy convencido de que al abandonar Yibuti en 1979 él no sabía nada de la historia de los judíos yemenitas del país de su infancia. No sabía cómo sus antepasados llegaron

hasta aquí, ni por qué partieron como un solo hombre, ni tampoco por qué incendiaron la sinagoga después de su partida. Por lo que respecta a mí, me pregunto por qué nosotros llamábamos a mi amigo de la infancia por su apellido en vez de por su nombre. Es un misterio.

La bruma del pasado recubre los paisajes de mi infancia. La vida se encargó del resto. David se fue. A mi hermano no le he vuelto a ver desde los dieciocho años. Supongo que él también debió buscar desde su tierna infancia una mirada, una atención que le proporcionara el sentimiento de existir. Lo supongo, aunque en realidad no sé nada de él. No he tenido noticias suyas. Sólo puedo hacer suposiciones, reconstruir su trayectoria a partir de fragmentos de información que he ido recopilando posteriormente. A los diecinueve o veinte años, mi hermano se juntó con otros hombres fascinados por el camino de los fanáticos egipcios. Estos últimos encontraron refugio en las cuevas del Alto Egipto. Allí nació, por lo que parece, un movimiento religioso, antes de dispersarse por el mundo. Lo fundó en 1971 Moustapha Choukri, un agrónomo egipcio curtido en las prisiones del país. Su nombre es «Anatema y Exilio», o *Takfir wal Hijra*. Su doctrina: ruptura radical con la sociedad musulmana, calificada como «infiel». Su objetivo: reencontrar por todos los medios posibles la pureza de los primeros musulmanes. El movimiento no cesó de prosperar sobre los despojos de la sociedad egipcia, y su mentor no cesó de ansiar la llegada de la resurrección de los muertos. Mi hermano conoció a otros maestros que veneraban el camino ejemplar de Moustapha Choukri. Se relacionó con grupos como los del famoso Ramadan al-Turki, que operaba en el sur de Somalia y en la comunidad musulmana de Kenia, pero ninguno de ellos fue tan radical ni tan violento como Takfir wal Hijra. Mi hermano cambió varias veces de guía, de turbante y de frente. He podido seguir un poco sus peregrinaciones recortando las notas de los servicios de información y los foros teológicos que muy pronto invadieron internet. Junto a sus compañeros de los primeros tiempos, se dedica a propagar las enseñanzas de los primeros creyentes, revelando y divulgando lo que a sus ojos fue una auténtica gesta, que permaneció oculta durante mucho tiempo. Mi hermano siguió también a otros grupos de los cuales no sé absolutamente nada, hasta que volvió, hace dos o tres años, al país que le vio nacer y que no pudo conservarle a su lado.

Sad.

Cuando te llegue el momento de cruzarte con nuestro valiente mártir, no quisiera encontrarme en tu lugar. Parece que al principio se tiene miedo a morir, y luego, una vez pasada determinada fase, se tiene miedo de no poder morir en el campo de batalla. Miedo de la agonía. Esto es lo que cuenta mi venerable Maestro que conoce la materia por haber formado parte, él también, de una legión de mártires. No está en activo desde hace decenios, desde el tiempo en que frecuentaba los *djebels*, los maquis y las grutas a la manera del valiente emir Ibn Saoud, pero no se ha olvidado de todo ello. Desde que una granada le dejó sin vista, ve el mundo a través de un velo del color de la sangre. Rehusó con serenidad la libertad que le ofrecieron las autoridades, que jamás rompieron los contactos con nuestro CG instalado en Doha. Rechazó por dos veces sus ofrecimientos, presentados con motivo de la Aïd el Fitr. «Matadme, si os apetece», declaró, añadiendo enseguida que ¡sólo Alá tiene el poder, y no vuestro tirano!

Confieso que todo esto me cansa. Tengo que reconocerlo, ya no estoy tan motivado como antes. Mi Maestro es persuasivo, manipulador hasta lo indecible. Me pregunto si en realidad no detesto a ese viejo hombre en lo más profundo de mí, si no añoro mi libertad de movimientos. Yo entonces era joven, pobre, estaba furioso y frustrado, pero por lo menos era libre. Libre de ir y venir, de fumar un cigarrillo o de mascar *khat* con los amigos de mi barrio. Libre de piropear a las chicas en la calle o de guiñarles un ojo. No tenía ni unas monedas en el bolsillo para invitarlas a tomar algo, pero por lo menos podía meterme un poco con ellas.

No hay que añorar el pasado. Todo está en manos del Arquitecto. Todo lo que nos sucede es una prueba deseada por Él. Ahora soy un viajero inmóvil. Me paso horas enteras observando el rostro de mi Maestro, más seco que un *oued* sin aguacero, más calmado que un oasis. Con cada respiración, el pecho y la parte alta de su cuerpo se alzan y luego descienden estrellándose como las olas contra las rocas. Yo vivo al ritmo de este oleaje. La salud de mi amado Maestro es precaria. No es más que un corcho zarandeado por las olas.

Al poder observarle así durante horas, alcanzo un grado de concentración

tan intenso que se acerca al trance. Estamos unidos el uno al otro en el balanceo de sus pulmones. Día y noche, somos el vaivén del mar. Somos el silencio de la piedra. Rezo solo, un poco apartado de mi Maestro. Pero cada vez estoy más distraído, cada vez le siento más lejano, presto menos atención a sus comentarios, a sus misivas, a sus monólogos y a sus discusiones con otros *ulemas*[15] sobre tal y cual versículo, tal o cual *hadith*[16] . Cuando no estoy acariciando mi rollo de hojas, me pierdo a veces en mis sueños y peco de pensamiento. Después de todo no soy más que un diminuto ser humano, un gusano comparado con mi Guía. Sueño con el cuerpo de una mujer. Tengo hambre de caricias, sed de besos. Lanzo suspiros y gemidos como en un orgasmo. El Maligno me ha echado el ojo encima. Ahora sólo puedo esperar que el jabón lave mis pecados. Porque el Maligno, por su parte, me anima a seguir mis acciones, mis divagaciones culpabilizadoras. Sueño a menudo con amplias ofrendas diáfanas esparcidas sobre muslos carnosos. Sueño con carnes acariciadas, poseídas, amadas y, en el acto, abandonadas. Sueño con pezones rojos como la uva, grupas suaves, sexos afeitados, vulvas entreabiertas. Estoy enteramente concentrado en mi placer solitario.

Mi rabia aumenta. Mi rabia te ha encontrado, o más exactamente, tú has venido a su encuentro. No tenías que meterte en mi camino. No tenías que abandonar vilmente a los tuyos como hiciste hace quince años. No tenías que volver de nuevo a los lugares donde perpetraste tu crimen para entrometerte en la memoria de tus parientes. No tenías que despertar a los fantasmas del pasado, ex hermano mío. Pero por encima de todo, no tenías que haber trabajado para esa gente. Mi venganza no quedará en papel mojado.

El libro de Ben

> ... Hizo frío, pues, en la montaña, ese 25 de septiembre de 1940. Temblabas porque no tenías ropa de abrigo. Sólo tu traje gastado, una camisa blanca no muy limpia, un pantalón de antracita y calzado más que usado. Por la tarde todos partíais al asalto de la montaña, a inspeccionar. Tus compañeros bajarían de nuevo a Banyuls-sur-Mer y subirían de nuevo al amanecer. Tú no tenías suficientes fuerzas para ello. Te dejan solo en la montaña. «No tardarán más de una hora, no hay peligro», murmuras tanto para tranquilizarles como para infundirte valor. Te deslizas debajo del cubrecama que te regaló Micheline Azéma, la mujer del alcalde de Banyuls-sur-Mer, y utilizas tu muy apreciada toalla a modo de almohada. Te cuesta dormir. Cuentas estrellas y recuerdas, como si rebobinaras la película de tu vida. Tus compañeros de camino se unen a ti con

las primeras luces del amanecer en ese fresco escenario. El bosque sueña todavía sumido en la bruma y el rocío nocturnos.

No tienes buen aspecto, pero te has puesto en movimiento, a pesar de todo, gracias a una energía subterránea. La energía de la desesperación, la energía de la serpiente que se afana en poner distancia entre ella misma y su piel muerta. Te pones en camino al amanecer. Sigues al trío a duras penas. Cada paso te arranca un trocito de corazón. Jadeas como una bestia de carga aplastada por el peso de un vagón de mercancías. Los compañeros, que habrían bajado rápidamente por la pendiente de la montaña, frenan su marcha. Hay que parar aproximadamente cada treinta metros por ti. Y tus piernas, Ben, flaquean, como si quisieran abandonar el atávico reflejo de la marcha, como si su movimiento estuviera trabado por una fuerza desconocida. Y continuas porque ésa es la consigna que repites en tu fuero interior, puesto que desde siempre los hombres reptan sobre la tierra, como orugas a la espera de la diáfana mariposa que llevan dentro. Todos estáis concentrados, con el semblante adusto, la cabeza sobre los hombros mientras amanece sobre Cataluña. Y en el puerto de Lisboa, vuestro segundo destino si todo sucede como es debido, tendrá lugar la subasta. Las voces de los vendedores de pescado se mezclan con el ruido de los camiones de los servicios municipales de limpieza. Los periódicos dan a conocer los grandes temas de actualidad, que pasan de moda en una sola noche. Los lusitanos se enredan en cómodas certezas, se acuestan a las diez permitiendo que el fantasma de Fernando Pessoa dé vueltas como los derviches de colina en colina. Tal vez la suerte te conduzca hasta el puerto de Lisboa y más allá, tal vez a Nueva York. Los esfuerzos de tus amigos Max Horkheimer, la pareja Theodor y Gretel Adorno, sin olvidar a Hannah Arendt, instalados de nuevo en la Meca, no serán en vano. Cuando la suerte os quiere sonreír, no hay nada que se le resista.

Sólo os falta atravesar el pequeño cuello de Lister, un paso de contrabandistas, con su bóveda de niebla. Únicamente tenéis que presentar vuestros documentos en la aduana española en Port-Bou. No es más inhumana que los perros guardianes de la Gestapo y los hocicos negros de Pétain. Cuando todo esto haya terminado, nada será como antes. Las anchas praderas americanas siempre han sabido alimentar a las cohortes de mendigos venidos de los cuatro rincones de Europa. ¿Por qué tendrían que negar su seno nutricio a un filósofo tímido y refinado, un humanista hecho a la antigua que conoce a su Proust, su Baudelaire y su Kant al dedillo?

Ben, tienes la sensación de vacilar a cada nuevo paso. Y el mundo entero vacila contigo. Te detienes, masajeas tu pecho y la mayor parte de las veces intentas, durante largos minutos, retomar el aliento. El pequeño grupo, compuesto por Lisa Fittko, una amiga de Berlín, así como Henny Gurland acompañado por su hijo José, a los que has encontrado en el camino, te imitan. Permiten que tu cuerpo regordete y jorobado disponga del tiempo suficiente para encontrar de nuevo el ánimo. No pronuncias ni una sola palabra. No pierdes la dignidad en ningún

momento. Os persigue una lluvia gris y sucia, o por lo menos eso piensas cuando miras, la mano a modo de visera, el camino recorrido. Detrás vuestro, en la hondonada, el pueblo de Banyuls-sur-Mer despierta bajo la llovizna. Es otoño, y los Pirineos oscurecen llenos de la melancolía de esa temprana mañana, estriada por los vientos marítimos. Hay que acelerar el paso, y es lo que hacéis sin mirar atrás ni un solo instante...

No derramaré ni una lágrima sobre el cuerpo de mi hermano, ni tampoco me dejaré llevar por la voz manipuladora de mi Maestro. Me quedan todavía estas pocas páginas. Me agarro a ellas, a estos trozos de papel descantillados. Me sobresalta el más mínimo ruido lejano, en este maldito calabozo, como le sucedía al viejo filósofo en su caminar por la cresta de la montaña. Me estoy perdiendo. Creo que estoy a punto de perder la cabeza.

Ver de nuevo a mi «hermanito»

Cuaderno nº 4. Domingo 8 de octubre. 11 de la mañana.

Denise debe dormir profundamente a esta hora. Allá es de noche. ¡Que duerma en paz! Ella me lo ha dado todo. Soy su hombre. Los días más felices que la vida me ha dado los he pasado junto a ella, con el libro de Walter Benjamin a mi lado y la música de Abdullah Ibrahim en mis oídos. Un pianista de su talla no toca para nosotros los humanos, no. Toca para los arcángeles y los serafines. Sus llamadas a la oración despiertan un aire fresco, surgido de lo más profundo del cosmos. Rivaliza con las plegarias de John Coltrane, las de *A love supreme*, grabadas en 1965, es decir, siete años antes de la canción de John Lennon *Power to the people*, y doce años antes de mi nacimiento.

Encontramos esta misma magia, esta misma exigencia de amor y de absoluto en los escritos de juventud de Walter Benjamin. Cada vez que la vida te enfrenta a momentos difíciles, es necesariamente reconfortante leer una página de *La infancia berlinesa* escuchando al mismo tiempo, como un suave murmullo, a Abdullah Ibrahim.

Nacido en el Cabo en 1934, clasificado como «mestizo» según las leyes del Apartheid, este artista abandona su auténtico nombre, Adolph Johannes Brand, después de convertirse al Islam en 1968. A partir de entonces su nombre será Abdullah. El servidor de Alá. Pianista, saxofonista soprano, flautista, violoncelista y cantante, siempre ha sido un músico maravilloso. Pero nada hacía pensar que estuviera predestinado a la categoría de sufí veloz.

Si Denise me salvó la vida, Abdullah Ibrahim me mostró el camino. Realmente no puedo decir que me convirtiera en alguien tan piadoso como él, pero ahora lo sagrado y la espiritualidad ya no me dan miedo. Un universo vacío y glacial, sin Dios, no es algo de mi agrado. ¿Un universo compuesto únicamente por campos magnéticos y polvos minerales, girando sobre sí mismo sin ningún propósito? No, es demasiado poco para mí. Prefiero las volutas, los entramados y los silencios de Abdullah Ibrahim. A cada uno su

camino, a cada uno su música, su destino. Comprendo ahora un poco mejor la trágica trayectoria de mi hermano. Él no tenía nada que perder. Ya estaba perdido, destrozado en su interior, como yo mismo, al perder el afecto de nuestra madre. Despavorido, buscó por todas partes unos ojos en los que verse reflejado.

¿Qué voy a hacer mañana si me encuentro frente a mi hermano aquí mismo, en este patio donde estoy redactando el testimonio de la francesa convertida al Islam bajo la batuta del denominado Aref? ¿Tendré el valor de abrazarle, de borrar con un golpe de varita mágica los avatares de la vida? Me lo pregunto, lo dudo, y no obstante continúo sondeando la misteriosa relación entre la francesa y su confesor Aref como si nada ocurriera.

Estoy nervioso. Aguzo el oído y afino los sentidos. Cada ruido arranca un trozo de mi corazón. Los dos ángeles de la guarda que llevé conmigo, ¿están vigilando ahí afuera? ¿Están ahí para protegerme o para traicionarme? ¿Para eliminarme si fracaso antes de desvalijarme? Siempre hay niños jugando en la callejuela de enfrente. Ningún ruido sospechoso que destacar por el momento. Ninguna señal que pueda iluminarme con la misma intensidad que mis terroríficos miedos.

Dhad.

Puesto que has regresado a Yibuti, seducido por el atractivo de las ganancias, puesto que deliberadamente has elegido tu campo, el de los judeocruzados, tu suerte tiene que ser sellada a esta hora.

Ayer por la tarde le dimos luz verde a Qays. Aceptó plenamente su misión. Estaba tranquilo, ausente de este mundo. No te preocupes, Djibril, no sentirás nada. Ni siquiera notarás el filo del puñal que te cortará el cuello, porque tú no has sentido nada en tu vida. No te envidio, falso hermano, te compadezco.

Vienes de América, el país de los eunucos. Caerás de golpe, te vaciarás de tu propia sangre durante el mayor tiempo posible. Nadie vendrá a salvarte. Te pudrirás en el vertedero público.

Ruego a Alá el justiciero para que guíe a nuestro joven mártir de Tadjourah, Qays, con el fin de que pueda cumplir serenamente su misión. No me preocupa demasiado. Fue Cheikh Aref, nuestro mejor reclutador en el país, quien le formó.

Por lo que a mí respecta, seré otro hombre mañana, pasado mañana, o un día ya próximo. Nuestros caminos no han tenido la ocasión de cruzarse por última vez. Tiene que ser así. *¡Allahu Akbar!*

El día que precedió a la noche

Cuaderno nº 4. Domingo 8 de octubre. Mediodía.

Es inútil taparse el rostro. Tengo miedo continuamente. Mi frente arde, el sudor empapa mis sienes. Tengo sofocos. Mis piernas y mis manos tiemblan. Todo en mí tiembla. Veo mi propio miedo reflejado en las miradas huidizas de la gente o en los silencios que caen antes del inicio del toque de queda, avanzado desde ayer a las seis de la tarde. No es la primera vez que me acosa, pero desde hace dos días tengo que admitir que ya no me abandona. Aunque haya vomitado todo lo que tenía en el estómago, se pega a mi piel como una camisa mojada. No quiero hablar con Denise, no por el momento. No me serviría de gran ayuda desde Montreal. Tengo que arreglármelas yo solo, resistir todavía veinticuatro horas. Si lo veo necesario, me iré al perímetro de seguridad de una embajada. El consulado francés y la embajada americana no están muy lejos de mi hotel. Cinco o seis minutos a pie.

Cuaderno nº 4. Domingo 8 de octubre. 12,30.

Por suerte el fax del hotel funciona bastante bien. Envío los primeros resultados de mi investigación a Denver vía e-mail desde mi ordenador. Después mando la confirmación por fax. Y si tengo tiempo enviaré un correo a Denise para tranquilizarla. Debe estar consumida por la inquietud, pobrecita. Finalmente podré marcharme esta noche, si todo va bien, o mañana como muy tarde. Soy consciente de que el más mínimo obstáculo en el último minuto puede ponerlo todo en peligro. Por tu cuenta y riesgo, me previno Ariel Klein, el abogado de mi jefe. Si me sucediera algo, no levantarían ni un dedo por mí. Peor aún, yo dejaría de existir a sus ojos. Soy un código desconocido, un programa caducado que haciendo un simple clic con el ratón se envía a la papelera.

Cuaderno nº 4. Domingo 8 de octubre. 12h. 35 minutos.

He llegado a la conclusión, después de varios cotejos, que este misterioso M. Aref es un agente con un pasado oscuro. Nacido en Tadjourah, este viejo sargento de la armada yibutí fue destituido debido a un sórdido asunto de corrupción a la edad de cuarenta y seis años. Tomó a su cargo a una multitud de jóvenes atraídos por la violencia o aliviados de poder abandonar las deprimentes filas del desempleo. Cruzó la carretera de Abchir antes de salir discretamente del país por Marsella, donde se casó, en segundas nupcias, con una comorana muy religiosa. Luego subió a París, donde entró en una mezquita del extrarradio frecuentada por elementos islamistas considerados radicales por los servicios del contraespionaje francés. Los esbirros de la embajada de Yibuti siguen de cerca sus movimientos. Es muy hábil persuadiendo y reclutando a los individuos más débiles. Los gamberros arrepentidos, los antiguos drogadictos y los artistas venidos a menos son sus víctimas más preciadas. Su perfil encaja con el testimonio de la francesa, a quien tomó bajo su protección al mismo tiempo que a un adolescente sin historia llamado Qays como el célebre poeta de los tiempos anteislámicos. Sobre este último, no se sabe gran cosa. Solamente que es un hombre sin historias. No tiene ni antecedentes ni está fichado. He podido saber ahora mismo que se ha casado hace poco con una chica de su mismo pueblo. Un millonario del lugar ofreció a una treintena de parejas una ceremonia colectiva que se llevó a cabo en un gran hotel y fue filmada complacientemente por las cámaras de la televisión nacional. Esta inmensa mascarada fue organizada precisamente justo después de la fiesta del Aid el Fitr. El tal Qays debe de ser un insulso o un fanático para prestarse a semejante comedia.

Ta.

¡Mi falso hermano! Voy a hacerte una última confidencia. Escúchala bien si te place y si todavía estás en este mundo. A decir verdad, no se trata exactamente de una confidencia, sino más bien de una extraña sensación. No tiene nada que ver con las cosas ordinarias que suceden en esta tierra.

Siento, es innegable, un nudo en la garganta mientras sostengo entre mis manos este pergamino, puesto que eso es, aunque no lo parezca. Durante mucho tiempo creí que este pliego no contenía ningún poder real de evocación. Incluso estuve convencido de que conseguiría llenar estas páginas medio borradas recubriéndolas con mi escritura, que las inundaría con los sermones de mi venerable Maestro y con mi tinta negra a raudales. Reconozco que pequé por falta de humildad, puesto que confiaba totalmente en mis propios medios, del mismo modo que las prostitutas están convencidas de que conseguirán llevarse a su lecho de pecado a cualquier hombre con solo proponérselo. Pero entonces yo subestimé el poder de este pergamino. Aquí está, radiante de frescura, resistiendo a la humedad, suave al tacto, aunque ondulado y abotargado en algunas esquinas.

Desde ese instante supe que mi vida iba a tomar otra dirección. ¡Oh, no inmediatamente! Tal vez será mañana, por la tarde o algún otro día. Lo esencial es que la historia de Walter Benjamin, el filósofo exiliado en París, se ha inmiscuido en mi vida, impregnándola con su secreto encanto. Me ha cautivado; mejor aún, me ha conquistado. He abandonado por él los comentarios rutinarios de mi Maestro. Poco importa su autor. Este pergamino ya me envuelve por completo y aún no me ha mostrado todos sus secretos. Mientras tanto, tengo que guardar silencio. De lo contrario, mi cosecha acabada de empezar será completamente destruida. Y ni siquiera me atrevo a imaginar la reprimenda de mi maestro y los castigos que voy a sufrir.

Cuando mi venerable Maestro se amodorra, acaricio mi pliego, atraído por su olor a papel viejo y por su magia. Cuando ya he pasado los primeros pliegos, llego al auténtico palimpsesto, que se abre ante mi mirada como se abren los corazones de las alcachofas. Fijándome atentamente en sus páginas,

recorriendo con delicadeza su blancura, he descubierto habitantes inesperados. Criaturas frágiles y antiguas al mismo tiempo. La pata de un insecto, un pétalo de rosa, cristales de sal y dos cabellos blancos incrustados en la textura grasa del vellocino. Restos del pasado, diminutos vestigios. ¿Qué es el cerebro humano sino un auténtico palimpsesto natural? ¿Qué es este libro sino un homenaje al espíritu humano y a su inmensa aura?

Si este libro ha llegado hasta mí, es porque ha sido salvado por otros que lo han tenido entre sus manos en cada período crucial de su existencia. Yo seré su protector y su descifrador. Tal vez su autor, o por lo menos su transmisor, lo escondió en este agujero cavado en medio de nuestro calabozo. Me llevó tiempo detectar en el suelo agujeros de aire no más grandes que la punta de un pequeño clavo. Luego excavé con los dedos. Suerte que el cemento, por la acción del yodo, se deshace sin mucha dificultad.

Finalmente, tuve que despistar a mi venerable Maestro. Aunque creo que es posible que mi venerable Maestro esté al corriente de la existencia de mi tesoro. Curioso por naturaleza, seguramente conoce la antigüedad de este presidio, la existencia de los prisioneros de otros tiempos. Hombre cultivado, estoy convencido de que conoce también el extraño descubrimiento de los manuscritos de Qumran, llamados también manuscritos del mar Muerto, esta serie de pergaminos y de fragmentos de papiro descubiertos dentro de jarras halladas en cuevas alrededor de Qumran, anteriores a los más antiguos textos bíblicos conocidos hasta entonces. El azar quiso que durante la primavera de 1947 un beduino palestino llamado Mohammed Ahmed el-Hamed, que había ido en busca de uno de sus animales, se topara con estas jarras.

Mi venerable Maestro no apreciaría este descubrimiento. Esperaría el momento propicio para poner fin a mis maniobras y enviarme a la muerte por traidor.

Lo vigilo atentamente y cuando se sumerge en un estado de somnolencia, cavo dos centímetros. La mayor parte de las veces olvido mis deseos terrestres y estos sermones apocalípticos. Tengo la sensación de ser otra persona, cuyo aliento de bestia salvaje me llega al oído.

Hoy ya no puedo silenciar por más tiempo el contenido de este documento que me atrae, mejor dicho me domina. Tengo entre mis manos este objeto insólito. Le encontraré un santuario, después de mi muerte, si éste es mi

destino. Esto es lo que cuenta. Si salgo vivo de esta prisión, lo guardaré cerca de mí todo el tiempo que me sea dado vivir. Mi suerte siempre está en manos de Alá el Gran Geómetra. Y está bien que así sea...

El libro de Ben

... todo sucedió muy de prisa en Port-Bou. La policía española no le permitió pasar, al viejo Ben. Nuevas órdenes, dijeron. Únicamente puede pasar la frontera quien esté provisto de un visado de salida de Francia. Absurdo, replica Ben, exhausto. No permitir el paso a esta gente es enviarlos de nuevo a manos de la Gestapo. Dicho de otro modo, condenarlos a muerte.

Ben está a punto de desmoronarse. Por la fatiga, por el despecho. La enfermedad le corroe también desde hace mucho tiempo. Sólo tiene cuarenta y ocho años. No tiene fuerzas para desandar el camino.

En una exigua habitación de la pensión Fonda Francia redactará su última carta y se llevará consigo su hoguera de enigmas.

«En una situación sin salida, no tengo otra elección sino terminar. Mi vida va a acabar en un pequeño pueblo de los Pirineos donde nadie me conoce.

Os ruego que transmitáis mis pensamientos a mi amigo Adorno y le expliquéis la situación a la que me he visto enfrentado. No tengo suficiente tiempo para escribir todas las cartas que hubiera deseado escribir.»

Walter Benjamin para Henny Gurland (y Theodor Adorno?)
Port-Bou, 25 de septiembre de 1940.

EPÍLOGO

1170 Sunset Boulevard, Adorno Location Scouting HQ, Denver. Domingo 8 de octubre. 7h.20m.

El dossier titulado DD1 (Dubái/Yibuti nº 1) ha sido enviado por fax hoy a las 12h.15m., hora local, desde el *lobby* del hotel Sheraton a la sede central de la ALS (Adorno Location Scouting).

La última página recapitula las recomendaciones consignadas a mano por nuestro agente en lenguaje codificado. El último párrafo retoma el hilo de la confesión de la francesa sin más comentarios, como si no hubiera tenido tiempo de analizar este testimonio para sacar conclusiones. Por lo demás, es un buen trabajo, bastante detallado, que responde a nuestras exigencias profesionales.

El cuerpo del agente Djib ha sido encontrado en un vertedero público, cerca de la playa de La Siesta, en la ciudad de Yibuti. Murió por arma blanca. Es probable que muriera vaciándose de su propia sangre. Las autoridades locales han abierto una investigación. El crimen oneroso queda descartado, puesto que la víctima no ha sido desvalijada. Según la información de que disponemos por el momento, todavía parcial en este estadio de la investigación, los servicios de información locales se concentran en la pista de la «Nueva Vía», una organización terrorista bien conocida por nuestros servicios.

Oficina de la Global Logistics.

AGRADECIMIENTOS

A Laura Muñoz y Nina Hardt, del Berliner Kunstlerprogramm (DAAD), por su inestimable ayuda durante la redacción de esta novela, en mi residencia de redacción en Berlín en 2006-2007.

Debo agradecer igualmente a Timothy Peltason, Anjali Prabhu, Lidwien Kapteijns y a Mursal Farah Afdub, que me brindaron, de distintas maneras, su valiosa ayuda durante mi estancia, del mismo modo que Susan y Donald Newhouse Humanities Fellow (Wellesley College, USA), en 2007-2008.

Tres escritores, por lo que yo sé, utilizaron la vida del filósofo Walter Benjamin como tema para sus novelas. Se trata del americano Jay Parini (*Benjamin's Crossing*, 1996), el colombiano Ricardo Cano Gaviria (*El pasajero Walter Benjamin*, 2000) y el italiano Bruno Arpaia (*Última frontera*, Liana LEvi, 2002, no traducida al francés). Aunque nuestro enfoque sea distinto, me complace encontrarme en tan buena compañía.

Y finalmente, debo mucho a numerosos y luminosos exegetas (Theodor Adorno, Hannah Arendt, Stéphane Mosès, Tilla Rudel, Gershom Scholem, Susan Sontag, entre otros) que se interesaron por la vida y obra de este singular pensador, así como a mi amigo Tahar Bekri, poeta y universitario tunecino, que me ha ayudado con el léxico coránico.

A todos ellos, mi agradecimiento.

Notas

1 Algunos capítulos serán introducidos por dieciséis de las 28 letras del alfabeto árabe: Alif. Ba. Ta. Tha. Jim. Ha. Kha. Dal. Dhal. Ra. Zay. Sin. Shin. Sad. Dhad. Ta. Za. Aïn. Ghaïn. Fa. Qaf. Kaf. Lâm. Mîm. Noun. Ha. Waw. Ya. (Nota del editor.)

2 Barcos que navegan por el mar Rojo a lo largo de la costa oriental de África y en el golfo Pérsico. Antiguamente, a vela. Hoy provisto de motor. (N. del T.)

3 Viento de arena ardiente que sopla en el desierto. (N. del T.)

4 Tipo de cayac de paseo. (N. del T.)

5 En árabe, escuela, tanto laica como religiosa. (N. del T.)

6 Especie de limón verde salvaje. (N. del T.)

7 El término *griot* designa, en África occidental, al comunicador tradicional. (N. del T.)

8 *O hur'in*. En el Islam, nombre con el que se designan a las 72 vírgenes del Paraíso. (N. del T.)

9 Pañuelo tradicional árabe. (N. del T.)

10 Pantalón suelto similar a un pijama con camisa larga hasta mitad del muslo. (N. del T.)

11 En árabe, persona que hace la *yihad*, o lucha espiritual. (N. del T.)

12 Mártires y testimonios de la fe. (N. del T.)

13 Término que se refiere a la «edad de la ignorancia», el tiempo anterior a la llegada del profeta Mahoma. (N. del T.)

14 Curso de agua del norte de África o de las zonas semidesérticas. (N. del T.)

15 Un *ulema* es un sabio experto en el Islam. (N. del T.)

16 En el Islam, conjunto de los dichos y hechos de Maomá compilados por los sabios sucesores de los compañeros del Profeta. (N. del T.)

Sobre el autor

Abdourahman A. Waberi nació el 20 de julio de 1965 en Yibuti. Dejó su país en 1985 para estudiar Inglés en la Universidad de Caen y de Dijon, en Francia. Desde 1994 ha publicado siete libros de ficción con Le Serpent à plumes, Gallimard et JC Lattes, entre ellos *Pasaje de lágrimas*. Sus artículos y críticas han aparecido en periódicos de gran tirada y las principales revistas de todo el mundo. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.

Director de la colección: Jorge Portland

Ouvrage publié avec le concours du Centre National du Livre (France).
Obra publicada gracias a la colaboración del Centro Nacional del Libro (Francia).

Título original: *Passage des larmes*
Éditions Jean-Claude Lattès, 2009

© Abdourahman A. Waberi, del texto.
© Rosa Roca Riera y Joan Medina Roca, de la traducción
© Ilustración cubierta, Borja Rodríguez Alonso
© De esta edición, Ediciones Baile del Sol, 2014

Ap. de Correos 133
38280 Tegueste
Tenerife (Islas Canarias)
info@bailedelsol.org
www.bailedelsol.org

ISBN: 978-84-15700-11-1

Edición digital
Disquisicion{es}

Composición digital
El Taller Editorial